

"Un nuevo caso para el agente
del FBI Ethan Bush"



La nieve
más
oscura

ENRIQUE LASO

"Un nuevo caso para el agente
del FBI Ethan Bush"



La nieve
más
oscura

ENRIQUE LASO

LA NIEVE MÁS OSCURA

Enrique Laso

© Enrique Laso, 2017

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Índice

[Índice](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

Llegas a preguntarte si de verdad la justicia existe. Conforme van pasando los años se constituye una difusa respuesta y descubres que es una entelequia: tanto para los 'buenos' como para los 'malos'.

Y con esos mimbres tienes que enfrentarte al horror, en la certidumbre de saber que acabar con la pesadilla es tu misión y debes cumplirla; pero sumido en la desazón de comprender que las causas del delirio persisten y que más pronto que tarde se desatará una nueva tempestad.

Capítulo I

No me quedó más remedio que investigar el asunto de Montana. Clarice Brown no era una persona más en mi vida y debía de tomar en consideración sus opiniones. No en vano me habían ayudado a resolver varios casos y, además, gracias a ella mi reputación dentro de la Unidad de Análisis de Conducta del FBI se había fortalecido hasta límites que yo jamás hubiera sospechado.

Lo cierto es que aquel otoño de 2017 tenía trabajo en Quántico para dar y repartir. Peter Wharton, mi superior, responsable de la Unidad de Análisis de Conducta, me había asignado a un par de novatos para que filtrasen la información que llegaba desde las oficinas del sheriff y los departamentos de policía de todo el país. Me pasaba jornadas enteras revisando informes y expedientes y pidiéndole a Mark, el experto en informática más cualificado de todo el maldito FBI, que aplicase *sumagia* a unas fotografías o a las grabaciones de alguna cámara de baja resolución ubicada en una estación de servicio, en una carretera de mala muerte o en la sucursal de un banco de una población diminuta que apenas aparecía en los mapas.

Desde mi incorporación a la UAC los sistemas informáticos habían mejorado bastante, en especial las bases de datos, pero aún entonces teníamos que pelearnos con montañas de papeles; algo que yo detestaba. Cuando trabajaba sobre el terreno me podía permitir el lujo de saltarme los protocolos y de apenas leer unas líneas, porque podría interrogar a sospechosos y testigos e involucrarme con los detectives asignados al caso; pero en la mayoría de las ocasiones mi tarea se limitaba a zamparme toneladas de pesquisas y con eso remitir un informe con mis conclusiones y sugerencias al respecto. En realidad yo era un afortunado dentro de mi unidad, pues para la mayoría en eso consistía su labor desde el primer día que ponían el pie en Quántico hasta que se jubilaban. Yo era un *bicho raro*, tolerado por Peter, y de cuando en cuando me daba la luz del sol y el aire fresco se deslizaba por mi rostro.

Aquel otoño no sólo el trabajo tenía mi mente entretenida, también el vértigo de saber que en unos meses sería padre. Liz, mi compañera, que trabajaba como médico forense también en la central del FBI, tenía una tripita cada vez más respingona e, igualmente, pese a que ella poseía un sentido común que a mí me escaseaba, notaba el peso de la responsabilidad que en breve compartiríamos. La ilusión y la incertidumbre nos invadían cada vez que nos dábamos las buenas noches en nuestro apartamento, justo antes de apagar la luz. Muchas veces yo me quedaba en vela imaginando el futuro y tratando de recordar lo bien que mi padre lo había hecho conmigo. ¿Estaría a la altura de un hombre tan excepcional? ¿Sería capaz de lograr que mi hijo sintiese por mí una décima parte de la admiración que yo profesaba hacia

mi progenitor?

En ese maremágnum me hallaba cuando al fin solicité todos los reportes que hubiese sobre aquel posible asesino en serie que andaba suelto por Montana y que, supuestamente, se había llevado por delante nada menos que cinco almas.

Montana es un estado enorme, el cuarto en tamaño de los Estados Unidos, y sin embargo apenas residen en él un millón de habitantes, lo que hace que su densidad de población sea de las más bajas del país. Su índice de criminalidad por aquella época era también ridículo, muy alejado de otras zonas de la Unión; no hablemos ya de la existencia de asesinos en serie. Eso era algo propio del medio oeste y del sur, pero no de los tranquilos estados norteros, como Maine, Washington, Dakota del Norte o Vermont. Yo conocía de sobra estos datos, por lo que la llamada de auxilio de Clarice Brown despertó mi curiosidad. Quizá estaba en un error y en lugar de cinco asesinatos cometidos por un mismo individuo nos enfrentábamos a homicidios con ciertas similitudes, nada más. Era una posibilidad.

Lo cierto es que mis disquisiciones al respecto se diluyeron en cuanto me puse a repasar a conciencia las fotografías de las escenas de los crímenes y de las autopsias de las víctimas. No sólo descarté la casualidad, también la posibilidad de un imitador. Y había varios aspectos en aquellos horrendos asesinatos que apuntaban en una única dirección: eran obra de la mente de un mismo perturbado.

Ahora tocaba encontrar la manera de persuadir a Peter Wharton, una vez yo ya estaba convencido, de la necesidad de viajar hasta Montana, estado en el que el FBI no tenía delegación —dependía de la lejana oficina del Salt Lake City, en Utah— pero cuya policía tampoco había solicitado nuestra colaboración hasta la fecha.

Capítulo II

Ya tenía casi convencido a Peter para que realizase una gestión fuera de lo común: ponerse en contacto con el jefe del departamento de policía de Helena, capital de Montana, que estaba coordinando las labores de investigación, y ofrecerle los servicios de un agente especial del FBI. Un dislate más que sumar a las decenas que sin haber cumplido aún los 33 años, manchaban mi currículum.

Me las prometía felices una resplandeciente mañana de noviembre, aguardando el visto bueno de Wharton, cuando de súbito Tom irrumpió en mi despacho. Su semblante serio y su mirada esquiva me pusieron en alerta.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, sin tener claro si era un emisario de Peter para transmitirme una negativa o si le había llevado hasta mi mesa otra cuestión.

—Será mejor que tragues saliva, jefe.

—Deja de una maldita vez de llamarme jefe...

Tom se sentó en una de las dos sillas que tenía al otro lado de la mesa y se quedó en silencio más de un minuto. Demasiado para un tipo tan dicharachero. El extremo de mi pie derecho comenzó a temblar y apreté con fuerza el bolígrafo que tenía entre las manos para calmar la ansiedad, y los malos augurios.

—Puedes quedarte tranquilo —musitó, al fin.

—¿Qué narices está pasando?

—Me marchó, Ethan, dejó el FBI. Aún tardaré un mes en trasladarme, pero deseaba ser yo en persona el que te informase. Te lo mereces.

No pude evitar dar un brinco, golpearme con el borde de la mesa y maldecir mil veces seguidas.

—¡Estás loco! Creo que no sabes ni lo que dices. Estas sandeces son propias de mí, no de ti. Además, joder, te necesito. Siempre te necesito.

—Hace tiempo solicité una plaza en un departamento de policía, como detective de homicidios. Aquí sólo lo sabían un par de personas.

—¿Detective de homicidios? Tú eres un agente especial del FBI.

—Me gusta la acción, lo sabes. Si por algo te tengo en estima es porque me has sacado de aquí varias veces para meterme hasta el fango en una investigación. Me encanta.

Me acerqué a mi colega y le posé la mano sobre el hombro. Deseaba pensar que todo era una asquerosa pesadilla.

—Sólo lo sabían dos personas... ¿Por qué no me lo has contando hasta hoy?

—Porque si no aceptaban mi traslado... ¡para qué darte un disgusto! Y si lo

aceptaban, como ha sido, era mejor pasar el mal trago lo más tarde posible.

No estaba en condiciones de darle lecciones de ética y honestidad a Tom. Le solté dos palmadas en espalda y tragué saliva, que pasó por mi garganta como si fueran pedazos de lava incandescente.

—¿Adónde te marchas?

Mi amigo agachó aún más la cabeza. Casi la enterró en su prominente pecho, cuidado a base de duras sesiones de gimnasio e infinitos batidos de proteínas.

—No sé cómo te lo vas a tomar...

—¡Qué importa! Nos dejas, te pierdo. No hay nada peor. Eres el mejor agente sobre el terreno que he conocido jamás, de modo que déjate de tonterías.

—A San Francisco. Me mudo a San Francisco.

Me quedé petrificado. Era el último lugar que se me hubiese pasado por la cabeza. La ciudad que me vio nacer y crecer. La ciudad en la que había cursado mis estudios de primaria, de secundaria y, por fin, en la que había obtenido mi grado en psicología por la mejor universidad de todo el planeta: Stanford. La ciudad en la que mi padre había perdido la vida, atropellado por un desalmado mientras corría por el arcén. La ciudad que mi madre y yo nos habíamos vistos obligados a abandonar, desolados por el dolor. Allí era donde mi colega Tom pensaba ejercer como detective dentro del departamento de homicidios.

Creo que me dijo algo, pues pude ver sus labios moviéndose, pero yo no escuché nada. Sólo un pitido atronador, como ese que sientes cuando recibes un gran golpe o se rompe alguno de tus huesos, inundaba mi cerebro.

Le señalé con firmeza la puerta para que abandonase el despacho de inmediato, mientras intentaba por todos los medios contener las lágrimas que se acumulaban en mis párpados inferiores.

Capítulo III

En los días siguientes no volví a dirigirle la palabra a Tom. Tampoco puse al tanto a Liz de lo ocurrido, y pensé que más pronto que tarde él se lo contaría. Sólo estaba centrado en los casos que tenía sobre la mesa y en la respuesta de Peter.

Apenas una semana después de haber hablado con mi superior me llamó a su despacho y me soltó un largo discurso. Yo ya tenía claro que aquello era la antesala de la confirmación de mi viaje a Montana, pero aguanté como pude el sermón. Me dejaba claras varias cosas: no podría contar con Tom y, como otras veces, sólo podía consultar aspectos de la investigación con Liz o con Mark bajo su supervisión. Sin embargo me concedía barra libre con mis nuevos ayudantes, aunque ambos teníamos claro que poco podrían aportar todavía.

Por la noche le conté todo a Liz, y no le hizo mucha gracia. Nunca le hacía gracia que viajase.

—¿No se pueden ocupar los agentes del FBI de Salt Lake City?

—Ahora ya estoy metido. Quizá si no hubiera echado un vistazo a los expedientes... Peter ha tenido que mover hilos para que viaje hasta Helena y creo que esa gente me necesita. Ya sabes lo que él opina.

—Sí, lo sé. Si te empleas a fondo puedes salvar muchas vidas —replicó mi compañera, en un tono cargado de ironía.

—Quizá sea sólo cosa de unos días.

—O de muchas semanas, Ethan. Por lo que me has contado no es un asesino desorganizado al que vais a dar caza como si nada.

Liz era médico forense, pero también tenía amplios conocimientos en psicología y criminología. Aquello en ocasiones era una ventaja, pero en otras suponía un hándicap.

—Tienes razón. Pero tampoco han trabajado con ningún experto. A lo mejor es más sencillo de lo que parece.

—A Montana...

—Sí. A Helena.

Liz se apretó contra mi cuerpo y pude sentir su incipiente tripa. Allí estaba creciendo nuestro pequeño, y yo me largaba, una vez más, como si la cosa no fuese conmigo.

—Eso queda de aquí...

—A unas dos mil millas de distancia —dije, para que no se pusiese a buscar en Google Maps.

—Muy lejos, Ethan.

—Ni siquiera hay vuelo directo. Tengo que ir hasta Denver, pasarme algunas horas en el aeropuerto tirado en la sala de espera y después tomar otro avión hasta Helena. Una paliza. Pero es lo que hay.

Mi compañera se giró. Seguía notando su barriga apretada contra mi costado. Me miró fijamente.

—¿Lo haces por esa periodista?

Tardé en responder unos segundos. Yo mismo me había formulado la pregunta varias veces. Lo más sincero era contestar que sí, que desde luego, pero también era incómodo. Por suerte tenía una vía de escape sólida a la que aferrarme sin sentirme un miserable.

—Lo hago por esas víctimas. Clarice Brown centró mi atención en el caso, pero si no creyera que soy necesario o que puedo aportar algo de verdad no me tomaría tantas molestias. Lo hago por esas chicas, Liz.

Nos fuimos a dormir temprano, pero yo apenas pude pegar ojo en toda la noche. Miraba hacia el techo y la culpa me atenazaba. Sí, lo hacía por las cinco jóvenes inocentes que ya habían perdido la vida, para hacerles justicia, y también para evitar que se sumase una sexta o una séptima. Pero en realidad Clarice tenía más importancia en mi decisión de lo que deseaba reconocer. Uno puede mentir a los demás, pero es imposible engañar a la propia conciencia. Y la conciencia es perversa, tozuda e inquebrantable. Por más que uno se empeñe en acallarla ahí sigue. Han pasado más de dos décadas de aquella noche que me pasé en vela y todavía mi conciencia me recuerda que no dije la verdad, que una vez más Ethan tomaba el atajo más sencillo. Pero el paso del tiempo te enseña que un atajo puede ser fabuloso a corto plazo y, sin embargo, transformarse en una pesada losa al cabo de unos años. La mentira jamás sale a cuenta.

Capítulo IV

Tal y como imaginaba el viaje hasta Helena, la capital de Montana, fue una pesadilla. Mientras esperaba en el aeropuerto de Denver me dediqué a estrenar con esmero una libreta Moleskine, la primera que iba a destinar al caso. Allí tomé algunos apuntes, aunque poco podía hacer todavía, pues fiel a mis costumbres había repasado los informes, pero sin leerlos en profundidad. Lo único que había analizado a conciencia eran las fotografías de las cinco víctimas, y aquellas imágenes resultaban imborrables.

La comandante de investigación criminal del departamento de policía de Helena, Riley Jenkins, fue la encargada de venir a buscarme al aeropuerto regional. Era una mujer bajita y ancha de caderas, con expresión amable, pero que me dirigió nada más estrecharme la mano una mirada de disconformidad.

—No se lo tome usted a mal, pero pensaba que enviarían a alguien más mayor —comentó, con naturalidad.

—El mes que viene cumplo 33 años —repliqué, como un chiquillo herido en su orgullo.

—Son los que aparenta. A eso me refería. Esperaba a un tipo de cuarenta para arriba. Usted no tiene la pinta típica de un agente especial del FBI.

Me quedé perplejo. No podía negar que la comandante fuera directa y sincera, y que su desparpajo alejara todas mis sospechas de que me trataría con distanciamiento. Más bien al contrario.

—¿Y qué pintan tienen?

—No sé...

—Habrá trabajado con muchos, ya que le causo tanto desconcierto.

Jenkins agitó las manos y la cabeza, lo que meneó la trenza con la que tenía recogido el pelo. No era en absoluto atractiva, pero su rostro resultaba agradable y simpático.

—Por suerte es la primera vez. Esto es Montana, señor Bush. Un millón de habitantes en el mismo espacio en el que en Japón se apiñan 127 millones. Aquí no suceden estas cosas. Aquí no tenemos que ocuparnos de asesinos en serie. Esto es algo fuera de lo común.

Mi estupefacción iba en aumento. Y los datos que manejaba la comandante eran absolutamente ciertos, por lo que no era una majadera que no sabía ni lo que se decía.

—En tal caso, ¿qué es lo que esperaba?

—Usted no ve la televisión mucho, ¿verdad?

—Pues no. Estoy demasiado ocupado con otras cosas. Detesto ver la televisión.

—Pues se aprende, se aprende mucho. Yo lo imaginaba como uno de esos tipos que salen en la serie *Mentes Criminales*. La ponen en la CBS. Debería ver algún capítulo. Son agentes de la Unidad de Análisis de Conducta.

Lancé un resoplido. Por un lado estaba la CBS, lo que me recordó que pronto me la vería con Clarice Brown, que no en vano me había puesto en alerta sobre el caso; por otro yo odiaba esas series, que no hacían otra cosa que desdibujar y trivializar nuestra labor, mucho más dura y compleja de lo que mostraban en la pequeña pantalla.

—Jenkins, esto no es ningún episodio de una maldita serie de televisión —farfullé, con aspereza.

—Lo sé. Pero son las únicas referencias que tengo. Disculpe si le he molestado. Tenemos mucho trabajo por delante y poco tiempo para llevarnos mal.

La comandante me acercó en primer lugar hasta mi hotel, el Holiday Inn Helena, que se hallaba a sólo cinco minutos a pie del departamento de policía. No era en absoluto lujoso, pero al menos era práctico y tenía muy cerca el lugar al que me desplazaría cada día.

Tanto el hotel como el departamento de policía estaban ubicados en el extremo sur de la ciudad, muy cerca de Montana City y del Mount Helena Park, con su preciosa montaña que podía divisar desde la ventana de mi habitación.

—¿Se puede llegar hasta allí corriendo?

Jenkins frunció el ceño, y pienso que no tenía claro si le estaba gastando una broma singular o si mi pregunta iba en serio. Le señalé unas New Balance con apenas 100 millas en sus suelas que destacaban en mi maleta abierta para indicarle que de verdad estaba interesado.

—Yo no hago mucho ejercicio, sabe. Pero creo que sí, que hay una pista de tierra o algo así.

—¿Nunca ha visitado la montaña?

—Pues no. Llevo toda la vida aquí y jamás lo he hecho. Es lo primero que hacen los turistas. Así son las cosas; uno no suele valorar lo que tiene más cerca, lo que se supone que te va a acompañar siempre.

La comandante tenía mucha razón. Yo mismo había zonas de San Francisco que no había pisado en la vida. Aún hoy jamás he pasado por Lombard Street, que ya es decir, entre otras cosas porque siempre he considerado ridículo que a los forasteros les atraiga tanto una calle retorcida en la que lo mejor que te puede pasar es que no pilles un atasco de varias horas.

—Opino lo mismo. En fin, dejémonos de filosofar y vayamos al departamento de policía.

—¿No desea terminar de arreglar sus cosas?

Miré la maleta casi repleta y las apenas cinco prendas que había estirado sobre la cama. En la mano llevaba mi libreta y en la chaqueta mis credenciales, el Smartphone y un buen bolígrafo. No necesitaba más.

—Así está bien. No perdamos ni un segundo.

Jenkins se quedó reflexionando un momento, con los brazos en jarra. Su rostro sonrosado y una especie de sonrisa que costaba desdibujar hacían que cada vez me resultase más encantadora.

—Es usted un tanto raro, señor Bush, pero me cae bien. Nos vamos a entender. Olvide lo que le dije en el aeropuerto. Quizá le falte un hervor, pero es usted mejor que esos actores que sacan por la televisión.

Capítulo V

Cuando llegamos al departamento de policía, un edificio discreto de tres alturas, de apagados tonos marrones y sin ventanas —sólo unas oquedades alargadas y rectangulares por las que apenas se colaba la luz— ya era tarde. Imaginé que encontraría al personal esperándome, pero cansado, de modo que le comenté a Jenkins que lo ideal era hacer una breve presentación y comenzar con ganas al día siguiente.

—Aquí somos gente dura, agente Bush. Además, están deseando conocerle. Estamos al tanto de todo.

—¿No comprendo? —inquirí, estupefacto.

—Llevamos muchos años trabajando juntos. El jefe nos confesó que él no había solicitado la colaboración del FBI, que habían sido ustedes los que se habían ofrecido a echar una mano. Eso no es muy frecuente, ¿verdad?

Negué con la cabeza. Tampoco podía esperar menos de un departamento de policía pequeño, en un estado apenas poblado y en una ciudad, Helena, que no llegaba a los 30.000 habitantes.

—¿Qué es eso? ¿Una iglesia? —pregunté, cambiando bruscamente de tema, mientras señalaba un edificio que estaba pegado al departamento de policía.

—El tribunal de justicia del condado. Y tiene razón, parece una iglesia de alguna secta rara. Será mejor que entremos.

La comandante me guio hasta una sala formidable. No era muy grande, pero al menos contaba con lo último en tecnología y los muebles eran modernos. El interior contrastaba con la fachada espartana. Allí se encontraban tres hombres volcados sobre una mesa, repasando algunos papeles. De repente sentí que Jenkins era una amiga a la que conocía desde la infancia y que aquellos tipos no me iban a recibir de un modo tan amable. Supuse que ella se había ofrecido a ir a recogerme al aeropuerto, porque noté de inmediato que no era bienvenido.

La comandante me fue presentando: Dylan Price, jefe del departamento de policía de Helena; Owen Sanders, detective de homicidios asignado al caso y Henry Long, un joven detective que era responsable de la división de violencia contra las mujeres. Este último fue el único que me regaló una borrosa sonrisa.

—Es un honor que alguien con su reputación se incorpore a la investigación —dijo Price, invitándome con la mano a que me uniese al grupo.

Charlamos un poco acerca de mi viaje, y de lo incómodo que resultaba trasladarse desde Washington D.C. hasta Helena. Se trataba de romper el hielo. Poco a poco

todos nos fuimos soltando. Mi percepción de que Jenkins era de largo la más parlanchina y abierta no hizo otra cosa que afianzarse. El jefe de policía y el detective Sanders apenas me miraban a los ojos. Por suerte había un mapa de Montana extendido sobre la mesa y podían fijar en él su atención.

—Estábamos repasando los lugares en los que fueron halladas las víctimas — comentó Sanders, mientras con su índice iba señalando varios puntos marcados con un rotulador rojo—. Usted tiene mucha experiencia con asesinos en serie y con el uso de programas de perfil geográfico, pero consideramos que el tipo que andamos buscando reside, casi por lógica, en lo que denominamos Helena Micropolitan Statistical Area.

—¿Qué es eso? —pregunté, sorprendido.

—Es el área que abarcan los condados de Lewis y Clark, es decir, el nuestro, y el anejo condado de Jefferson —respondió Sanders, indicando en el mapa ambos condados, que estaban delimitados por una gruesa franja de color verde.

Yo no creo en las casualidades, pero por aquella época mucho menos que ahora. Estar en Montana y toparme con un condado que se llamaba Jefferson, igual que el de Kansas, me traía demasiados malos recuerdos. Tuve un nefasto presagio pero intenté disimular lo mejor que pude. A mi mente regresaron los paisajes de los alrededores de Perry Lake, los inmensos maizales y, por supuesto, los rostros de Patrick Nichols y de Vera Taylor. Un desastre. Pero ni siquiera un psicólogo es capaz de controlar su mente.

—En apariencia pudiera ser así. Cinco víctimas son muchas, y todos los cuerpos se encontraron en la zona o sus alrededores. Pero me he llevado alguna sorpresa en el pasado —murmuré, recordando el endiablado caso que me llevó hasta Nebraska.

—Quizá por eso su superior me telefoneó. Es evidente que nosotros estamos naufragando —dijo el jefe de policía, Dylan Price, sin acritud, pero dejando claro que si yo estaba allí no era porque él lo hubiera solicitado. Que fuera tan franco delante de su equipo me causó una buena impresión, pero también me incomodó.

—Será mejor que les cuente algo ya, pues tarde o temprano se acabarán enterando y es preferible que lo sepan a través de mí —dije, apretando los puños.

—¿Qué sucede? ¿Hay algo que no nos han contado acerca del caso y que ustedes saben?

—No, no se trata de eso.

—Entonces...

—La prensa nacional ya está por aquí. Un equipo de la CBS, que nos conste. Es un problema. Y también una razón de peso para que el FBI se implique.

—¿La CBS? —inquirió Jenkins, agitando su trenza con disgusto.

—Sí. Una reportera muy conocida. Le encantan estos casos. Bueno, en general a la población les produce una mezcla de terror y de extraña atracción —murmuré, deseando pasar a otro tema.

—Esa cadena es la que emite *Mentes Criminales*. Se lo he comentado sólo hace un

rato.

—Ya, pero no hay relación alguna. Hablamos de un programa de ficción por un lado y de otro que se dedica a abordar cuestiones candentes y muy reales. Como los cinco crímenes que nos ocupan.

—La prensa de la zona la sabemos manejar. Son discretos y no buscan el sensacionalismo. Aquí eso no vende —farfulló el jefe de policía, golpeando la mesa con suavidad—. Imagino que los de la CBS no serán igual de comedidos.

—En absoluto. Se van a meter en todos los charcos. En algunos antes de que nosotros hayamos puesto el primer pie. Tendremos que acostumbrarnos —sentenció.

—No perdamos el tiempo con lo que se escapa de nuestro control. ¿Está muy agotado?

—Nada. Había pensado en ustedes, pero por mí no hay problema. Podemos ponernos manos a la obra ya mismo y hasta la hora que haga falta —respondí, quitándome la chaqueta y dejándola sobre el respaldo de una silla.

El jefe de policía hizo un gesto de aprobación y me regaló una palmada en el hombro. Era un hombre que tenía que estar a punto de jubilarse, con abundante cabello canoso y profundas arrugas. Tenía los ojos de alguien que no ha mentido en toda su vida, y envidié esa virtud. Yo manejaba la verdad a mi antojo, según mis propios intereses.

—Señor Bush, ¿por dónde quiere que comencemos?

—Por el principio. Por la primera víctima. Este caso lo vamos a resolver, y esa primera joven inocente nos va a guiar hasta la puerta de su abominable asesino.

Capítulo VI

El cadáver de Samantha Hayes, una joven de tan sólo 21 años, fue encontrado a principios del verano de 2015 por unos excursionistas en la zona norte del condado de Lewis y Clark, en un lugar denominado McCarty Hill. La joven estaba desnuda y postrada boca abajo frente a un enorme abeto. Tenía sujetos a la cabeza, con una cinta de embalar negra, un par de cuernos de bisonte. En la espalda le habían dibujado con un rotulador permanente el símbolo de los nativos indios de la felicidad, lo que no dejaba de resultar escalofriante y macabro. Le habían amputado ambas manos, lo más seguro que con un hacha. Las instantáneas resultaban pavorosas, y estaba claro que aquella carnicería no la habían realizado en el sitio, pues hubiera estado cubierto de restos de sangre, y no era así. La causa de la muerte, según la autopsia, había sido la sofocación provocada por las manos de un hombre fuerte y corpulento. Las marcas en el cuello no dejaban lugar a dudas.

—A todas les cortaron las manos cuando ya estaban sin vida. Menos mal —comentó Jenkins, que observaba las fotografías con una frialdad que me impresionó. Sin embargo Long, el detective más joven, de cuando en cuando apartaba la mirada.

—Pasó un año hasta que se cobró otra víctima. Y lo cierto es que ya nos habíamos dado por vencidos con el asunto de Hayes —apunto el jefe de policía, a modo de disculpa.

—Está bien —dije, intentando que en ese instante nuestra atención se volcase sobre Samantha—, es lógico. No había pruebas. Me interesa saber más sobre la chica.

Owen Sanders se me quedó mirando, encogido de hombros, como queriendo decir que todo eso ya lo tenía en los informes que habían remitido a Quántico. No eludí el reto.

—El papel es muy frío. No suelo dejarme guiar por lo que pone en un informe. Prefiero escucharles —alegué, sin lograr causar una buena impresión, como era costumbre.

—Pues mi memoria no es prodigiosa —replicó Sanders—, tendré que tener el expediente delante.

—Perfecto —murmuré, sin inmutarme.

El detective abandonó la sala y regresó al cabo de un par de minutos. Durante ese lapso nadie pronunció una palabra. Sólo mirábamos el mapa y de vez en cuando alguien resoplaba. Se hizo eterno.

—Aquí está —dijo Sanders, con una carpeta marrón entre las manos. La abrió y comenzó a repasar lo que consideró más relevante.

Hayes estudiaba en Seattle, en la Universidad de Washington, a seiscientas millas del

domicilio familiar, ubicado en la diminuta localidad de Augusta. Allí había crecido y se había criado. Era una joven alegre, bien parecida y aplicada. Su cuerpo sin vida, por desgracia, apareció a sólo media hora en coche de su casa.

—¿Cuántos habitantes tiene Augusta? —pregunté.

—Apenas trescientos. Se conocen todos. Y no es una exageración. Se conocen todos de verdad —apuntó Price, rotundo.

Aquel dato me complicaba las cosas. Muchas veces un asesino en serie comienza por una víctima que tiene muy cerca. Por alguna razón se obsesiona con ella y termina secuestrándola y matándola. A partir de ahí su radio de acción puede ir ampliándose o, si se siente cómodo y seguro, puede limitarse a un área muy concreta. Que Augusta fuese tan pequeña suponía una doble contrariedad: por un lado, como había señalado el jefe de policía, todos se conocen y cualquier comportamiento anómalo llama de inmediato la atención; por otro, es mucho más probable que el asesino resida en cualquier parte.

—Y qué hay del resto de poblaciones de la zona...

—Todas son también muy pequeñas. Great Falls, a 60 millas, y Helena, a 75, son las únicas ciudades en los alrededores.

—¿Nada más?

—Señor Bush, la ciudad más grande de todo el estado es Billings, y apenas supera los 100.000 habitantes. Un diez por ciento de todo Montana. Olvide la costa este con sus enormes y atestadas urbes. Está en otra galaxia y tiene que hacerse a la idea cuanto antes —comentó Sanders, agitando el expediente de Samantha. Imagino que dudó de mi capacidad para manejarme en un entorno tan distinto al mío.

Contemplé aquel mapa que ocupaba buena parte de la mesa, con sus puntos rojos que parecían resplandecer de una forma tenebrosa. Recorrí con la mirada la Interestatal 15, que cruzaba Montana de norte a sur, y la I-90, que lo hacía de este a oeste. Parecían formar una cruz en un recodo del estado.

—Apenas ha habido casos que ni se le parezcan por aquí —musité, sin dirigirme a nadie.

—Eso ya lo sabemos, señor Bush —dijo Jenkins, desconcertada con mi actitud.

—Es posible que sea alguien que se mudó desde otro estado. Que arrastró consigo sus pesadillas. O un chiflado que se fijó en la joven estudiante en Seattle, que la persiguió y que ha encontrado en Montana un espacio idóneo para dar rienda suelta al monstruo que lleva en su interior —continué, en voz baja, como si sólo estuviera reflexionando, sin buscar una segunda opinión.

—Eso no lo habíamos contemplado —comentó Henry Long, que descubrí enseguida tenía la costumbre de mordisquear el extremo superior de un lápiz. Era un gesto infantil y que mostraba inquietud o ansiedad.

—Pues para ser de fuera conoce demasiado bien estos condados y sus bosques. O lleva aquí muchos años, lo que descartaría al perseguidor de Seattle, o se ha tomado

muy en serio su diabólica labor. Nosotros creemos que es alguien de aquí —dijo el jefe de policía, muy seguro.

—¿Han trabajado ya con el ViCAP? —pregunté, recordando algún caso anterior de amputaciones de manos u extremidades.

—Sí, pero no hay un modus operandi similar. Sería una mezcla de varios, la verdad —respondió Jenkins—. Lo que nos tiene más confundidos es la ausencia de agresión sexual. De ningún tipo. Y sin embargo los crímenes parecen que tienen un claro sesgo en ese sentido.

—Y puede que así sea. Que no haya agresión aparente no significa que los asesinatos no tengan una base de índole sexual —argumenté.

—Pero tampoco hay restos orgánicos, ni marcas de ninguna clase en los cadáveres.

—Ya sabemos que los lugares en los que fueron encontrados los cuerpos no son la escena del crimen. Ese animal tiene una choza, una madriguera en la que vete a saber qué es lo que hace. Es probable que se excite en ese espacio. Allí conservará casi seguro sus trofeos —musité, aterrado sólo imaginando una secuencia de lo que el asesino ejecutaba en la intimidad.

—¿Sus trofeos? —inquirió Sanders.

—Las manos. Como mínimo las manos. Es una obsesión. A todas les amputó las manos. Quizá le falte una de ellas, o presente deformidades en las suyas.

—Tenemos una escena de un crimen que recuerda mucho a estas, señor Bush —dijo, emocionado, el joven Long.

—Por favor, Henry —masculló Dylan Price, tirando de la chaqueta del detective sir disimulo.

Se creó un momento de tensión. Por un lado el jefe de policía y Sanders estaban incómodos, por otro Jenkins y Long me miraban, como suplicando que fuera más allá y no me conformase con el silencio.

—¿Qué escena? —pregunté, animado por la comandante y el joven detective.

—Es un dislate, señor Bush. Cosas de críos. Ven demasiado la televisión y se creen que en el mundo real las cosas pueden parecerse. Sólo se trata de una maldita coincidencia. Nada más —se adelantó a responder el jefe de policía, cuyo rostro estaba sonrojado.

—Puede ser. Pero deseo escuchar esa teoría. No veo la televisión, ya se lo he manifestado hace un rato a la comandante, pero tampoco creo mucho en las casualidades.

Con un leve gesto animé a Henry Long a que compartiese sus especulaciones en voz alta.

—En tal caso, ¿no ha visto esa serie de detectives que pasaron hace unos años por el canal HBO?

Cerré durante un instante los ojos. Yo me lo había buscado. El jefe de policía me había advertido y ahora ya no podía echarme atrás. Me lo merecía.

—No. No veo series, aunque sean policíacas. No veo ni la CBS y sus *Mentes Criminales* ni la HBO —respondí, cabizbajo, para satisfacción de Sanders y Price.

—Pues debería verla. Soy joven, es cierto, pero tampoco creo en las coincidencias, como usted. Si espera un segundo le traigo un fotograma de *True Detective*. Se va a quedar pasmado.

Capítulo VII

Nos pasamos dos horas más en la sala del departamento de policía. Por un lado viendo imágenes de la dichosa serie y por otro repasando aspectos de la vida cotidiana de Samantha Hayes.

En mi anterior *escapada* de Quántico había tenido que toparme con un crimen que algunos relacionaban con una novela que había vendido millones de ejemplares, después convertida en película de gran éxito: *El código Da Vinci*; aunque al fin en realidad las cosas no eran lo que parecían y pese a que el genio florentino sí formaba parte de las obsesiones del culpable, no así el libro en cuestión. Ahora tenía que volver a encontrarme con un éxito, en este caso una serie emitida por la HBO, que no podía negar presentaba en el *modus operandi* notables semejanzas con el caso al que me enfrentaba. Las apreciaciones del joven Henry Long no eran vanas y tenían fundamento.

En mi dilatada experiencia como analista de la mente criminal me he encontrado decenas de veces que aspectos de la cultura popular, como no puede ser de otra forma, calan en el cerebro del perturbado, y, al igual que sus traumas, en ocasiones se dejan ver en la manera con la que acaba con la vida de sus víctimas o en la forma de torturarlas. Eso no significa que ahí tengamos una pista, y en la mayor parte de las ocasiones sucede justo lo contrario: provoca una desorientación en los investigadores, que dan palos de ciego apuntando en la dirección equivocada. Yo ya entonces, pese a mi juventud, me mostraba muy escéptico y me costaba sacar conclusiones de indicios que podían formar parte de las fantasías y las pesadillas de millones y millones de personas en todo el planeta. No los descartaba, por supuesto, pero los relegaba a un plano secundario; para que lo excepcional, lo extraño, lo particular, pudiese brillar con más fuerza, sin concesiones a lo convencional.

Cuando llegué al hotel, aunque estaba agotado, y pese a sólo llevar unas horas en Montana, decidí que antes de irme a dormir tenía que realizar un par de llamadas. Las dos horas de diferencia con Washington D.C. no supusieron ningún freno a mis pretensiones. Primero telefoneé a Liz, para darle las buenas noches, aunque me respondió que la había despertado y que llevaba soñando con angelitos al menos una hora. Tras preguntarle por lo acaecido en su jornada y acerca de cómo se encontraba —el embarazo avanzaba y desde luego se dejaba notar en su cuerpo— no evité comentarle algunos aspectos del caso.

—¿Deseas que repase las autopsias? —preguntó, con desánimo.

—Bueno, es una posibilidad.

—Maduras a la velocidad de una tortuga paseando por el campo, Ethan. Mándame lo que tengas, pero te ruego que me dejes volver a conciliar ya mismo el sueño o te juro que me las pagarás nada más poner un pie en el apartamento.

Me despedí de mi compañera de la forma más amable y emotiva posible, con una sonrisa dibujada en mi rostro. De inmediato marqué el número de Mark, el forense informático al que siempre recurría. Un genio.

—Pensaba que recibiría tu llamada en una o dos semanas. Esta vez te has pasado — fue lo primero que me dijo.

—Ya te echo de menos.

—Deja las chorradas y comienza a pedir por tu boca. Nos conocemos demasiado bien.

—Tienes un mail —dije, con firmeza—. Cinco víctimas. Mismo modus operandi. Escenas casi idénticas en lugares no muy apartados. Necesito que dediques unas horas a hurgar en el ViCAP, pues me suena un caso relacionado con amputación de manos, pero no lo recuerdo. También sería genial que metieses los datos en RIGEL y me des alguna pista. Todo apunta a que el asesino reside en Helena, pero seguro que tú me das más perspectiva. No olvido lo que conseguiste cuando estaba en Nebraska, aunque haya pasado el tiempo.

—¿Obtendré algo esta vez?

Mark se refería a su salario. Seguía siendo bajo y yo tenía que pelear como un boxeador para que reconociesen su trabajo. No dependía de mí, pero ya lo había logrado en una ocasión.

—Prometido. O eso, o presento mi dimisión.

—Entonces será mejor que no me haga muchas ilusiones —murmuró, entre risas.

—Voy en serio. Discutiré con Peter lo que haga falta. No soy nadie sin tu ayuda, Mark.

—Es tarde, no te pongas emotivo. Podemos acabar estropeando lo tuyo con Liz.

Me carcajeé con ganas. Mark poco a poco estaba pasando de ser un chaval introvertido y poco dado a las bromas a tener un carácter mucho más abierto. Ahora que iba a perder a Tom necesitaba aquella transformación en la personalidad del informático.

—Tienes tu punto, pero Liz es más guapa.

Apenas terminé la frase noté que la respiración de mi colega del FBI se aceleraba. Algo o alguien le habían hecho cambiar de estado de ánimo.

—Joder, Ethan, ya sé que piensas que soy un friki y que siempre estoy con la mismas sandeces, pero acabo de echar un vistazo a las fotografías...

—¿Y? —pregunté, intuyendo lo que vendría a continuación.

—¿Has visto la primera temporada de una serie llamada *True Detective*?

—No, ya sabes que apenas veo la televisión. Mucho menos series, de cualquier clase. Pero ya capto por dónde vas, pues me he tenido que zampar hace un rato un montón de

imágenes de la misma.

—Es que las víctimas recuerdan mucho a la que sale en la misma. No puede ser una coincidencia...

—Por lo que me han comentado, esa serie se emitió a principios de 2014 por la HBO. El tipo al que buscamos cometió su primer crimen el verano de 2015. Un año y medio después. Y hay similitudes, pero también notables diferencias. Me interesan más las peculiaridades —musité, hastiado del asunto.

—Justo lo contrario de lo que hacemos con el ViCAP.

—Por favor, Mark. El ViCAP es una base de datos que se nutre de casos reales. La ficción está plagada de chorradas y majaderías. Aquí cinco jóvenes han perdido la vida. Y temo que pronto pueda perderla alguna más, de modo que a trabajar.

—Sólo te ruego que no excluyas este indicio. Zámpate algunos episodios. No te vendrá mal. Quizá ese sujeto vio *True Detective* en 2015, poco antes de acabar con la vida de su primera víctima. No digo que con esto vayas a resolver el caso, pero a lo mejor es una pista más importante de lo que parece. Joder, hace poco en Kansas lo que pensabas era una estupidez tuvo su peso en la investigación.

No quise discutir con Mark. Bastante hacía por mí como para cabrearlo, y más teniéndolo a dos mil millas del hotel en el que me alojaba.

Antes de acostarme estuve leyendo acerca del símbolo que el asesino dibujaba en la espalda de sus víctimas. *La felicidad*. Teníamos enfrente a un individuo o muy perturbado o con un sentido del humor repugnante. Sentí arcadas y cerré mi portátil asestándole un golpe seco.

Capítulo VIII

Al día siguiente, temprano, Jenkins y Sanders pasaron a recogerme en un vehículo del departamento de policía. Deseaba visitar el lugar en el que habían encontrado el cadáver de Hayes y más tarde mantener una charla con su padre. La madre se negaba a seguir hablando con cualquier agente, pues consideraba que después de más de dos años todos nos habíamos olvidado de hacer justicia a su pequeña.

—Ayer vi su entrevista en la CBS. Para no ver la televisión sabe usted cómo manejarse delante de las cámaras con soltura —murmuró la comandante, mientras conducía. Soltó las frases como el que lanza dardos emponzoñados.

—Aquello fue un trato. Casi me vi obligado a hacerlo. Tenía una deuda que saldar —reconocí, a disgusto.

—¿Una deuda?

Me fastidiaba tener que hablar de aquello. El Ethan de sólo unos meses atrás se hubiera inventado cualquier patraña y habría salido del paso. Pero estaba cambiando y ya no mentía con la misma facilidad.

—Sí. Ustedes mantienen colaboración con la prensa local... —sugerí.

—Desde luego. Como todo el mundo.

—Pues a mí esa periodista me hizo un gran favor. La entrevista que le concedí fue mi manera de devolverle el gesto. No es que esté arrepentido, pero tampoco me siento orgulloso.

—Pues esa mujer ya anda por aquí —dijo Sanders, chasqueando los dedos.

—Lo sé. Ya les dije que el caso había atraído el interés de la prensa nacional.

—No se habla con nosotros, pero sí va por ahí metiendo las narices entre amigos y familiares de las víctimas. Resulta incómodo.

—Así trabajan —declaré.

—No los periodistas de aquí. Mantenemos una relación estrecha y de mutuo respeto. No creo que ella nos tenga en consideración. Quizá sólo desee colaborar con usted —masculló el detective, al que notaba contrariado. Clarice Brown podía convertirse en un serio problema para mí.

Realizamos el resto del trayecto en silencio. Desde Augusta tomamos una pista de tierra, Benchmark Road, y la seguimos hasta que comenzó a empinarse y a poblarse de vegetación. Jenkins aparcó a un lado y todos bajamos del coche.

—Toca caminar. Es imposible llegar hasta allí ni con el mejor todoterreno del mundo.

—¿Está muy lejos? —pregunté, sorprendido.

—Media milla.

Me rasqué la cabeza. Miré alrededor. Había nieve apelmazada en las zonas más altas y entre los espesos árboles. La ruta que comenzábamos era escabrosa y nada cómoda.

—¿Cuánto pesaba la víctima?

La comandante miró al detective, y se encogió de hombros.

—No mucho —respondió Sanders—. Era delgada. Creo que unas 110 libras, más o menos.

—Pese a todo, hay que estar muy fuerte para llevar un cadáver media milla por este terreno auestas. ¿No lo arrastró?

—No, eso es seguro. Ni tenía marcas ni había signos de que lo hubieran hecho por aquí. La transportó como el que lleva un fardo.

El comentario del detective no me sentó bien, pero era una manera de expresarlo. Ruda, pero muy visual. Imaginé a un tipo fuerte, alto, y al menos de 200 libras.

—Es impresionante. ¿Siempre deja a las víctimas tan lejos de una carretera?

—Sí. No las oculta, pero tampoco abandonó a ninguna en un lugar en el que sea sencillo toparse con ellas —dijo Jenkins, mientras daba un puntapié a un guijarro.

Caminamos unos diez minutos. No era un terreno por el que alguien pudiera andar rápido. Supuse que con Hayes auestas, y contando alguna parada para tomar resuello, debió de invertir media hora. Sabía dónde se encontraba, sabía lo que se hacía el muy maldito.

Llegamos frente a una agrupación de rocas que se apelmazaban, formando una atractiva visión. Era McCarty Hill. A nuestra derecha el bosque comenzaba a espesar. La comandante me señaló un abeto solitario.

—Ahí la dejó. Siempre las deja delante de un árbol grande. Un abeto, una secuoya o un alerce. En su perturbada mente debe de significar algo.

—Le gustan los bosques... —murmuré, pensativo.

—Podríamos decir que sí. Salvo la última víctima —dijo Sanders, que parecía estar deseando regresar al vehículo y largarse de allí.

—También la dejó delante de un árbol —repliqué, indeciso. No conocía bien el caso, no había estudiado a fondo como de costumbre los expedientes. En mi cabeza se confundían decenas de fotografías; nada más.

—Sí, pero no en un bosque. Sólo son un puñado de árboles que hay en la orilla oeste del río Misuri, en la zona en la que se ensancha, a la altura de Winston.

Era un cambio de comportamiento notable. Abandonar la seguridad de áreas escarpadas y repletas de árboles para desplazarse a un lugar menos recogido y quizá más expuesto. Anoté en mi Moleskine repasar bien los mapas y las fotografías aéreas de cada una de las zonas. En aquella época era muy frecuente el uso de drones para tomar instantáneas o realizar grabaciones cenitales desde una cierta altura. Resultaba económico y eficaz.

—¿Podría tratarse de un imitador? —inquirí, pues no era descabellado.

—Apenas ha trascendido información a la prensa. Nadie sabe lo de las manos, lo de

los cuernos, lo del dibujo en la espalda. Sólo saben que las desnuda, que las asfixia, que no abusa sexualmente de ellas y que las deja boca abajo. Sin embargo el modus operandi de esa quinta víctima es idéntico —respondió Sanders, que había cogido un puñado de yerbas y se entretenía lanzándolas para que el viento las arrastrase.

—Vayamos a visitar al señor Hayes —dije, con firmeza, pues allí ya no pintábamos nada.

Nos plantamos en Augusta en un abrir y cerrar de ojos. De regreso por la pista me fijé más en los detalles. No había una sola casa, ni siquiera más allá de donde se perdía la vista. Pero poco antes de llegar al pueblo sí que pasamos cerca de un área recreativa, con cuatro zonas de aparcamiento muy bien dotadas.

—Es Nilan Reservoir. Una zona para pescar, sobre todo truchas. Hay otra al norte. En esta época no hay nadie por aquí, pero en primavera y a comienzos de verano esto está plagado de pescadores —me explicó Jenkins.

—En esas fechas asesinaron a Samantha. ¿Nadie vio nada?

—Nadie. O pasó por la pista a una hora en la que los pescadores no van o nadie prestó atención a un coche más de los muchos que transitan por aquí en esa época. Unos vienen a pescar y otros a disfrutar de la naturaleza.

La comandante había aparcado el vehículo en Main Street, en la intersección con una calle sin asfaltar en la que se alzaba una discreta casa de madera mal cuidada de una altura. La pintura blanca estaba desconchada en algunos tablones y el techo, de tonos azules, también presentaba desperfectos.

—Son una familia humilde... —balbuceé.

—Sí. Y Samantha era hija única.

—¿Cómo podían permitirse que estudiase en Seattle, en la Universidad de Washington?

—Invirtiendo los ahorros de toda una vida. Todo para nada —respondió Jenkins, cuyo rostro se había ensombrecido de súbito—. Ahora espere aquí un minuto. Sólo voy a asegurarme de que la madre se ha metido en su habitación o ha salido a dar un paseo.

Me quedé con Sanders, que aprovechó el momento para meterse en la boca un chicle de nicotina.

—Dejé de fumar hace años, pero ahora estoy enganchado a esta mierda. La cuestión es adormecer el cerebro, imagino.

—No le gusta tener que ver al señor Hayes...

—Pues no, agente Bush. Y entiendo que la madre de esa chica tampoco desee estar con nosotros. Han pasado más de dos años y seguimos sin encontrar al animal que mató a su hija. ¿Se hace una idea?

Recordé a Worth, y también en parte a mí mismo. No era complicado ponerse en la piel del detective. Era un hombre duro, pero no estaba acostumbrado a tener que vérselas con asesinos. Y menos de criaturas que tenían toda la vida por delante.

Detrás de aquella coraza y de sus modales toscos había un corazón que latía con fuerza y que sufría.

—Intento hacerlo. Para eso he venido, Sanders. Para echarles una mano.

El detective escupió el chicle con rabia y me dio una palmada en el hombro.

—Vamos. Riley está en la puerta haciéndonos gestos. Tenemos vía libre.

La conversación con el señor Hayes fue una larga pesadilla. Apenas hablaba, y cuando lo hacía utilizaba frases cortas. Casi siempre se limitaba a asentir o negar con la cabeza.

—¿Sospecha de alguien en concreto? —pregunté, aunque sabía que había respondido mil veces. Yo me veía obligado a realizar mi trabajo.

—Nadie de aquí. Tiene que ser de Washington. Seattle tiene más habitantes que la mitad de los condados de Montana juntos.

—Ya ha pasado tiempo. ¿Le viene algún nombre a la mente? Un compañero de universidad, tal vez...

El señor Hayes apretó los labios. Ya había oscurecido y nadie se había molestado en encender las luces. Apenas percibía su rostro, pero sí intuía su infinita desesperación.

—Agente, no se me ocurre que nadie en el mundo pudiese querer matar a Samantha. Era la persona más dulce y amable que jamás he conocido.

Capítulo IX

Regresamos de Augusta sin apenas comentar nada. Sanders estaba empeñado en que el asesino era un nativo americano —un aborigen, según ellos mismos se denominaban— tanto por el modus operandi general, que relacionaba con algún rito extraño, como por el dibujo que todas las víctimas tenían en la espalda. Me comentó que al día siguiente me podía mostrar el listado de principales sospechosos. Entre ellos había tres nativos. Montana contaba con varias reservas indias, pero dos de ellas eran enormes. Una estaba lindando con la frontera de Canadá, la de los Blackfeet. La otra estaba un poco más hacia el sur y hacia el oeste, la de los Flathead, que también daba nombre al Parque Nacional donde habían sido encontradas dos de las víctimas. Estamos hablando de reservas de entre 2.000 y 3.000 millas cuadradas, aunque muy poco habitadas, como el resto del estado.

Yo no quise apuntar nada de momento. Recordaba mi estancia en Arizona; ya conocía los prejuicios de parte de la población blanca hacia las minorías en algunos estados y también que lo mejor era mostrarme prudente y atenerme a las pruebas. Y por el momento sólo tenía claro que nos enfrentábamos a un hombre alto, fuerte, de una inteligencia notable y con un profundo trauma relacionado con las manos. Era precipitado sacar más conclusiones.

Después de dejar al detective Jenkins me acercó hasta el Holiday Inn y me hizo una mueca, como intentando darme ánimo.

—Esto sólo acaba de comenzar para usted, señor Bush. Ya iré encajando las piezas.

No me dio tiempo a responderle. Salió a toda pastilla por Hibbard Way, hacia el norte, en busca de su casa y de un merecido descanso.

Al entrar en el hall me encontré con el joven detective, Henry Long, que me estaba esperando.

—¿Cómo ha ido la jornada? —me preguntó, con naturalidad.

—Regular. ¿Ha sucedido algo?

El chaval, espigado, de cabello castaño y largo, cortado a la moda del momento, se miró la punta de los zapatos, evitando mis ojos.

—Nada de interés. Sólo deseaba hablar con usted. Le admiro. Es un honor trabajar a su lado.

Yo estaba agotado, y un poco frustrado porque aunque apenas llevaba 24 horas en Montana presentía que no iba a ser fácil descubrir al asesino de aquellas cinco chicas. La intempestiva visita de Long me sorprendía, pero también me fastidiaba, porque aún deseaba trabajar un poco antes de echarme a dormir.

—Perfecto. Vamos a tener muchos días para conversar y para colaborar, por desgracia. No hace falta que vengas hasta el hotel a estas horas —dije, con todo el tacto que pude.

El detective me tendió una carpeta que contenía un puñado de folios. Les eché un vistazo y descubrí que la mitad estaban impresos desde un ordenador y la otra mitad eran anotaciones y dibujos, de bastante calidad.

—Es una copia. Llevo una investigación paralela, por denominarla de algún modo. Quiero que usted la revise y que tenga toda la información.

—No entiendo nada. ¿Y el jefe de policía y el resto de compañeros?

—Jenkins es un encanto, y me deja hacer, pero no cree que vaya a ninguna parte. Sanders es un cretino, ya lo descubrirá. Cree que lo sabe todo, que está de vuelta de la vida. Lo más probable es que esté harto de ella. Y el jefe Price me dice que me limite a cumplir órdenes. Así están las cosas.

Me acaricié el mentón. Aquel muchacho me estaba poniendo en una situación incómoda, pero tampoco merecía que lo despreciase. Al menos de momento.

—Comprendo. Revisaré lo que has estado haciendo. Esto es un tanto irregular, como supondrás, pero quizá haya algo interesante. Nunca se sabe. Además, me falta un agente especial sobre el terreno, que me ha servido de ayuda en otras investigaciones, y a lo mejor tú te has quedado con detalles que al resto se le han pasado por alto.

—Yo puedo ser su hombre sobre el terreno. Dispongo de tiempo. Y de ganas...

Pensé en Tom. Noté un pellizco muy doloroso en la boca del estómago y tuve que hacer un enorme esfuerzo para mantener la compostura.

—Long, no deseo herir tu orgullo. Eres joven y aún te queda mucho por aprender. Seguro que llegas lejos. El agente del que te hablo es único. Si trabajas muy duro, quizá dentro de diez años seas como él. No me malinterpretes. Lucha y lo conseguirás. Pero no te pongas el listón muy alto a corto plazo. Así lo único que lograrás es deprimirte y darte un buen tortazo de realidad.

El detective volvió a esquivar mi mirada. Después simuló una sonrisa y comenzó a caminar en dirección a la salida del hall.

—Seguiré sus consejos. Usted por favor repase esas anotaciones y ya las comentamos. Buenas noches.

Mientras subía en el ascensor tuve muy claro que Henry Long no pensaba hacerme ningún caso. Era tan necio y osado como yo mismo. Nadie le marcaría los límites de su ambición y tampoco establecería unas reglas para alcanzar sus metas. Por desgracia no me costaba nada ponerme en su pellejo.

Al llegar a la habitación me tumbé diez minutos sobre la cama. Lo justo para recobrar el aliento, poner en orden las ideas y trazar un plan de trabajo hasta el instante de meterme entre las sábanas para pernoctar.

Me fui a la mesa y en mi Moleskine esboqué un primer perfil. Necesitaba más información, pero al menos al día siguiente podría descartar a algunos sospechosos, o

dejarlos en cuarentena, para centrarnos en unos pocos. El segundero de mi reloj seguía avanzando y no quería ni imaginar que me sucediera lo mismo que en Arizona. Tras eso telefoneé a Mark. Deseaba saber qué había obtenido del ViCAP y si había estado trasteando con el RIGEL al menos durante un rato.

—Ya he encontrado el maldito caso que te sonaba. Me ha llevado un par de horas. Podías haberme dado más pistas y me hubieras ahorrado mucho tiempo —me espetó mi colega, apenas le había saludado.

—Lo siento, Mark. No sé, mi memoria no es ningún prodigio, ya lo sabes. Si fuera así no andaría de un lado para otro con una libreta tomando notas de casi todo lo que veo o sucede delante de mis narices.

—Tsutomu Miyazaki.

Alguna zona de mi corteza cerebral se iluminó. Aquel nombre desde luego me era familiar.

—¿Un japonés?

—Sí.

—¿Estaba en la base de datos del ViCAP?

Japón es un país con una tasa de homicidios ridícula. Por aquellos tiempos, si se descontaba a los estados diminutos, como Mónaco o Liechtenstein, tenía la más baja del planeta. Por tanto, la incidencia de asesinos en serie —por otro lado un fenómeno radicado casi en su totalidad en los Estados Unidos— era nimia. Para nosotros no contaban en términos estadísticos, ni por su cultura ni por razones cuantitativas.

—No, desde luego que no. Pero ya nos conocemos. Te conocemos mejor los que trabajamos a tu lado que tú mismo. Y no soy el primero en decírtelo.

Mark tenía razón. Convivía con Liz, una mujer excepcional que me repetía, sin llegar a agobiarme, que debía madurar y aprovechar mis virtudes, dejando de lado mis cuantiosos defectos. Me costaba horrores aceptar aquello, y más dar los pasos en la dirección correcta.

—¿Entonces? —inquirí, despistado y deseando que mi colega me aclarase las cosas.

—Robert Ressler. Tu héroe, el espejo en el que te miras cada mañana al levantarte. Casi me maldigo por no haber caído antes. Tengo un cociente intelectual de genio y me comporto en ocasiones como el mayor de los estúpidos.

No me era difícil situarme en el lugar de Mark: yo contaba con altas capacidades y era un necio como pocos. También, al igual que él, despotiqué para mis adentros de mi nefasta memoria. Robert Ressler había sido agente del FBI durante dos décadas pero no un agente cualquiera. Su curiosidad y su atrevida indisciplina le habían llevado a descubrir aspectos de la mente de los asesinos que para la mayoría de investigadores pasaban inadvertidas, y era la persona que en la década de los setenta había acuñado un término que desde hace mucho tiempo nos resulta familiar: *asesino en serie*. Ressler también había sido una pieza clave en la creación y el desarrollo de lo que pasó a denominarse ViCAP, la mayor base de datos del mundo acerca de actos

violentos, personas desaparecidas y cadáveres sin identificar. Era imposible que yo no admirase a un agente tan singular y excepcional, que por aquella época hacía sólo cuatro años nos había dejado de forma definitiva.

—*Dentro del monstruo* —dije, dando a entender que había captado el mensaje de mi colega.

—Exacto. Creo que es un hilo del que tirar. Ahora te toca a ti hacerlo con esmero.

Yo había leído todos los libros de Ressler y también gran parte de sus informes y anotaciones, que no estaban a disposición del público pero que formaban parte del amplio material que atesoraba Quántico. *Dentro del monstruo* era uno de sus libros. En él comentaba el horrendo y extraño caso de Tsutomu Miyazaki, un asesino en serie que había sembrado el terror en Japón a finales de la década de los ochenta. Que se tuviera conocimiento, había acabado con la vida de cuatro niñas entre 1988 y 1989. Cuando asesinó a su primera víctima Miyazaki tenía sólo 26 años. Hacía apenas unos meses que había perdido a su abuelo, la única persona por la que había sentido un profundo afecto, y que se había comido tras la incineración sus cenizas, en un acto anómalo que pretendía retener a aquel hombre en el interior de su cuerpo. Sin duda el fallecimiento del abuelo de Miyazaki había sido un estresor clave para que se desatase la pesadilla, pero hasta llegar ahí había un largo camino de precedentes que explicaban de algún modo su comportamiento desviado y atroz.

El denominado por la prensa *El asesino del otaku*, por su desmedida afición por el anime y el manga, había nacido con una malformación que le marcaría el resto de su vida: los huesos de sus manos estaban unidos de tal forma que le resultaba imposible doblar las muñecas o girarlas hacia arriba. Esto ya le supuso desde la infancia burlas y bromas de mal gusto. Miyazaki se convirtió en un chaval retraído y acomplexado, que apenas se relacionaba con su entorno. Su cociente intelectual era muy alto, y hasta que llegó a la universidad sus calificaciones fueron excelentes, cuando no las mejores de entre todos los alumnos. Pero su discapacidad seguía ahí, y además presentaba microfalosomía, lo que en la adolescencia no hizo otra cosa más que empeorar la situación. No se relacionaba con las jóvenes de su edad debido a sus complejos y se refugió en el anime y en el manga para dar rienda suelta a su imaginación y a sus deseos sexuales. Conforme pasaron los años esta afición se convirtió en adicción — llegó a acumular miles de cintas de vídeo y cómics en su habitación— y también el tipo de pornografía que consumía se tornó más violenta y, más adelante, más repugnante. Le atraían las niñas, de tal suerte que se convirtió en un pedófilo. El monstruo había crecido y se adivinaba el cataclismo. Sus propias hermanas sentían una profunda aversión hacia Tsutomu.

Antes de acabar con la vida de su primera víctima, *El asesino del otaku* asesinó a varios animales. Esta es una conducta que se da con bastante frecuencia en los asesinos en serie durante su pubertad o incluso ya en la edad adulta. Es una advertencia: están perdiendo empatía y comienzan a cosificar a los seres vivos. De

ahí a hacerlo con personas hay un salto, que no todo el mundo da, pero que debería hacer sonar todas las alertas del sistema.

Miyazaki mató a una niña de cuatro años que estaba jugando sola en la zona de apartamentos en la que residía. Lo hizo porque tras secuestrarla, con la intención de convertir sus fantasías en realidad, entró en pánico cuando la pequeña comenzó a llorar. La estranguló y se llevó como trofeo las ropas de la chiquilla. Todo cambió de manera definitiva en la vida de Tsutomu: acababa de transformarse en una bestia inmunda, sin remordimientos. Y había hallado una forma atroz de satisfacer su apetito sexual. Una aberración, pero que suele ser el germen de la mayor parte de los asesinos en serie.

Tras un período de *enfriamiento*, Miyazaki volvió a matar a otra pequeña. Y más tarde a una tercera, a la que ya realizó diversas amputaciones. A la cuarta y última le cortó ambas manos y se las comió. Según el asesino, en una confesión posterior, debido a que la chiquilla había realizado un comentario acerca de su deformidad. *El asesino del otaku* fue capturado porque su frenesí, durante el verano de 1989, fue en aumento, asumiendo riesgos cada vez mayores. Un padre lo descubrió tomando fotos a su hija desnuda cerca de un río, y aunque Miyazaki trató de huir ese fue el término de sus días en libertad y por fin la policía lo detuvo. Supuso una conmoción para toda la comunidad, pues el asesino pertenecía a una respetable familia de la zona. El padre de Tsutomu, humillado y horrorizado por las atrocidades que había perpetrado su vástago, se suicidó. La buena posición social de la familia había mantenido a Miyazaki alejado de las sospechas de los investigadores, que no daban crédito, al igual que la mayor parte de la sociedad japonesa, a que un joven criado en un ambiente agradable, con un nivel socioeconómico desahogado, fuera capaz de semejantes actos.

Durante un año entero, entre agosto de 1988 y julio de 1989, *El asesino del otaku* había despertado el terror no sólo entre los habitantes de la gigantesca ciudad de Tokio, sino también en el resto del país. Los japoneses no estaban ni preparados ni acostumbrados a que sucesos tan espantosos tuvieran lugar en su desarrollada nación. Tal fue el impacto, que durante la década de los noventa se cuestionó la violencia y la pornografía tan presentes, de un modo natural, en los vídeos anime y en los cómics manga japoneses.

Tsutomu Miyazaki fue sometido a diversas pruebas psiquiátricas y le fueron diagnosticadas esquizofrenia severa y doble personalidad, aunque también se determinó que era consciente de sus actos, por lo que no se libró de una condena a muerte. Tras casi dos décadas en prisión, en 2008 fue ejecutado en la horca. Es uno de los casos más espeluznantes del siglo XX fuera del territorio de los Estados Unidos.

—Ya está todo en mi mente, has hecho que llegue como un resplandor. Quizá no lo recordaba porque, en definitiva, no deseaba recordarlo —aduje, como si en lugar de

un profesional cualificado yo fuese una víctima que intenta borrar de su pasado unos hechos que le causan un trauma insoportable.

—No soy el más indicado para decirte cómo tienes que trabajar, pero la próxima vez ponme las cosas más fáciles. No me sobra el tiempo, Ethan.

—Lo sé. Lo sé muy bien. Y acabas de ser de gran ayuda —admití. Luego dudé durante unos segundos, porque quizá la paciencia de mi colega tenía un límite; pero me podía más el deseo de atrapar a un nuevo engendro que todavía estaba suelto por Montana —. También comprendo que estoy abusando de tu generosidad... pero, ¿has trabajado con algún SIG?

Los SIG, o sistemas de identificación geográfica, son programas que tienen diversas utilidades, entre ellas tratar de localizar la posible residencia o lugar de trabajo de un asesino en serie en base a diversas variables; sobre todo el lugar en el que son hallados los cadáveres. Mark solía usar por aquella época dos muy potentes, RIGEL y PREDATOR. Pero también tenía un instinto innato que le permitía ir más allá, y por ejemplo en Nebraska había sido clave para atrapar a un perturbado.

—Eres incorregible —respondió el informático, resoplando.

—No lo puedo negar. Ya sabes que trato de mejorar, pero avanzo a la velocidad de una estrella de mar.

—Apenas he podido dedicarle tiempo. Pero sí, he realizado las primeras aproximaciones —dijo Mark, un poco más animado.

Sentí que la euforia me invadía. Mi colega era excepcional manejando aquellos programas de localización y era posible que al día siguiente sus valoraciones me ayudasen a estrechar el cerco.

—¿Y qué has obtenido? —pregunté, nervioso.

—Según tengo entendido, al menos eso me pusiste en un mail, te alojas en el Holiday Inn de Helena.

No comprendía aquella reflexión y tardé en hablar, consternado.

—Así es. Pero qué relación puede tener eso con lo que hayas estado haciendo con los SIG... —musité, mientras golpeaba con insistencia el canto de la mesa de mi habitación con la mano que tenía libre.

—Muy sencillo. Según los resultados que he obtenido, preliminares, no descartes haberte cruzado por la calle con el tipo que estás buscando.

Capítulo X

Apenas pude pegar ojo durante la noche. Me duché tras la charla con Mark, me tumbé de nuevo, dormité un par de horas y me desperté con la sensación de que estaba obligado a seguir trabajando. De cualquier manera tenía claro que no conciliaría el sueño, de modo que mejor hacer algo útil.

Me puse con el ordenador a repasar todos los matices del caso Miyazaki. Llegué rápido a la conclusión de que sólo había dos aspectos claros en común con la investigación que me había llevado hasta Montana: que era un asesino en serie y que un trauma vinculado con sus manos le había conducido a amputarlas a sus víctimas. En lo demás dudaba que el monstruo que aún andaba suelto por Helena y sus alrededores tuviera más vínculos con *El asesino del otaku*. El segundo se había convertido primero en un pedófilo, más tarde en un pederasta y al fin en una especie de aberración humana capaz de llegar al canibalismo y la necrofilia. En Montana no nos enfrentábamos con un pedófilo, pues las víctimas, aunque jóvenes, eran todas mayores de edad. Y mi instinto me decía que si bien los crímenes tenían un marcado carácter sexual, desde luego, el asesino poseía unas habilidades relacionales y comunicativas de las que Miyazaki había carecido toda su existencia.

El dilema, no menor, que se me presentaba aquella madrugada, era si el trauma relacionado con las manos del individuo que buscaba era una discapacidad, como la que había padecido *El asesino del otaku*, o de alguna manera se lo habían generado terceras personas. Un ejemplo es el maltrato infantil, centrado en esas delicadas extremidades superiores durante años, lo que desde luego deja una herida indeleble en el sujeto que las sufre. Si no es tratado por un psicólogo, es muy probable que de adulto desarrolle conductas anómalas e incluso que reproduzca la misma violencia que ejercieron sobre él en su día. Casi todos los asesinos en serie, aunque hay matices, presentan unos rasgos distintivos: maltrato durante la infancia —desde violencia física o psicológica hasta abusos sexuales de distinto grado—, familia desestructurada, escasa atención por parte de la comunidad a dichos conflictos, deficiencias educativas y problemas de adaptación al entorno —ya sea por padecer dolencias psiquiátricas o incluso, algo que la sociedad acepta con recelos, por poseer altas capacidades intelectuales—. Como vemos no es un factor único, más bien una suma de ellos. Además para que el delirio se desate suele hacer falta un estresor que sea la gota que colma el vaso. En el caso de Miyazaki, aunque su conducta ya presentaba signos desviados, como la obsesión patológica por el anime y el manga, o el maltrato animal, fue la muerte de su abuelo, una persona a la que estimaba y que se

había mostrado siempre comprensivo con su nieto. Sólo tres meses después del fallecimiento del mismo el joven mató a una pequeña de apenas cuatro años de edad. ¿Se podría haber evitado? Mi opinión entonces y ahora es que sí. No podemos dar solución a muchos de los problemas mentales, por desgracia, pero sí que está en nuestras manos, si nos ocupamos de ello desde edades tempranas, impedir que un ser humano acabe transformándose en un monstruo que siente la necesidad recurrente de matar a sus semejantes, ya sea para aplacar su ira, para calmar su ansiedad o para llevar a la práctica sus más descabelladas fantasías. No era casualidad que en 2017 más del 90% de los asesinos en serie se concentrasen en los Estados Unidos, que apenas representaba el 4% de la población mundial. Algo no estábamos haciendo bien, y eso lo teníamos claro en Quántico y en casi todas las agencias de seguridad nacional.

Mientras repasaba las fotografías de las víctimas de Montana comprendía que poco sacaría del caso Miyazaki, aunque mi mente lo hubiera rescatado y el genio de Mark hubiera sido capaz de localizarlo. Un asesino en serie de niños y uno de mujeres ya adultas presentan notables diferencias. Los primeros apenas se relacionan con su entorno, suelen vivir solos o en casa de sus padres —como *El asesino del otaku*— y tienen gustos infantiles y tendencia a moverse, en ocasiones exponiéndose en exceso, en ambientes en los que haya pequeños, como parques, clubs de scouts, escuelas de primaria y similares. Los segundos, si son organizados, como lo era sin lugar a dudas el de Montana, pueden llevar una vida *normal*, estar casados, conseguir un empleo estable e incluso tener hijos. Jamás despertarán los recelos en su entorno inmediato y sus conductas más desviadas las reservarán a un lugar concreto en el que se sientan muy seguros.

Salí a correr un rato, para que me diera el aire fresco y seco que llegaba desde las montañas nevadas. Necesitaba despejarme. Tomé casi por instinto la calle Clarke, que me ofreció un paisaje casi idílico a aquellas primeras horas de la mañana. La ciudad se desperezaba y yo rodaba por mitad del asfalto, flanqueado por hermosos árboles y por bonitas casas adornadas con cuidados jardines. El último tramo de la calle se empinaba hasta llegar a una pista de tierra, que serpenteaba por la ladera del Mount Helena Park. Fui capaz de continuar un trecho, pero decidí que tocaba regresar y llegar pronto al departamento de policía. Mientras recorría de nuevo la calle Clarke me crucé con varios vecinos. Algunos incluso me saludaron con la mano o me guiñaron un ojo, como animándome en mi entrenamiento. No pude evitar pensar si uno de aquellos amables tipos sería el asesino que buscaba, oculto bajo la fachada de una amplia sonrisa y de una vida en apariencia corriente.

Al llegar al hotel me di una ducha rápida y telefoneé a Liz. Le pregunté cómo se encontraba y le conté, muy por encima, mis avances en la investigación.

—Necesito que me remitas más información.

Me sorprendió. Ni siquiera buscaba que me echase una mano, no al menos tan

temprano. Para una vez que la llamaba sólo para saludarla era ella la que se involucraba. No podía sentirme mejor.

—¿Qué es lo que quieres?

—Toda lo que tengas de las autopsias.

—No es mucho. No soy médico forense. Tendré que pedírselo a la gente de aquí. Espero que no me pongan problemas. ¿Qué has visto?

—Más bien sería correcto decir que no he visto. Quiero una ampliación de las manos seccionadas y de las marcas que deja en el cuello de las víctimas. Sé que no hay huellas dactilares, que ese desgraciado usó guantes, pero también aplicó una fuerza brutal. Hay una vía. También necesito conocer qué tenían esas chicas en el estómago y los análisis de sangre y del cabello.

—Pero Liz, me dejas de una pieza, ¿de verdad que no has descubierto algo?

—Sólo es intuición. No eres el único en el mundo que posee esa cualidad. Y sabes que la mía en el pasado ha sido útil —murmuró mi compañera, con un deje de ironía. Liz se había criado en la América Profunda, en una casa modesta en la que el único sueldo que entraba era el de su padre, un agente de policía local que se pasó la vida recorriendo caminos polvorientos y resolviendo casos de poca monta y mediando entre vecinos para que los problemas no fuesen a mayores. Había heredado el sentido común de aquel hombre y además se había formado a conciencia.

—Desde luego. Y me encanta que estés tan implicada. Prefiero eso a que te dé un antojo y comiences a pedirme de madrugada un bagel con semillas de sésamo de *Baked by Yael*.

—No lo descartes. Me acaban de entrar ganas de zamparme unos cuantos. Por cierto, sé que no tienes tiempo y yo tengo aquí mucho que hacer, pero tenemos que hablar de Tom. He charlado con él. No me habías contado nada y es algo que no te perdono. En ese instante deseé volver a calzarme las zapatillas y salir a correr y no detenerme jamás.

—Será mejor que lo dejemos para cuando regrese.

—No. No quiero aplazarlo. Es uno de tus mejores amigos y se merece que lo trates como tal. Ethan, no te comportes una vez más como un niño y no hagas daño a alguien que te aprecia de verdad y que tanto ha hecho por ti.

—Está bien. Ya lo comentaremos —accedí, de mala gana.

—Gracias.

Me despedí de Liz con una sensación terrible de ardor en el estómago. Para no demorarme más fui caminando a toda prisa hasta el departamento de policía y allí pedí que me consiguieran un café bien cargado y un donut. Al menos llenaría la barriga y pondría alerta mis sentidos para centrarme en el listado de sospechosos que Sanders iba a mostrarme.

—Tiene usted mala cara, señor Bush —comentó Jenkins nada más verme en la sala de reuniones.

—Me he pasado casi toda la noche trabajando. Me vino a la cabeza un caso acaecido en Japón a finales de los ochenta que guarda alguna similitud y ya me ha resultado imposible conciliar el sueño.

—Sé lo que es eso. Y no es sano. Y tampoco lo es zamparse un donut para desayunar. Pensaba que usted era de los que cuidan la dieta y su salud.

La comandante se dirigía a mí como una madre. Por la diferencia de edad casi podía haberlo sido. Era espontánea y me caía bien. Su desparpajo era justo lo que necesitaba en aquel momento para olvidarme de Tom y de su pronta mudanza a San Francisco.

—Y así es. Detesto esta basura, pero hoy no tengo mi mejor día. Lo cierto es que me está sentando genial. Pero prometo no volver a comer ninguno.

—Haga lo que le venga en gana. No soy la más indicada para dar consejos sobre alimentación —dijo, entre carcajadas.

El buen ambiente se apagó de súbito. El detective Sanders acababa de entrar en la sala y por alguna razón estaba del mal humor. Pronto descubriría que era propio de su carácter. No hacía falta que nadie le incordiasse para disgustarse.

—Buenos días. Aquí tiene el listado de sospechosos. Durante 2015 y 2016 apenas pudimos centrarnos en otros individuos que no fuesen los familiares de las víctimas, pero este 2017 ya el foco se ha ido ampliando. De hecho hemos descartado a todos los familiares. No es razonable que alguien acabe con la vida de cuatro personas para ocultar el asesinato de una en concreto.

El detective tenía razón. Nos enfrentábamos a un asesino en serie, pero no pude evitar recordar el *caso del Tylenol* o el que me había llevado a Kansas por primera vez. La mente humana es muy retorcida en ocasiones y no podemos dejar de lado lo improbable, lo que se sale de cualquier comportamiento más o menos frecuente. Era algo que había aprendido de Liz, porque yo me aferraba a las estadísticas como una manera de estrechar el círculo con rapidez. Era una técnica que casi siempre daba buenos resultados.

—Es muy poco probable, desde luego —musité, mientras echaba un vistazo a la carpeta que Sanders me había entregado, con una veintena de expedientes.

—El que buscamos es un chalado. Esas aberraciones sólo caben en la cabeza de un desalmado —dijo la comandante, que había extendido un mapa del área concreta de Montana en la que fueron hallados los cadáveres.

—Pero si tuviera problemas mentales muy graves ya lo hubieran atrapado. Es un monstruo, no cabe duda, pero sabe mantener la calma y moverse en sociedad con soltura. Está integrado en la comunidad. Y es capaz de entablar una conversación agradable con una joven sin que esta sospeche —argumenté.

—Eso está claro. Las pobres chiquillas, salvo la amputación de las manos y los signos evidentes de estrangulamiento, no presentan más señales de violencia. No las secuestra empleando la fuerza —dijo Jenkins, tomando asiento a mi lado.

Repasé los expedientes. Sólo tres de ellos llamaron mi atención. No es que los otros estuviera en condiciones de descartarlos, pero prefería comenzar por los que más cuadraban con el perfil que estaba elaborando. Los separé del resto.

—Deseo hablar con estos tipos.

Sanders cogió de inmediato los expedientes y frunció el ceño mientras los hojeaba.

—¿Por qué estos tres en concreto?

—Son altos, fornidos, han tenido problemas en la adolescencia pero han sido capaces de integrarse en la comunidad, residen en Helena o alrededores, y se criaron en el seno de familias desestructuradas. Además, sus coartadas son muy endebles. Prefiero comenzar por los que me llaman más la atención.

—Sólo uno de ellos es nativo americano —apuntó el detective, contrariado.

—¿Algún problema?

—Ese dichoso dibujo que les hace en la espalda, cercenar las manos como un salvaje y colocarles a las chicas unos cuernos de bisonte... No sé, es propio de su cultura, de ritos que no son los que realiza un blanco, ya me comprende.

Miré de soslayo a Jenkins, que se había llevado una mano a la frente, casi indicando que su colega era incorregible y que ni con un buen testarazo en el cráneo cambiaría de ideas.

—Yo opino que es propio de alguien con traumas profundos. No considero que su raza o sus creencias tengan un peso significativo en el modus operandi. Es más, incluso tengo la certeza de que el dibujo es sólo una maniobra de distracción —manifesté, llegando demasiado lejos, pues me faltaba mucha información y era prematuro realizar en voz alta observaciones tan concluyentes.

—Señor Bush, no conoce a esa gente. Yo he tenido varios problemas con ellos. Se rigen por sus leyes. Y no nos respetan.

—¿Está generalizando? —inquirí, desafiante.

—No, por supuesto. Muchos son buenas personas, que no buscan problemas y que se han integrado bien en nuestra sociedad. Pero otros son peligrosos. Se lo dice alguien que ha crecido muy cerca de una reserva y que desde niño ha tenido relación con ellos. Los conozco bien.

Con discreción, la comandante me dio un ligero codazo y señaló el mapa. Era mejor no hacer mucho caso al detective.

—Pensamos que estamos ante un cazador. Tiene que vivir aquí, dentro del círculo que hemos trazado. Helena no es la población que se ubica en el centro, pero casi. También es posible que resida fuera de esta área, incluso en otro estado, pero que trabaje aquí o se desplace a Helena con frecuencia. Yo casi lo desecho, pero nunca se sabe.

—Yo también creo que es un cazador. Debo ser franco: solicité a un colega de Quántico que probase con varios SIG y en este caso el sentido común y la informática se dan la mano. Helena ocupa el primer lugar de la lista. Lo curioso es que la

siguiente es Great Falls, que se encuentra en el extremo noreste del círculo. Pero es que no encaja con alguien que resida en una población minúscula, y la mayoría de las que hay por aquí apenas tienen habitantes. Nuestro hombre necesita de una ciudad en la que pasar desapercibido e integrarse con facilidad. Eso en un pueblo pequeño resulta utópico.

Como los niños pequeños a los que dejas de prestar atención cuando lloriquean, Sanders cambió de actitud, se olvidó de su racismo y de sus prejuicios y se aproximó hasta nosotros.

—Tiene que ser alguien de aquí. Todos los cuerpos fueron abandonados en lugares muy particulares. No creo que un forastero sea capaz de moverse por estos condados con tanta facilidad y seguridad.

—Son cinco los condados implicados, señor Bush. El nuestro, el de Jefferson Cascade, Broadwater y Powell.

—Todos con su departamento de policía o con su oficina del sheriff —musité, echándome hacia atrás en mi asiento.

El detective lanzó un largo silbido y agitó su mano, sonriendo.

—Bueno, salvo Cascade, que posee una oficina del sheriff decente en Great Falls, los demás apenas cuentan con recursos ni con personal —dijo Jenkins, aclarando los aspavientos de su compañero—. Ya ve que ni siquiera aquí andamos sobrados, y somos lo mejor en muchas millas a la redonda. Tiene que comprender que por estos lares no suele suceder nada. Aquí la gente no se mata, señor Bush. Esto no es Illinois o Alabama.

Asentí. Era algo que conocía, pero que no había vivido. Recordaba mi estancia en Arizona, con aquella soberbia oficina del sheriff, y sus miles de empleados, ubicada en una ciudad, Phoenix, que multiplicaba por cuatro toda la población del estado de Montana.

—No comprendo cómo no solicitaron ayuda hace meses... —susurré.

—A nadie le hace gracia que venga un tipo desde la otra punta del país a meter las narices en tus asuntos y a decirte cómo tienes que trabajar. Me alegro de que esté aquí, de verdad, pero yo mismo me negaba a aceptar cualquier intromisión —se sinceró Sanders.

—Yo no me entrometo. Yo sólo doy soporte. A este desgraciado —dije, acalorado, poniendo mi dedo índice sobre el mapa, como si el culpable de los crímenes acabara de ser aplastado por mi yema— lo van a capturar ustedes. No he detenido a nadie jamás en la vida. No es mi misión. Pero he ayudado a muchas oficinas del sheriff y departamentos de policía a que lo hagan.

—Fabuloso —replicó el detective.

—Volviendo a nuestro objetivo —dijo la comandante, que centraba la conversación cada vez que nos íbamos por las ramas—, hemos profundizado en el perfil. Usted es el experto y seguro que lo mejora, pero tiene que conocer nuestro punto de vista.

—Desde luego.

—Pensamos que es un asesino hedonista, que encuentra placer en dar muerte con sus propias manos a otras personas. Las víctimas no son elegidas al azar, por oportunidad. Las estudia, las seduce de alguna manera, las lleva a un lugar en el que él se siente seguro y allí perpetra sus atrocidades.

—Estoy de acuerdo. Y todo eso nos dice mucho del asesino. De sus habilidades y de sus preferencias.

—Puede que sea atractivo, o que tenga un puesto de responsabilidad o autoridad. También es seguro que los asesinatos tienen un móvil de carácter sexual, aunque no deje rastros de su ADN en las víctimas.

—¿Lava los cuerpos? —pregunté, recordando los crímenes de Kansas.

—No. Podríamos decir que no los ensucia.

—Entre eso y la forma en la que deja los cadáveres, podemos dar por sentado que todas las chicas, dejando de momento a un lado la primera, son desconocidas, con las que no ha mantenido una relación duradera. Quizá las conoce y ese mismo día acaba con sus vidas —sugerí.

—Es muy probable.

Pensé en Liz y en lo que me había pedido. Tenía la oportunidad ideal para sacar a relucir la cuestión.

—Voy a necesitar los informes completos de las autopsias.

—¿Y eso? —preguntó Sanders, que cada vez que yo metía el dedo en la llaga saltaba como si tuviera un resorte.

—Deseo mandárselos a una forense de Quántico. Es una de las mejores especialistas del país. No cuestiono el trabajo realizado aquí, sólo deseo que aprovechemos al máximo los recursos de los que disponemos en Washington —respondí, con suma deferencia.

—Por mí no hay problema —dijo Jenkins, tratando de zanjar la cuestión.

—Gracias. Ahora necesito que me echen una mano.

Por fin el detective se relajó y tomó asiento. No disimulaba en absoluto que mi presencia allí le agradaba tanto como que le practicasen una endodoncia, pero imaginé que se acostumbraría.

—No sé para qué demonios hemos escrito tantos informes. Se nota que usted apenas los ha leído. ¿Siempre actúan así los agentes de la Unidad de Análisis de Conducta?

—No, no siempre. Puede que yo sea el más necio. Quizá si ve algunos capítulos de la serie esa...

—*Mentes Criminales* —murmuró la comandante, desganada.

—Descubra algo más. O se lleve una gran decepción. ¿Me van a tener esa mano?

Jenkins asintió con la cabeza de inmediato. No sólo estaba dispuesta a colaborar, la notaba muy ilusionada e implicada. Sanders esquivó mis ojos e hizo crujir sus nudillos, como si se preparase para una pelea.

—Pues claro. Por encima de todo está atrapar a ese sádico, y que ojalá le metan una buena inyección para quitárnoslo de en medio.

En Montana, aunque no se aplicaba desde hacía más de una década, todavía estaba vigente la pena de muerte, mediante inyección letal. Yo sabía que aquello, además de una atrocidad, no solucionaba el problema. Una mejor educación, una reducción drástica del acceso a las armas de fuego y una detección temprana de problemas psicológicos eran herramientas mucho más eficaces. Pero estábamos en 2017, teníamos el Presidente que los ciudadanos habían elegido y unas leyes con las que la mayoría estaban conformes y se sentían seguros.

—¿Qué necesita? —inquirió la comandante.

—Saber qué tienen en común las cinco víctimas. Todo aquello que pueda relacionarlas. Es clave.

Capítulo XI

Nos pasamos cuatro horas encerrados en aquella sala. Usamos una inmensa pizarra plástica y una pantalla LED sobre la que destacábamos diversos aspectos relacionados con cada una de las chicas. Habíamos creado cinco columnas e íbamos anotando, borrando y relacionando con flechas lo que nos parecía significativo. Jenkins estaba implicada hasta la médula, pero Sanders también se esforzó lo suyo. Por primera vez trabajábamos en equipo.

De cuando en cuando Dylan Price, el jefe de policía, asomaba la cabeza por la puerta y nos hacía un gesto con el pulgar hacia arriba, como animándonos.

Eché de menos la colaboración del joven Henry Long, pero una pelea entre un matrimonio a las afueras de la ciudad lo mantenía ocupado. No en vano esa era su principal misión. Mientras lo añoraba caí en la cuenta de que no había tenido ni el detalle de echar un primer vistazo a los papeles que me había facilitado la noche anterior. Al regresar al hotel era lo primero que tenía que hacer.

De aquella intensa mañana de faena, logramos una lista de aspectos que presentaban semejanzas entre las cinco jóvenes:

—Tenían entre 20 y 25 años.

—Eran de cabello oscuro.

—Vivían solas, aunque dos se encontraban pasando una temporada en casa de sus padres el día de la desaparición.

—Eran estudiantes. Alguna tenía un trabajo a media jornada.

—Era menudas, y por tanto resultaba sencillo dominarlas, aunque no presentaban signos aparentes de resistencia.

—Su carácter era tímido.

—No bebían, ni fumaban, ni tomaban otro tipo de drogas.

—No tenían novios, y apenas contaban con un círculo reducido de amistades.

—Habían nacido y se habían criado en pequeñas poblaciones de Montana.

—Eran vírgenes, y lo más probable es que tampoco hubieran mantenido prácticas sexuales a lo largo de su efímera vida.

—Eran caucásicas.

—Eran creyentes, protestantes. Solían ir a misa los domingos.

—Tenían teléfonos móviles, pero hacían poco uso de los mismos. No se parecían a la mayoría de los jóvenes de su misma edad.

Me quedé contemplando la pizarra, a una cierta distancia, y la desazón se adueñó de todo mi ser.

—Parece que tenemos mucho, pero no me dice demasiado del asesino —musité.

—Presas fáciles —dijo Sanders.

Asentí, pero para mí no era suficiente. Tenía que hallar otro nexo, como en Nebraska. Un vínculo que nos permitiese localizar sospechosos a la velocidad de la luz.

—Sin duda. Pero el trauma... El asesino vuelca su ira o sus fantasías en una personificación de aquel al que considera culpable de su perturbación.

—¿Su madre? —preguntó la comandante.

—Es posible. Pudo ser una madre joven que lo maltrató, o que incluso abusó de él. Esto último no es muy frecuente, pero tampoco el modus operandi es ordinario.

—O una hermana mayor, o una tía, o una vecina chiflada —sugirió el detective, dando golpes con los nudillos a la pizarra, que se desplazó un poco hacia atrás.

Todo era admisible, pero tan inusual que me costaba trabajo asimilarlo. Además, tenía claro que nos iba a dar mucha guerra encontrar el origen de los traumas que acosaban a nuestro asesino. Y si no hallaba el germen que desataba sus emociones desviadas tampoco lo encontraría a él.

—Apenas hay precedentes. Muchos de maltrato, como sabéis, pero no de abusos sexuales. Eso es algo más propio de los hombres —señalé, siempre ciñéndome a las estadísticas.

—Puedo encargarle a un agente que repase más a fondo la infancia y la pubertad de todos los sospechosos —propuso Sanders, con buen juicio.

—Es una idea fabulosa. ¿Tiene a alguien hábil?

—¿Qué quiere decir?

—Un agente que sea capaz de realizar esa labor sin levantar sospechas o encender todas las alarmas. No es una tarea sencilla —respondí, echando por enésima vez de menos la colaboración de Tom, del que me tenía que ir olvidado. No iba a resultar nada fácil.

—No sé. Intentaré darle una vuelta. Tendré también en cuenta a la gente de Great Falls y le preguntaré al sheriff. Aquí no nos andamos con tantos remilgos.

—Ya, ya, me hago cargo. Pero es un asesino en serie, y tampoco suelen vérselas con ellos. Este es astuto, de modo que nosotros debemos serlo más que él. Ahora mismo puede estar planeando su siguiente crimen, o por el contrario puede haber puesto pies en polvorosa y encontrarse ya en la otra punta del país, a salvo de nuestras indagaciones.

La comandante tomó una instantánea de la pizarra con su iPad y después borró todo lo que habíamos escrito en ella.

—Será mejor que vayamos a comer algo. Nuestros cerebros están agotados y necesitan glucosa para seguir funcionando. Además, ha comenzado a nevar con ganas, de modo que tenemos que cuidarnos.

—Acepto la propuesta —dije, guardando mi cuaderno.

—Le voy a llevar a un lugar que hoy va a estar precioso. Ya verá.

Jenkins no me engañó. Fuimos dando un agradable paseo, bajo los ligeros copos de nieve que caían sin descanso, hasta la Catedral de Santa Helena, un edificio católico levantado a principios del siglo XX. La comandante me informó que estaba inspirada en una maravillosa iglesia de Viena. Me llamaron mucho la atención sus dos altas torres; estaban rematadas por dos agujas gemelas recubiertas de ladrillo rojizo, al igual que el resto de las techumbres. El contraste de la nieve blanca con el tono de los ladrillos resultaba espectacular.

—¿Ha merecido la pena la caminata?

—Desde luego. Se lo agradezco.

—No hace falta. Se está ganando el sueldo y se merecía una panorámica agradable. No tengo su formación, pero sí mucha experiencia, señor Bush.

Nos metimos a comer en un restaurante de poca monta, que a esas horas ya estaba casi vacío. La cocina acababa de cerrar, pero Jenkins logró convencer al propietario y al cocinero de que se pusiesen manos a la obra en mi honor. No pude disimular mi bochorno ante una situación tan esperpéntica.

—Es tarde. No hacía falta obligar a estos hombres...

—Se nota que vive en el DC. Vengo aquí muchos días, de modo que en algo tiene que notarse. Incluso he celebrado aquí mi cumpleaños muchas veces. Están en deuda conmigo —dijo la comandante, sonriendo.

—¿Le gusta la comida de esta zona? —preguntó Sanders, que en lugar de reír se carcajeaba.

—Es la primera vez en mi vida que pongo un pie en Montana.

—Pues que no le engañe el aspecto de este tugurio. Aquí tienen una de las mejores cocinas de todo el noroeste del país. Y encima es económico.

En media hora teníamos la mesa repleta de platos. Según me dijeron casi todos eran propios de allí, y lo cierto es que aunque no sabía lo que me metía en la boca los devoré con gusto. No eché de menos mis típicas alubias con tomate acompañadas de puré de patatas.

—¿Qué narices es esto? —pregunté, mientras pinchaba la última pieza de algo redondo, parecido a un trozo de carne, rebozado—. Está delicioso.

Jenkins volvió a echarse a reír. Se puso colorada como un tomate, y tardó en recuperarse del sofoco para responderme.

—Ostras de las montañas rocosas.

—¿Ostras? —inquirí, desconcertado.

—Así les llaman, señor Bush. Pero no son más que testículos de búfalo rebozados y bien fritos —dijo el detective, dándome una amigable palmada en el hombro.

Después de aquello se me quitaron las ganas de probar los postres y ya no abrí la boca hasta que regresamos a la sala de reuniones del departamento de policía. Al menos había estrechado lazos con Jenkins y con Sanders, aunque fuera a costa de unas risas.

El detective se fue a intentar encontrar un agente que pudiera realizar una tarea de investigación sigilosa, mientras la comandante y yo nos quedamos para estudiar más a fondo a los tres sospechosos que había elegido de entre la veintena que contenía la carpeta.

—Mañana me gustaría visitar el lugar en el que encontraron a la última víctima — dije, después de pactar un calendario de entrevistas con los sujetos señalados.

—Al río Misuri...

—Sí, allí.

—¿Qué espera encontrar?

—No tengo la menor idea —respondí, sincero—. Pero hubo un cambio de comportamiento y deseo ver toda la zona.

—Está bien. Iremos juntos. Quizá ese desgraciado ha modificado sus costumbres.

—Es una hipótesis. O las cosas le salieron mal, no tal y como planeaba.

Nos interrumpió una administrativa, que le entregó una nota a Jenkins. La comandante asintió y la funcionaria abandonó de inmediato la sala.

—Todo lo que tenemos sobre las autopsias ya está en Quántico. ¿Era lo que deseaba?

—Sí, muchas gracias. No se lo tomen a mal.

—Sólo espero que no nos minusvalore, agente Bush. No es como esos engreídos de *Mentes Criminales*, es cierto, pero tampoco se queda muy lejos. Hemos trabajado duro, se lo garantizo, con los recursos de los que disponemos. No nos haga sentir como una panda de pipiolos. Es feo.

—Nada más lejos de mi intención —musité, teniendo claro que era la impresión que solía causar en los demás.

—Gracias.

No tardamos mucho en dar por concluida la jornada. Le rogué a Jenkins que no me acercase hasta el hotel, que prefería caminar. Había dejado de nevar y el frío serviría para terminar de derrotarme y así poder dormir ocho horas del tirón. Aceptó, a regañadientes, mi propuesta.

Al llegar a mi habitación telefoneé a Liz para preguntarle si había recibido el mail del departamento de policía de Helena. Me confirmó que así era, pero que le diera un respiro. En un máximo de 48 horas me daría su opinión. Por lo demás, se encontraba bien y nuestro pequeño se agitaba con normalidad en su útero.

Tumbado en la cama cogí los papeles que Henry Long me había entregado la noche anterior y me propuse repasarlos por encima, hasta quedarme amodorrado. Las primeras páginas eran anotaciones acerca de los lugares en los que los cuerpos sin vida de las jóvenes habían sido encontrados. Nada del otro mundo. Después venían las transcripciones, recortadas, de una serie de entrevistas con personas cuyos nombres eran unas meras iniciales. Quizá unas siglas. Aquello despertó mi curiosidad. Pero el plato fuerte llegó con un listado de sospechosos. El joven detective había escrito en letras mayúsculas sólo una decena de nombres. El primero

de ellos: OWEN SANDERS.

Capítulo XII

Henry Long se había tomado muy en serio su labor como detective, aunque fuera saltándose todas las normas y procedimientos. Me sorprendía aquella actitud en un chaval sin apenas formación, con poca experiencia y que trabajaba en el departamento de policía de una ciudad de apenas 30.000 habitantes. Estaba obligado a mantener una larga charla con él, no sólo para pedirle explicaciones, también para saber cómo diablos se las había ingeniado durante aquellos meses. No le iba a echar la bronca, entre otras cosas porque yo no era la persona más indicada, pero sí que tenía que estar seguro de que sus pesquisas eran sólidas y de que no me enfrentaba a un demente con aires de grandeza y con una imaginación desbordante. No hubiera sido la primera vez que me cruzaba con alguien de esas características y por tanto estaba más que prevenido.

Según sus indagaciones, Sanders había crecido en un entorno hostil. Un padre alcohólico y una madre que dedicaba más tiempo al adulterio que a la educación de sus dos hijos. Ambos le habían dado palizas sin motivo, sólo por estar ahí, sólo por existir. También estaba obsesionado con los nativos americanos, porque de adolescente, entre otros incidentes, en un par de ocasiones le habían asaltado y robado el dinero que llevaba en los pantalones. Desde entonces consideraba que todos los aborígenes eran una panda de delincuentes, pese a que más adelante había tenido oportunidades de sobra para comprobar que eso era un infundio, no sólo alentado por él, sino por muchos habitantes de Montana. Siempre el camino más sencillo es echarle la culpa a una minoría de cualquier cosa mala que le suceda a uno. Da igual que sea verdad o mentira, lo importante es no mirarse el ombligo y descubrir que el principal responsable de lo que le acaece en la vida es uno mismo.

Owen Sanders había mantenido una breve relación con la tercera víctima. Long sabía que no residían muy lejos y se dedicó a preguntar por los alrededores mostrando una fotografía de su colega: no tardaron en confirmarle que tiempo atrás habían salido juntos un tiempo. Cuando se lo comentó al detective este reaccionó de una forma violenta y le dijo que lo mejor que podía hacer, si no deseaba meterse en serios problemas, era mantener la boca cerrada. Fabuloso: sospechoso número uno en un listado muy corto. No había más pruebas ni indicios, pero era suficiente para escarbar en profundidad a Sanders; su personalidad, sus coartadas y su vinculación con el resto de jóvenes asesinadas. Henry Long no había olvidado señalar un aspecto en el que yo había reparado de inmediato: todo el mundo se fía de un detective de policía, mucho más en entorno casi rural. No estaba mal para un novato.

Seguí repasando los papeles de Long hasta que me quedé dormido con ellos sobre el rostro. Cuando la alarma de mi teléfono me despertó creía haber estado soñando una semana. Necesitaba aquel descanso.

Decidí que en lugar de salir a correr era mejor aprovechar el tiempo y bajar a tomar un desayuno potente para aguantar el resto del día. Mala idea. En el hall me esperaba alguien que ya me extrañaba que no hubiera aparecido en escena hasta el momento: Clarice Brown. Iba vestida con ropa deportiva y calzaba unas zapatillas de *running*.

—Ya era hora de que bajases, llevo aquí plantada casi 40 minutos. Suelen ser más predecible —dijo la periodista, nada más verme.

—Eso intento. Pero también forma parte de mis manías tratar de escapar de tu tela de araña. Debo de ser un idiota, porque fracaso casi siempre.

—Gracias —murmuró Brown, irónica—. ¿No sales a correr?

—No. Quiero estar temprano en el departamento de policía.

—Vaya, menuda decepción. Pensaba acompañarte. Me has contagiado la afición por el deporte y ahora estoy en forma.

—Fantástico. Ya eras inteligente, astuta, guapa y ambiciosa. Ahora además estarás más sana. Casi me das miedo.

—Vamos, Ethan, no comencemos como siempre. Me tratas como a una desconocida. O peor, como a alguien que conoces pero que detestas.

Encaré a Clarice, que me mostraba su extraordinaria sonrisa, la misma que veían millones de espectadores cuando sintonizaban su programa. Era complicado no rendirse ante ella.

—Ya has conseguido lo que deseabas. Aquí estoy, en Montana. No ha sido una tarea sencilla. Y tenías razón, esta gente necesita ayuda. Pero no esperes mucho más de mí.

—¿Podemos desayunar juntos?

—No estarás alojada en este mismo hotel...

No hubiera sido la primera vez. En Kansas lo había hecho en una ocasión, y en otra había alquilado una casa justo enfrente de la que yo y mis colegas ocupábamos.

—No, no te asustes. Llegué antes que tú, mucho antes que tú, ¿no lo recuerdas? Lo cierto es que me alojo en el Best Western Premier. No es por tocarte las narices, pero aquí te quieren mal. El mío es bastante mejor y está ubicado en una zona estupenda, plagada de restaurantes, locales comerciales y a un paso del Centennial Park, un enorme espacio para entrenar sin tráfico y respirando aire puro.

—No me fijo en esas naderías. Aquí estoy a menos de cinco minutos caminando del departamento de policía. No he recorrido dos mil millas desde Quántico para salir de paseo. He venido para colaborar en la investigación de cinco asesinatos. Quizá te cueste ponerte en mi lugar —repliqué, airado.

Antes de que pudiera seguir expulsando bilis me encontré sentado en una mesa y con Clarice pidiendo el mismo desayuno para los dos. Por supuesto lo apuntó a cuenta de mi habitación.

—Me necesitas una vez más, Ethan —declaró, muy segura, la periodista—. La gente de la oficina del sheriff en Great Falls es muy maja; la comandante y el jefe de policía de aquí son personas encantadoras y ese detective, Sanders, es un cretino de cuidado. La cuestión es que o te traes a todo tu equipo desde Washington, y dudo que lo consigas, o sólo no vas a poder con esto.

—Jamás pierdes el tiempo.

—Ya sabes, es oro. Hemos tenido que montar un estudio de grabación en una nave alquilada en Jefferson City para poder ahorrar traslados. Estaba cansada de tanto avión, y las combinaciones para llegar a este sitio no son ideales. Conozco mejor el aeropuerto de Salt Lake City que el JFK.

—Cada vez tienes más poder...

Desde que conocí a Clarice Brown sabía que llegaría lejos en la CBS. No era una mujer convencional y sólo si la sede de Nueva York estaba plagada de zoquetes su carrera se estancaría. No había sido el caso y ya formaba parte del Consejo de Dirección. Una de las pocas mujeres y el miembro más joven.

—No puedo quejarme. Tú tampoco.

—Es cierto. Deberían haberme largado con una patada en el culo del FBI hace por lo menos dos años, y aquí sigo —musité, avergonzado.

Un atento camarero nos dejó el desayuno y yo aproveché para fijarme mejor en Clarice. Ya la conocía bien, pero cada vez tenía mejor aspecto. Si tenía que ser *colega* de alguna periodista por fuerza, no podía haber tenido más fortuna.

—Dejemos los lloriqueos y las palmaditas. Tienes a un chaval del departamento de policía metiendo la pata por todos lados. Al principio, imagina, pensaba que era un reportero novato.

—Henry Long —dije, resignado.

—Sí. Veo que lo has calado pronto.

—Bueno, me lo ha puesto fácil.

—No tengo nada contra el chico, pero puede ser un problema para los dos.

—¿Para los dos?

—A mí me está estropeando algunas entrevistas. Y a ti te puede tirar por tierra toda la investigación. Sólo trato de avisarte.

—Y de la prensa local, ¿no te quejas?

La reportera terminó de tragar una porción de huevos revueltos y se limpió con suavidad los labios antes de contestarme. Se comportaba igual mientras desayunaba en un hotel modesto que si cenaba en uno de esos prohibitivos restaurantes de Manhattan con vistas a Central Park. Tenía clase y sabía cómo manejarla. En pocos minutos era el centro de atención de todas las miradas. Pero también era capaz de sonsacar a cualquiera, y de ponerse a su nivel sin que se descolocase un cabello de su esmerado peinado.

—Son encantadores.

—Eso significa que respetan a la policía y a las familias de las víctimas.

—No empieces, Ethan. Cada vez que colaboramos es como si arrancásemos desde la casilla de salida. Es agotador.

—¿Colaboramos?

—Sí, vamos. Es lo que hacemos. Es lo que hemos hecho ya varias veces, desde que nos conocimos en Kansas. Tienes mala memoria, pero me juego mil dólares a que está bien anotado en una de esas maravillosas libretas que coleccionas.

Dejé caer aposta los cubiertos de manera ruidosa sobre mi plato. Había caído en la trampa de Clarice y ya no había forma de escapar. Era imposible.

—¿Qué deseas esta vez?

—Lo de siempre. Tú me cuentas algo y yo hago lo mismo. Es un intercambio justo. Y nos ha salido muy bien en el pasado.

—Acabo de llegar. No tengo todavía nada entre manos —mentí, pensando en el perfil que tenía a media y en Sanders.

—Me decepcionas —murmuró la reportera, dejando caer sus brazos de una manera exagerada.

—Es lo que hay. Y tú, ¿ya has descubierto al asesino?

—Esa es tu labor. Pero tengo a alguien que sé que tus amigos del departamento de policía no contemplan como sospechoso.

—Estás de broma...

Brown enarcó una ceja y borró la sempiterna sonrisa de su rostro. No, no estaba de guasa.

—No sé si me vas conociendo mejor conforme pasan los años o cada vez vas a peor.

—¿Quién?

—¿Vamos a colaborar?

La reportera me formuló la pregunta con aspereza. No era muy frecuente que usase ese tono conmigo. Quizá tanto tiempo alejada de Nueva York estaba afectando a su carácter.

—No me queda otro remedio —respondí, mientras asentía de mala gana con la cabeza.

—Una especie de predicador —dijo, recuperando el buen humor de inmediato—. Está como una regadera. Parece inofensivo, pero conocía a todas las chicas. Deberías echar un vistazo al cuchitril en el que vive. No hemos tocado nada, pero te aseguro que corta la respiración. Ahora ya estás en deuda conmigo, otra vez.

Capítulo XIII

Al final, después de haber madrugado tanto, llegué tarde a mi cita con la comandante. Como era una mujer encantadora no se tomó a mal mi retraso.

—¿Se le han pegado las sábanas?

—No, en realidad me he levantado pronto.

—Entonces...

Jenkins y yo estábamos solos en su despacho, pero por si las moscas miré en todas direcciones. Por alguna razón esa buena profesional se merecía que le contase parte de la verdad.

—La presentadora de la CBS, Clarice Brown.

—Vaya. Para detestar tanto a la prensa les dedica mucho tiempo.

—En absoluto. Sólo cuando no me queda más remedio —aduje, inseguro.

—¡Un momento! —exclamó la comandante, como si acabara de resolver un teorema inexpugnable—. Quizá es que esa mujer le ha caído en gracia. Se ha puesto usted colorado...

Noté mis mejillas calientes y sentí ganas de echar a correr, pero era una idea ridícula e infantil. Encontré una explicación más madura y que me dejaba en mejor lugar.

—Tengo una compañera, Liz, en el DC. Llevamos bastante tiempo viviendo juntos. Esperamos un hijo pronto... No, no me atrae esa periodista en absoluto. Pero sí embargo sí que mantengo con ella una relación peculiar. Ya hemos coincidido en varios casos —dije, por no exponer a las claras que Brown en realidad casi me perseguía cada vez que ponía un pie fuera de las oficinas de Quántico.

—Quizá entonces sea ella la que se siente atraída por usted —balbució la comandante, entre risas.

—Ve demasiadas series de televisión.

—Sí. Muchas son de la CBS: *Mentes Criminales*, *CSI*, *Caso Abierto*, *El Mentalista*...

Jenkins se lo estaba pasando en grande a mi costa. Teníamos mucha faena por delante y tenía que cortar aquella situación de cuajo.

—Estupendo. Me tiene usted asombrado y desarmado. Será mejor que me rinda y que salgamos cuanto antes hacia el río Misuri.

La comandante captó mi indirecta y me soltó un suave y amigable codazo.

—¿Nos dejamos los formalidades?

—Claro...

—Llámeme Riley, por favor. Vamos a pasar mucho tiempo juntos.

Le ofrecí la mano y ella la estrechó con gusto.

—Hola, Riley, soy Ethan —dije, como si acabara de conocer a una chica fabulosa en una de las cafeterías de la Universidad de Stanford, donde había obtenido mi grado en psicología.

—Así está mucho mejor —murmuró, satisfecha, la comandante.

Durante el breve trayecto que separaba el departamento de policía de Helena de las inmediaciones de Winston repasé mi conversación con Clarice Brown. Según ella Benjamin Sullivan era un chiflado que se dedicaba a ir los fines de semana a las puertas de las iglesias católicas y protestantes en un radio de 100 millas a la redonda de su residencia, la casa de su madre viuda, ubicada en mitad de un campo yermo al final de la Avenida Montana, en un área conocida como Helena Valley West Central. El chico, de tan solo 25 años, tenía reconocida una discapacidad mental leve y recibía una ridícula pensión, que utilizaba para cubrir sus gastos personales. También solía hacer recados de lunes a viernes para un supermercado situado cerca de su casa, junto a una estación de servicio Sinclair. Repartía pedidos a domicilio a cambio de una pequeña gratificación. Ni siquiera era un empleo a media jornada. Como vivía en la residencia familiar, tampoco necesitaba mucho para salir adelante.

Según los que le conocían era inofensivo. Clarice se había entrevistado con al menos 40 personas, entre ellas un par de ancianas a las que les llevaba la compra casi todas las semanas. Lo describieron como un joven educado, tímido y formal. Los que lo veían merodeando las iglesias, en las que no entraba, difundiendo sus proclamas acerca de la Biblia y del verdadero mensaje de dios, apenas le hacían caso y, como mucho, le daban alguna limosna para que los dejase en paz. La mayoría no sabían su nombre y le habían apodado, con acierto, *El predicador*. Brown al principio noató cabos. Iba buscando conexiones entre las víctimas y se dedicó a indagar por las iglesias a las que ellas solían acudir. De ese modo tan casual descubrió que Sullivan las frecuentaba, y que algunos testigos aseguraban que en alguna ocasión había hablado con ellas. Ahora ya necesitaba ir un paso más lejos. Le encargó a uno de sus cámaras, el más intrépido, que vigilase un poco a Benjamin. El tipo se cercioró de que en realidad *el predicador* no vivía en la casa de la madre, sino en un chamizo pordiosero levantado en la parte posterior de la vivienda. Llegando muy lejos, y violando no sé cuántas leyes, se atrevió a entrar allí y se topó con pilas de revistas pornográficas, con fotografías de decenas de personas —entre ellas las cinco jóvenes asesinadas— y con montones de basura, excrementos y otras lindezas por el estilo. Clarice en lugar de transmitir esta información al departamento de policía de Helena decidió que había llegado el momento de ponerse en contacto conmigo y de contar con un as en la manga para negociar. Como bien había dicho, ahora estaba en deuda con ella. Me apreciaba y me admiraba, pero no dejaba de ser una reportera ambiciosa y astuta que sabía cómo manejar la información. Ya había jugado conmigo en el pasado y yo había aceptado aquella peligrosa relación porque me reportaba muchos

beneficios. Ahora que Tom se había esfumado, Brown se volvía todavía más relevante en mi carrera profesional, por mucho que lo lamentara.

—¿Dónde andas? —preguntó de súbito Jenkins, dándome un susto de muerte.

—Sólo reflexionaba —me apresuré a responder, tartamudeando.

—Eso imaginaba. Necesito que estés atento. Dejamos la 287 y nos metemos en Beaver Creek Road, la pista de tierra que creemos que tomó el asesino. También se puede llegar por Filson Road, pero es menos probable. A la vuelta, de todos modos, regresaremos por ese camino. Así tendrás una visión de ambas, por si te sirve de algo.

Asentí con la cabeza y tal y como me había recomendado la comandante dejé a un lado a Clarice y sus sospechosos para centrarme en lo que me había llevado hasta las inmediaciones del río Misuri. Beaver Creek Road era una pista incómoda desnivelada y en la que la nieve caída los días anteriores se apelmazaba.

—¿Nadie limpia esto? —pregunté, mientras me aferraba a la puerta del copiloto para mantenerme erguido.

—De vez en cuando. En primavera y verano, cuando llegan los turistas, presenta mejor aspecto. El resto del año por aquí no circula casi nadie, de modo que tampoco hay mucha gente que se queje.

Por suerte la tracción del vehículo de Jenkins era sensacional y no tuvimos problema en alcanzar el final del camino, que desembocaba en un área recreativa: White Earth. La comandante estacionó y me animó a que la acompañase hasta un minúsculo embarcadero. Apenas había allí una decena de árboles mal cuidados.

—¿La dejó aquí? —inquirí, sin dar crédito.

—No, no. Quería que vieras el panorama. Desde este lugar las vistas son impresionantes. Mira las montañas que tenemos enfrente, con el río tratando de abrirse paso entre ellas.

—Piensas que puede ser un mensaje...

—Sí, lo creo. Aunque sea la quinta víctima. Este lugar es diferente. Quizá el asesino esté queriendo expresar algo. O igual yo tengo demasiada imaginación. No lo sé. Tú eres el experto.

No dije nada y me dejé guiar por la comandante hasta un lugar más al sur, siguiendo la orilla del río. Por fin alcanzamos una zona boscosa, aunque ahora nos encontrábamos muy cerca de Beaver Creek Road.

—Aquí —musité.

—Justo delante de ese árbol —replicó Jenkins.

—Corrió más riesgos de los habituales.

—Sí. Todo cambia con esta víctima, y en realidad todo sigue igual.

—Te explicas, por favor...

—La deja delante de un árbol, pero no en las inmediaciones de un bosque. Le amputa las manos, pero no con la precisión con la que lo había hecho con las otras cuatro. Le

hace el dibujo en la espalda, pero se nota que el pulso le tiembla, que el trazo no es firme. Y desde que la secuestra hasta que aparece su cuerpo sólo transcurren 48 horas. A las otras las mantuvo más tiempo con vida. Bueno, o en su poder.

—Y el imitador está descartado porque los detalles sobre el modus operandi no han trascendido.

—Así es. A menos que el *copycat* sea uno de los nuestros. Un agente de la oficina del sheriff de Cascade o uno de mis compañeros.

Aquello me recordó las sospechas de Long sobre Sanders, y no pude reprimir mis impulsos e intentar sonsacar a la comandante al respecto.

—¿Ha pensado en alguien en concreto?

Jenkins hizo varios aspavientos con las manos, se alejó unos pasos de mí y negó con la cabeza.

—¡No, por favor! Sólo bromeaba. Es imposible que un agente haga algo así. Ya me cuesta pensar que sea un vecino de la zona, como para aceptar la posibilidad de que un colega sea tan salvaje.

Me acerqué a la comandante y le posé con tacto mi mano derecha sobre su hombro.

—¿En quién ha pensado?

—En nadie. Es absurdo. Volvamos a lo que de verdad importa. Ese tipo sigue suelto. No deseé atosigar más a Jenkins. No era el momento. Me dediqué a tomar notas. Me sorprendía el lugar. Era como si el asesino hubiera tenido prisa por llevar a cabo su acostumbrado ritual. En realidad pensar en un imitador era una opción muy poco probable. Lo más lógico era que aquel monstruo se hubiera visto obligado a modificar su calculada táctica. ¿Qué era lo que lo había motivado? Un misterio. A la vez, un hilo del que tirar, un fallo que quizá nos llevaría hasta su puerta.

—Riley, ¿qué os hace pensar que no usó Filson Road? —pregunté, aunque aún no había discurrido por ese camino.

—La nieve.

—¿Había nevado aquel día?

—Sí. A la chica la encontramos congelada. La primera nevada del otoño. Nevó tres días seguidos.

—En tal caso, pudieron obtener huellas de neumáticos de Beaver Creek —dije, señalando la pista, que se hallaba muy cerca del lugar en el que nos encontrábamos.

—No, por desgracia.

—Entonces...

—Nevó varios días. Era una nieve ligera, pero suficiente para cubrir las huellas. Pese a nuestros esfuerzos no se pudo obtener nada. Pero en Beaver Creek se notaba que había circulado un coche, pues había una leve depresión. Por la distancia entre ejes casi seguro una camioneta. Sin embargo en Filson Road la capa era homogénea. Por allí no se había posado ni una mosca. Puedes ver las fotografías que tomamos.

Pronuncié un impropio y miré en derredor. A lo lejos pude distinguir unas naves de

acero galvanizado. Brillaban bajo el sol de finales de otoño.

—¿Qué es eso?

—Una granja medio abandonada y un par de talleres. Hacen chapuzas: desde muebles por encargo hasta mini-casas. Creo que también trabajan el metal, pero no estoy segura.

—Lo habéis registrado.

—Desde luego. El jefe Price llegó a pensar que allí le habían amputado las manos a la chica. Pusieron todo perdido de *luminol* pero allí no había una gota de sangre. Y mira que cualquiera puede cortarse un dedo.

Al comentar Jenkins lo de los dedos recordé de inmediato el caso Miyazaki, en Japón. Aunque sabía que eran distintos un aspecto del mismo podía estar muy relacionado con el que me ocupaba.

—Tenemos que encargar a alguien que revise los expedientes de todos los sospechosos.

—¿Qué hay que buscar?

—Discapacidades o malformaciones en las manos.

La comandante se apartó el cabello del rostro. Me miró dubitativa.

—No sé, estás pensando que...

—Riley, ¿de quién sospechas?

—Ya te he respondido. De nadie. Confío en ti, Ethan. Para eso has venido. Eres tú el que establece el perfil. Yo jamás me he enfrentado a una monstruosidad ni si quiera parecida.

—Pues yo sospecho de un sujeto al que le faltan dedos, o que es manco, o que apenas puede mover sus muñecas o sus falanges. Un individuo que detesta las manos *perfectas* de la mayoría de la gente.

Capítulo XIV

El departamento de policía de Helena no era desde luego la oficina del sheriff de Maricopa, en Phoenix, ni siquiera la que yo había considerado en su día limitada Patrulla Estatal de Nebraska, donde dos chavales aplicados se habían dejado la vista indagando con ahínco y acierto.

Cuando regresamos a las oficinas, algo que apenas nos llevó 20 minutos, me metí con Jenkins en su despacho para intentar organizar un poco las tareas.

—¿Quién puede ocuparse de rastrear entre los expedientes de estudiantes, sospechosos y ex-convictos? —pregunté, ingenuo, apoyándome en el extremo de la mesa de la comandante.

—Me temo, Ethan, que tendré que ser yo.

—¡Cómo! Riley, tú estás muy ocupada pensando, eres indispensable para la investigación —exclamé, pensando que era la única persona con la que de verdad me llevaba bien y por la que sentía respeto.

—Te agradezco el cumplido, pero sólo tengo un agente a mis órdenes, y ya no puede soportar más carga de trabajo. Tendrás que amoldarte a las circunstancias.

—Joder, parece que a nadie le importa que un asesino en serie ande por ahí suelto.

La comandante me indicó con su dedo índice que me aproximase. Su expresión había cambiado de golpe.

—Todo este asunto es un incordio, Ethan. En realidad al sheriff de Great Falls, al jefe Price e incluso a Sanders les incomoda. Montana es un estado tranquilo, ya lo sabes, poco habitado y en el que apenas hay delincuencia. A la mayoría de los agentes y de los políticos les encantaría que ese tipo no volviese a matar, echar un puñado de tierra sobre la cuestión y que la opinión pública en unos meses se olvidase de ella.

—Eso es una locura, Riley. Las familias...

—Yo opino lo mismo. Me escandaliza. Era lo que no he terminado de contarte cuando estábamos en la orilla del río Misuri. No creo que el culpable sea un agente de la ley, pero hay días en los que pareciera que es así y que todos lo saben y por eso no desean poner más empeño o más recursos.

—¡Mierda! —grité. En Quántico nos habían preparado para situaciones de aquel estilo. Muchas oficinas del sheriff, para las que un asesinato es algo anómalo, que se produce cada varias décadas en su condado, reaccionan de un modo similar. No es que no quieran atrapar al culpable, es que tienen la certeza de que con sus recursos escasos será una labor titánica. Una reacción tan humana como errónea. Es como el que en lugar de limpiar la mierda de su casa intenta quitarla de su vista metiéndola

debajo de la alfombra o del sofá. La mierda sigue ahí, pero trata de pensar que ha desaparecido y que el problema está resuelto.

—Ya te lo había dicho, pero ahora no me cabe la menor duda. No te pareces en absoluto a ninguno de los protagonistas de las series que me chiflan. Y es un piropo, Ethan. Eres mejor.

Forcé una amarga sonrisa. Comprendía que Jenkins intentaba alentarme, pero no estaba ni para elogios a destiempo ni para bromas. El salvaje que perseguíamos había acelerado su ritmo criminal y los períodos de *enfriamiento* se habían acortado. Temía que antes de que llegase la Navidad nos sorprendiese con una sexta víctima. Era una circunstancia que no quería volver a vivir: estar ya involucrado en la investigación y no dar caza al asesino antes de que vuelva a actuar. Con lo acaecido en Arizona había tenido suficiente.

—Voy a tener que recurrir a mis dos nuevos asistentes en Quántico —musité.

—¿Más personal del DC?

—Están a mi cargo, y tengo autorización para involucrarlos en el caso. Pero no deseo que lo sepan el resto de agentes. Riley, es algo que quedará entre nosotros.

La comandante agachó la cabeza. Se pasó medio minuto reflexionando en silencio, cavilando acerca de lo que le proponía.

—No es mi forma de comportarme —dijo al fin.

—Sólo me fío de ti.

—El jefe Price...

—Sólo me fío de ti, Riley. Soy psicólogo y llevo ya algún tiempo estudiando el modo de comportarse de la gente. A veces meto la pata, pero pocas. No estoy insinuando ni mucho menos que alguno de tus compañeros esté implicado —murmuré, dejando de lado lo que opinaba de Sanders—, pero sí tengo claro que eres la única persona en la que puedo confiar. Y necesito que tú te comprometas conmigo.

Jenkins dudó unos segundos, pero después me ofreció su mano, suave y blanda, que estreché con gusto.

—Está bien. Pero lo hago sólo por esas chicas.

—No vamos a hacer nada malo —mentí—. Si nos topamos con algo importante daremos parte de inmediato a Dylan Price. Pero necesitamos cierto margen. Tú estás al 100% en esto, como yo. Debemos estrechar vínculos.

—En el fondo, Ethan, te agradezco todo lo que me estás diciendo. No te voy a fallar.

Allí estaba yo, un agente especial del FBI a punto de cumplir 33 años metiendo en un buen lío a una mujer hecha y derecha con un nivel ético muchos escalones por encima del mío. Maduraba, pero al mismo ritmo con el que un caracol avanza por una hoja de lechuga.

—Yo tampoco a ti, Riley —musité, abochornado.

Sanders entró de golpe en el despacho de la comandante. Estaba agitado, aunque nada más vernos pareció aliviado.

—Por fin habéis vuelto. Tengo en la sala de interrogatorios al nativo del que le hablé. ¿Podemos interrogarlo ahora?

En mi planificada vida, y casi obsesiva manera de organizar cada acción, la propuesta del detective era similar a desatar el caos, pero no me quedaba más remedio que aceptar.

—Sí, desde luego. No lo posterguemos. Igual nos llevamos una sorpresa —respondí, con un poco de cinismo.

Me despedí de Jenkins y seguí a Sanders por los pasillos, mientras reflexionaba acerca de un detalle que no me parecía menor: había elegido, de entre los tres sospechosos que yo había señalado de su carpeta, al aborigen en primer lugar. Como siempre, aquello no era casual. Mientras contemplaba su ancha espalda pensé que Tom hubiera resultado de gran ayuda para indagar en la vida del detective, en sus costumbres e incluso en su vivienda. Quizá Henry Long tenía más razones de las que yo mismo imaginaba.

Llegamos a una sala de interrogatorios austera. No había cristales tintados ni otras cosas raras; sólo una mesa anclada al suelo, tres sillas de plástico blando y un micrófono y una cámara, bien visibles, en una esquina superior.

—Señor Smith, este es el señor Bush, el agente del FBI del que le he hablado.

Koda Smith era un tipo enorme, de rasgos muy marcados y ojos ligeramente hundidos. Su presencia imponía. Al darme la mano me apretó con fuerza y con seguridad. Quizá estaba cabreado, quizá tenía muchas cosas que ocultar; nunca se sabe.

El detective se ocupó de ponerme en antecedentes y de explicarle, casi seguro por tercera o cuarta vez, el motivo de encontrarse en el departamento de policía.

—Déjate de rollos, Owen, estoy aquí porque soy aborigen. No hay más —dijo el señor Smith, interrumpiendo a Sanders.

—¿Os conocéis? —pregunté, de manera instintiva.

—Sí. Crecimos separados por un par de manzanas y fuimos juntos al colegio. Poco más. Ahora los dos residimos en Helena —contestó el detective, molesto.

Aquella situación resultaba un poco violenta. Smith no había solicitado la presencia de un abogado, lo que era una buena señal, pero ser interrogado por un agente que lo había tratado desde que eran sólo unos chiquillos no era lo más indicado. En cualquier juicio todo eso podría jugar un papel trascendental. Por lo visto en Helena no entraban en esas consideraciones.

—Sanders, si no te importa, seré yo el único que se dirija al señor Smith. Si deseas aportar algo o comentarme cualquier cosa, me lo escribes aquí y yo valoro cómo actuar.

—¿Habla en serio?

—Sí. Imagino que la reunión está siendo grabada...

—En efecto —dijo el detective.

—Pues lo haremos a mi manera.

Sanders asintió, pero también emitió un ruido extraño con la lengua, para dejar patente su disconformidad. Después alejó un poco su silla de la mesa y dejó claro que no pensaba colaborar lo más mínimo. Podía olvidarme de notas o sugerencias. Si era a mi manera él no participaba de la *fiesta*.

—Señor Smith, no puedo compartir con usted información acerca de los avances en la investigación, pero le garantizo que su raza no tiene nada que ver con su presencia en esta sala. Hay una lista amplia de sospechosos, y debemos descartarlos. Cuanto más colabore, antes podremos dejarle en paz.

—He colaborado desde el primer día. Y aquí estoy de nuevo. No creo que me vayan a dejar tranquilo. No tienen ni idea de quién diablos ha matado a esas chicas y están buscando una *cabeza de turco*. Yo soy el tipo ideal para echarle la porquería encima. No llevo una vida ejemplar, me dedico a hacer chapuzas aquí y allá y de vez en cuando me pillo una buena borrachera. También he tenido mis líos... Un par de peleas. ¿A quién culpamos? A Koda, ese nativo que da miedo nada más verlo. ¿Quién va a protestar? Nadie. Estoy solo en el mundo.

—Veo que no cree mucho en la justicia de nuestro país —dije, fijando mi mirada en sus ojos, casi enterrados detrás de unas prominentes cejas.

—Tiene usted pinta de niño bien, de rico. No sabe lo que es salir adelante aquí. Quizá allá, en el DC, tengan algo parecido a lo que es la justicia; pero aquí, desde niño, ya estás marcado.

No podía permitir que Smith dominase el encuentro. Había llegado el momento de que respondiese y se dejase de excusas.

—¿Conocía a Samantha Hayes?

—Sí, claro que la conocía. Fui a casa de sus padres a echar una mano al señor Hayes en unos arreglos. También conocía a otras dos de las chicas. Nada más. Y le ahorro la siguiente pregunta y se la contesto ya mismo: no tengo coartada. Vivo solo y no suelo salir por ahí, salvo algún fin de semana.

El interrogatorio a Smith fue desagradable. Era un hombre tosco y de modales rudos. Encima detestaba tener que dar tantas explicaciones, aunque en el fondo siempre había mostrado una buena disposición. Resultaba contradictorio.

Repasamos aspectos de su infancia, que no había sido precisamente un cuento de hadas. Reconoció haber sufrido abusos por parte de un tío lejano de crío y haber lanzado piedras contra perros callejeros. Poco más. No tenía antecedentes relacionados con el maltrato a mujeres ni por abusos.

—Jamás le he puesto la mano encima a una chica. Eso sólo lo hacen los cobardes. No tengo un currículum brillante, pero ni siquiera he soltado un piropo malsonante a una mujer en toda mi vida. Puede preguntar donde quiera —me dijo en un momento determinado, con un aplomo que resultó convincente.

Al cabo de media hora me fijé que mantenía oculta su mano derecha. En su expediente no figuraba nada relativo a que tuviera alguna discapacidad, pero me llamó la

atención. De hecho me abochornó no haberme dado cuenta antes.

—¿Qué le sucede en ese brazo? —pregunté, señalando el que escondía bajo la mesa de interrogatorios.

—Nada...

—¿Me puede enseñar su mano izquierda?

Smith frunció el ceño y maldijo en un dialecto indio de la zona, que por supuesto no comprendí. Pese a todo sacó el brazo de debajo de la mesa, se remangó la chaqueta de cuero y la camisa y me ofreció la mano.

—Ahí la tiene. Es toda suya.

Yo no era médico, pero, en una situación que llegó a resultar ridícula, me dediqué un rato a examinar la mano y el brazo de aquel hombre. Tenía algunos tatuajes. Dibujos sin sentido y la frase: «la muerte jamás es el final». Por fin hallé una cicatriz en el reverso, que partía de la muñeca y llegaba casi hasta la articulación del codo. Estaba bien disimulada por otros tatuajes, pero bajo la potente luz de la sala de interrogatorios y de cerca resultaba evidente.

—¿Qué es esto?

—Hace unos años sufrí un accidente con una radial. Pudo ser algo grave, pero me encuentro en perfectas condiciones.

—Ninguna secuela... —murmuré, insinuando que estaba dispuesto a realizarle pruebas o lo que hiciese falta.

—No se lo cuente a nadie. Yo vivo de las chapuzas, ya lo sabe. No querrían contratar a un tullido. Sin embargo me siguen dando trabajo y ni se enteran del asunto. No se enteran.

—¿De qué no se percatan? —inquirí, pues aquello podía significar mucho.

—El dedo pulgar. No puedo moverlo. Los demás sí —respondió, agitando el resto de sus dedos como si fuera un mago—, pero el pulgar se quedó tieso.

Los detalles acerca del caso no habían trascendido a los medios de comunicación. Ninguna fotografía de los cadáveres ni descripciones acerca del dibujo, la posición del cuerpo, los cuernos de bisonte y, en especial, la amputación de las manos. Sólo el verdadero asesino y los agentes involucrados en la investigación conocían esos aspectos. Mi corazón comenzó a latir con fuerza.

—Lo que no alcanzo a comprender es el motivo de querer ocultarme esa leve discapacidad.

Koda Smith echó su enorme torso un poco hacia adelante. Me miró a los ojos sorparpadear.

—Nunca actúo así. No oculto mi manos, aunque sí la cicatriz. Aquí nadie se da cuenta, ya lo ve. Pero nada más presentarnos he sabido que usted lo descubriría. Un presentimiento. Y por desgracia se ha cumplido.

Capítulo XV

Cuando me quedé a solas con Sanders el detective se empeñó, con más energía que nunca, en convencerme de que hablásemos con el jefe de policía y que un juez nos concediese una orden de arresto y otra de registro de la vivienda de Smith.

—No perdemos nada, y podemos salvar vidas.

—Sí, podemos también hacer el ridículo y marcar a ese hombre para siempre — repliqué, sabiendo lo que decía.

—¿Marcar? Ya está marcado. Él solo se ha metido en mil jaleos, no hace falta que nadie le dé un empujón.

—¿Qué sucedió?

El detective dio dos pasos hacia atrás y agachó la cabeza. De golpe había dejado de ser el tipo duro que trataba de mantener las apariencias a toda costa.

—No comprendo...

—Con ese individuo, Koda Smith. Hay algo personal entre vosotros.

—Me pasó lo mismo que a muchos críos. Un día me robó y me soltó un par de puñetazos en el estómago. Nada que no pueda contarle cualquiera que haya crecido rodeado de nativos.

—Y eso lo convierte en un asesino en serie.

Sanders agitó las manos, como si intentara ahuyentar un enjambre de abejas rabiosas de su alrededor.

—Es un sospechoso. No tiene coartada. Se ha buscado mil follones en el pasado. Y encima hoy usted acaba de descubrir que es un lisiado, que no puede mover uno de sus dedos. Es grande y fuerte. Coincide bastante con el perfil que está elaborando.

El detective tenía razón, pero no toda la razón. Para mí las entrevistas eran una parte fundamental de mi trabajo, siempre que estaba sobre el terreno. Cuando tienes a una persona cara a cara y charlas con ella puedes casi mirar en su interior. No se trata de nada paranormal; sólo de haber aprendido bien a juzgar cada gesto, cada cambio de tono, cada palabra.

—Pues yo sin embargo albergo muchas dudas. No tengo la impresión de que nos haya mentado.

—Los psicópatas mienten de fábula. Acaso se lo tiene que explicar a usted un detective de una pequeña ciudad...

Sanders se había recuperado. Ahora desafiaba mi autoridad. En realidad podía sostener sobre argumentos sólidos su discurso.

—Es cierto, pero yo llevo años tratando con ellos, entrevistándolos o viendo cómo

otros los entrevistan. No es tan sencillo tomarme el pelo. Me puedo equivocar, desde luego, pero de momento no considero apropiado arrestar a Smith. Hace falta más, bastante más, para una medida tan drástica.

—Usted sabrá lo que se hace. Dios no lo quiera, pero si aparece otra chica muerta delante de un árbol caerá sobre su conciencia. No lo olvide.

El detective abandonó la sala de interrogatorios dando un portazo. No nos podíamos llevar peor. Y además, sin él saberlo, su nombre estaba anotado en mi libreta, en un apartado dedicado a los sospechosos. Aquellas reacciones exageradas y violentas no hacían otra cosa que aumentar mis recelos.

Me quedé casi una hora en la estancia, a solas, repasando mi Moleskine e intentando poner en orden las pocas ideas que llegaban a mi cerebro. Aún me sentía perdido y echaba de menos a Tom, más que nunca. Tuve la tentación de telefonarle, de pedirle disculpas y de desearle suerte en su nuevo reto en San Francisco, pero me pudo más el orgullo y un cierto rencor. No podía ser más cretino en aquella época.

Decidí acercarme al despacho de Henry Long. Él se había propuesto sin que yo le sugiriese nada y tampoco tenía a otro agente a mano. Confiaba mucho en Jenkins, pero no era la persona indicada para realizar aquella tarea. Lo más probable es que el joven detective tampoco, pero hasta la fecha se había movido con discreción y sólo la astuta de Clarice Brown se había percatado de sus acciones.

Por suerte encontré a Long solo, repasando el parte que un policía había dado acerca de una agresión machista al norte de la ciudad.

—Este es un condado pequeño, señor Bush, pero me puede creer si le digo que mi puesto está más que justificado. Tenemos una tasa de homicidios ridícula, pero en lo referente a maltrato y violencia de género estamos en la media del país. Muchos días siento vergüenza de ser hombre.

Comprendía al joven, pues uno no llega a entender jamás el comportamiento de determinados individuos, que pegan, ofenden, agreden de forma verbal e incluso asesinan a sus parejas o a sus exparejas. Casi prefería enfrentarme a asesinos en serie, que cosificaban a desconocidos, aunque les realizasen atrocidades, que con aquellos que atacan a mujeres a las que no sólo conocen, sino que suelen estar enamoradas de ellos y que en la mayoría de los casos los perdonan una y otra vez. Es propio de canallas sin ninguna clase de escrúpulos. De cobardes que pegan y matan porque están tan vacíos y se sienten tan miserables que toda su existencia pende del hilo de una mujer formidable y bondadosa.

—La mayoría de los hombres se comportan de un modo maravilloso con sus parejas. Long, le sucede lo mismo que a mí en ocasiones, que de tanto toparnos con la maldad llegamos a la conclusión de que está por todas partes, de que nadie se salva. Pero no es cierto. Así es el mundo para los que tenemos que combatir a los malos, pero casi todas las personas que hay en el planeta son sensibles, honradas y respetan al resto. Tampoco es que estemos rodeados de santos, desde luego, pero no se deje arrastrar

por el pesimismo. Salga a pasear de vez en cuando por las calles de esta misma ciudad y observe a la gente. Se va a sorprender.

—¿Usted lo hace?

Me apoyé en el borde de la mesa del detective. Recordé a Liz y a los días en los que caminábamos de la mano por Ohio Drive, contemplando a un lado el majestuoso río Potomac y al otro los formidables árboles que flanquean la carretera. Recordé a cientos de personas con las que nos cruzábamos que corrían, que charlaban, que reían o que disfrutaban del parque con sus familias.

—Sí, lo hago con frecuencia. Necesito tener claro que nuestro país, nuestras ciudades, no están plagadas de desalmados —me sinceré.

Seguimos hablando un rato acerca de temas insustanciales. Era una manera de caldear el ambiente antes de ir directo al grano. Una parte de mí tenía claro que lo que iba a hacer no estaba bien, pero otra me empujaba con más fuerza; esa parte que dominaba mi conducta y que me permitía saltarme las reglas sin sentir remordimientos. El fin siempre justificaba los medios, sobre todo cuando se trataba de meter en el calabozo a un monstruo.

—¿Qué es lo que desea? —inquirió al fin Long, pues era la primera vez que me acercaba a su despacho y era un chaval espabilado.

—He estado meditando acerca de nuestra conversación en el hall del hotel —respondí, sintiendo el aire del abismo por el que me deslizaba en el rostro.

—En tal caso, ya ha repasado todos los papeles que le entregué.

No pude evitar sonrojarme. Aún me quedaba bastante información por leer y había centrado mi atención en Sanders, al que el joven detective señalaba como sospechoso. No había ido mucho más allá. Debía salir del entuerto airoso.

—Me ha demostrado que es usted valiente y sagaz. No es poco. Quizá demasiado atrevido, pero ha tomado las debidas precauciones —dije, sin mencionar a Clarice Brown, por supuesto.

—¿Qué opina sobre mis pesquisas?

—Es pronto para darle una respuesta. Precipitado. En realidad he venido para otro asunto, mientras trato de confirmar tus investigaciones.

—No llego a entender...

Long hizo una mueca de asombro. Lo más seguro es que ni él recordase su oferta, porque yo mismo la había echado en el olvido. Pero las circunstancias habían cambiado y ahora necesitaba su colaboración.

—Preciso de alguien para indagar de un modo discreto en la vida y las costumbres de un sospechoso. Uno que no figura en el listado que manejan Sanders y Price.

—¿De dónde ha salido?

—Prefiero reservar esa información, por el momento. Como agente del FBI dispongo de varias fuentes.

—Habla como un periodista de una película mala.

El detective tenía toda la razón, pero yo no quería mencionar a la reportera de la CBS. Sólo si me veía entre la espada y la pared lo haría.

—Es cierto. Es listo y despierto, Long. Justo lo que ando buscando.

—¿De quién se trata? —preguntó el joven, cuya comunicación no verbal me mostraba que no se fiaba del todo de mí.

—Un tipo al que apodan *el predicador*. ¿Le suena?

Long se rascó la nuca y buscó una inexistente ventana. Yo las echaba también de menos. Aquel edificio, con sus estrechos vanos por los que apenas pasaba la luz del exterior, llegaba a resultar asfixiante.

—De nada. Es la primera vez que escucho ese mote.

—Quizá Benjamin Sullivan...

—Tampoco. No tengo ni idea.

—Pues hay que investigarlo a fondo. Puede comenzar desde aquí, revisando expedientes, antecedentes, a qué se ha dedicado, dónde estudió y esas cosas —sugerí, aunque era sólo el preludio.

—Pero para eso está Jenkins y su ayudante. No sé, quizá fuera más sencillo.

Tom nunca me hubiera puesto en aquel brete. Como mucho se habría reído, habría hecho una broma mordaz o hubiera esperado más instrucciones, deseando lanzarse a la acción.

—He pensado en ti, Henry. Eres el indicado —dije, tuteando al joven detective con la intención de estrechar vínculos.

—¿Para pasarme horas dejándome los ojos delante de una pantalla?

—No, tienes que llegar más lejos. Y a partir de ahora será mejor que nos hablemos de tú, si te parece bien.

—Genial —murmuró Long, sonriente.

—Necesito que le sigas un par de días. Y también que te cueles en su casa. Bueno, por llamarle de algún modo. Creo que son cuatro tablas mal unidas con clavos. Todo con la máxima cautela.

—Y si me pillan... Esto se escapa a mis competencias.

El chaval se había mostrado decidido en el hall del hotel, pero ahora que tenía la oportunidad delante se achantaba un poco. Ya le había advertido de que le quedaba mucho trecho para llegar al nivel de mi colega del FBI.

—Al final siempre me tendrás como paracaídas. No te dejaré solo. Y para comenzar... inicia las pesquisas como si se tratase de un maltratador machista.

—Así, ¡sin más! —exclamó el detective, alzando los brazos.

—Henry, tengo una copia de una investigación paralela que has llevado por tu cuenta y riesgo. Esto es una bagatela si lo comparamos con lo que ya has hecho. Y, te lo repito, ahora me tienes a mí para cubrirte las espaldas. ¿Cuento contigo o intento que desde Quántico o desde Salt Lake City me manden a un agente de campo del FBI?

El detective caviló durante medio minuto. Aquel breve espacio de tiempo se me hizo

infinito. También, por otro lado, me sentía culpable, al estar arrastrando conmigo a aquel prometedor joven hacia un precipicio cuya profundidad desconocíamos.

—Está bien. Acepto, Ethan. En el fondo es la oportunidad que estaba esperando. Ojalá hubiera llegado de la mano del jefe Price, pero me sigue viendo como a un pipiolo que bastante lejos ha llegado con la edad que tiene. Me gusta la acción, y no puedo dejar pasar de largo este tren.

Sonreí, complacido. Rodeé la mesa de Long y le apreté un poco el brazo, en un gesto cariñoso y de confianza. Ambos nos acabábamos de meter en un lío, de modo que esperaba que el chico supiese gestionarlo.

—Lo vas a hacer muy bien. Te has defendido como nadie fisgoneando, y no es algo sencillo. Juntos vamos a lograr encontrar al culpable de esos crímenes salvajes.

El detective me devolvió la sonrisa. Estaba feliz, y su actitud dubitativa de hacía unos instantes se había esfumado: era el vivo rostro de la confianza ciega. La vibración de mi Smartphone me arrancó de aquel instante de dicha. Era Liz.

—¿Todo bien? —pregunté, pensando en nuestro pequeño embrión. Por una vez no me centraba en la investigación en curso.

—Bueno, más o menos. Voy a necesitar más detalles de las autopsias. Más imágenes y a más alta resolución. Y da gracias a que el bueno de Mark me está facilitando la labor.

—¿Qué has descubierto? —inquirí, seguro de que no me telefoneaba sólo para pedirme más material.

—Ya lo sabías, pero ahora tenemos la certeza. Nos enfrentamos a un único asesino. El muy idiota usa la misma cinta de embalar negra para cada víctima. Y sólo para eso. Los cinco fragmentos, vistos con el microscopio electrónico, encajan casi a la perfección. Es una pista muy sólida, Ethan.

Capítulo XVI

El jefe de policía Price nos convocó a una reunión anodina, que se amoldaba a su tono de voz cansino. Habían llegado informes de la oficina del sheriff de Cascade y deseaba que Sanders los repasase y que al día siguiente sacásemos conclusiones entre todos.

Me preguntó acerca del listado de sospechosos y de mi opinión sobre Koda Smith, una vez ya lo había entrevistado. Respondí que tenía casi la certeza de que no era nuestro hombre, pero que tampoco lo podíamos descartar.

Jenkins se ofreció para acercarme hasta el Holiday Inn en su vehículo, y aunque el trayecto era breve acepté.

—Parece como si no avanzásemos, ¿verdad? —me preguntó la comandante, cuando ya me disponía a cerrar la puerta y meterme en el hall.

—Sí, Riley, eso parece. Pero cada pequeño paso nos acerca hacia la verdad. La charla de Price no ha sido precisamente alentadora, pero mañana puede surgir una pista y cambiar todo de repente.

—No sabes lo que me complacen tus palabras. Pensaba en tumbarme en el sofá, ponerme una película estúpida y meterme media botella de whisky en el cuerpo. Mi hígado te lo agradece.

—¿Hablas en serio? —pregunté, pues Jenkins tenía un extraño sentido del humor.

—Casi siempre, Ethan... Casi siempre.

De nuevo me dejó con la palabra en la boca. Aceleró y vi su coche perderse al girar a la izquierda por Hibbard Way. Mientras subía en el ascensor en busca de la planta de mi habitación pensé en la clase de vida que llevaría aquella mujer dicharachera y sincera. Me alegraba poder estar trabajando con ella. Sin saber cómo le había tomado un gran aprecio, y eso no era muy común en mi carácter.

Como de costumbre me dejé caer sobre la cama y me pasé un cuarto de hora contemplando el techo. Imágenes de las víctimas, de sus autopsias, de las zonas en las que fueron hallados los cuerpos y de la maldita serie *True Detective* se agolpaban, como si un gracioso hubiera dispuestos varias diapositivas juntas en uno de esos antiguos y ruidosos proyectores.

Aunque yo prefería hacerlo por la mañana, decidí que tenía que salir a correr un rato. Me cambié y me calcé las New Balance. Nada más alcanzar la calle descubrí que una suave nevada había comenzado a teñir de blanco la noche de Helena. En lugar de buscar la montaña, hacia el oeste, tomé la larguísima Broadway Street y corrí por el asfalto durante un buen rato, hasta alcanzar el Hospital St. Peter. Me di la vuelta y

regresé trotando de forma suave. Había comenzado demasiado rápido y ahora deseaba fijarme en los detalles. Ya tenía la mente despejada. Apenas circulaba algún coche y no había casi nadie en las aceras. Pase junto a dos parques infantiles pero no había niños. Todo el mundo debía estar en sus casas cenando, viendo la televisión o incluso ya durmiendo. Era agradable rodar sintiendo el aire gélido, los copos de nieve que se deshacían nada más tocar mi piel y envuelto por aquella singular soledad.

En un momento dado, a mi derecha, descubrí un pequeño campo de béisbol público. Pensé en mi padre, un fanático de aquel deporte, cuyos restos descansaban en el cementerio de Mariposa, California, y en que hacía demasiado que no telefoneaba a mi madre. Al día siguiente la llamaría, no se merecía aquel trato y aquel distanciamiento por mi parte.

Cuando llegué a la zona en la que los árboles flanqueaban la calle supe que el hotel estaba cerca. Fue entonces cuando me crucé con un tipo que corría en sentido contrario al mío, pero por el mismo lado de la calzada. Le hice un gesto, a modo de saludo, pero él agachó la cabeza y siguió a la suya. Apenas di unas zancadas me detuve en seco y me giré para observarlo. Recordé las palabras de Mark, después de comentar su trabajo con los SIG, y su insinuación de que quizá podía toparme con el asesino en plena calle cualquier día, pues según su análisis era muy probable que residiese por la zona cercana al hotel. Aquello me perturbó. Todas las buenas sensaciones que el entrenamiento me había causado se esfumaron en una milésima de segundo.

Al llegar a mi habitación me di una buena ducha y me senté a la mesa, con el ordenador a un lado y mi Moleskine al otro. ¿Cómo era el sujeto que buscábamos? Fuerte, seguramente también alto, simpático, agradable, con una inteligencia notable, con traumas severos que había sabido ocultar y quizá integrado en la comunidad, incluso con algún reconocimiento. Respetado por todos. Conocido por muchos. Aquellas jóvenes no habían opuesto la menor resistencia. Quizá también era apuesto. ¿Y sus filias y sus fobias? Por supuesto nos enfrentábamos a un psicópata; nadie es capaz de cosificar a una persona de esa manera salvo un psicópata. Pero había más. La obsesión por las manos. ¿Le encantaban? Dentro del parafilia, una parafilia es la que el individuo se excita con una parte concreta del cuerpo, la más habitual es la podofilia, que centra su atención en los pies. Mucha gente conocida, artistas y cineastas, por ejemplo, no han disimulado su podofilia a lo largo de la historia. Ni las filias ni las fobias convierten a una persona en alguien peligroso, ni mucho menos, pero sí ayudan a crear un perfil más exacto de un asesino en serie. Para mí era muy importante atenerme a un diagnóstico concreto, pues gracias a eso podía descubrir otros aspectos conductuales del sospechoso. No era lo mismo que sintiese una atracción por las manos, y que las amputase para guardarlas como trofeo y utilizarlas luego en sus fantasías sexuales como elemento de excitación, que las detestase. Las fobias siempre son más complejas, y más comprometidas, pues ante aquello que

odiamos o que tememos solemos responder, en determinadas circunstancias, de un modo anómalo, que puede llegar al uso de la violencia. Quizá el asesino padecía quirofobia, un miedo irracional hacia las manos. Es muy poco común, pero también era muy extraño el modus operandi en términos generales. En su demencia, nuestro hombre amputaba las manos para liberar a los cuerpos de la parte que le causaba pavor y, al mismo tiempo, descargaba una buena dosis de adrenalina que le hacía sentir dueño de la situación. Si se daba esta segunda circunstancia, ya no tenía tan claro que fuera capaz de atesorar los miembros cercenados. Todas esas conjeturas me atormentaban, porque necesitaba respuestas y aportar mi visión al resto de agentes implicados en la investigación.

Luego estaba aquel dislate de fijar con cinta de embalar unos cuernos de bisonte a la cabeza de las víctimas. Que mutilase a las chicas tenía muy claro que era debido a un trauma, generado durante la infancia o la pubertad. Un acto tan brutal no suele ser una estrategia para despistar a la policía. Sin embargo lo de los cuernos y lo del dibujo del símbolo aborigen de la felicidad me suscitaba muchas dudas. Eran acciones muy forzadas, como una representación teatral que no pintaba nada y que sólo me hacía intuir que aquel desalmado nos intentaba tomar el pelo. Pero quizá Sanders tenía razón y todo era parte de un extraño ritual, o de recuerdos de su etapa como niño que se habían transformado en ensueños con un significado muy particular. Seguía echando de menos a Tom y su capacidad para moverse por los lugares más sombríos y mezclarse con la gente más estrambótica y sacarles información valiosa. Era inútil contemplar su colaboración, y aun así me costaba horrores alejarlo de mi mente.

Aunque ya estaba agotado y comenzaba a sentir la necesidad de dormir, continué trabajando un rato más. Las parafilias del asesino me tenían atrapado. Quizá también padeciese de hifefilia, en la que la persona siente excitación al poseer algo de un tercero: desde ropa íntima hasta partes del cuerpo. Casi siempre esas partes se obtienen sin violencia o al menos sin necesidad de acabar con la vida de nadie: un puñado de cabellos, un trozo de uña, vello púbico o una porción de piel. El sujeto guarda estas *reliquias* como tesoros y después se masturba fantaseando con ellas.

Por último anoté en mi cuaderno una de las más extrañas, pero que no podía descartar: la acrotomofilia. Esta singular parafilia se distingue porque el individuo siente deseo sexual por las personas con algún miembro amputado. De nuevo, esto no los convierte en asesinos. De hecho la mayoría sienten placer disfrutando con sus parejas, pero centran su atención en los muñones o en las partes del cuerpo que faltan. Pero un trauma profundo, unido a una desviación grave en la conducta sexual, en la que el control se transforma en un elemento crucial para la excitación, puede llevar a alguien a matar y amputar, por ejemplo, las manos, para transformar sus sueños en realidad.

Muchos de los asesinos en serie organizados denotan una patológica manía por el control. Y, desde luego, en sus mentes perturbadas, no hay mayor control que el tener

a merced de uno el cadáver de su víctima. No puede defenderse, no puede reaccionar, no puede gritar y está disponible para todo aquello que el engendro desee. Provoca arcadas en cualquiera con la mente equilibrada, que por fortuna somos la inmensa mayoría de los mortales, y sin embargo le produce un enorme placer al psicópata, cuyas emociones y sentimientos distan mucho de las de una persona corriente. De hecho, todavía hoy, tanto tiempo transcurrido desde entonces, existe un amplio debate entre los criminalistas, los psiquiatras y los psicólogos acerca de si un psicópata llega a tener emociones verdaderas o a albergar sentimientos. Desde luego en algo sí estamos todos de acuerdo: la falta total de empatía, la ausencia de remordimientos y la progresiva minimización de los riesgos que corren como consecuencia de sus actos, que van de menos a más; comienzan en la pubertad con el maltrato animal o pequeñas agresiones y pasada la veintena se transforman en peligrosos asesinos que no detendrán su deliro hasta que sean detenidos o hasta que, pasada la cincuentena, sus aberrantes ansias criminales se vayan desvaneciendo.

Apenas podía sostener ya el bolígrafo cuando mi teléfono vibró. Era ya bastante tarde y me dejó estupefacto descubrir que el que me llamaba era Owen Sanders.

—Disculpe, señor Bush, ¿le he despertado?

—No, la verdad es que no. Estaba a punto de meterme en la cama, pero aún tenía encendido el ordenador —respondí, somnoliento.

—Es que necesitaba comentarle algo. No hace falta que venga al departamento. Los dos debemos descansar...

—¿Está aún en su despacho?

Mi perplejidad iba en aumento. Además, estaba bajo de reflejos y el sueño me vencía. Pero el detective supo cómo captar mi atención.

—Sí, no me he dado ni cuenta de la hora. Me he quedado repasando los informes que han mandado desde la oficina del sheriff en Great Falls. Hay un tipo que me ha puesto los pelos de punta. Tenía que contárselo a alguien, y usted es el experto —dijo Sanders, cuyo tono sonaba inusualmente respetuoso.

—De acuerdo. Le escucho —murmuré, resignado.

—Es un adulto, de 35 años. Conocía a una de las víctimas. Fueron a visitarlo un par de agentes casi por casualidad. Rutina. Les dejó entrar, no opuso resistencia. Pero cuando uno de ellos pidió permiso para ir al baño se encontró con una habitación llena de manos artificiales, como las de los maniqués de los escaparates. Tengo un par de fotografías y lo cierto es que sabiendo lo que sabemos... resultan escalofriantes.

Capítulo XVII

Al final me quedé charlando un buen rato con el detective, hasta que ambos decidimos que tocaba dar por finiquitada la conversación y seguir al día siguiente. Caí rendido y dormí profundamente seis horas. Menos de lo que mi cuerpo necesitaba pero suficiente para mi cerebro.

Al abandonar el hotel descubrí que el cielo estaba despejado y que la cumbre del Mount Helena Park presentaba un aspecto maravilloso, envuelta por una densa capa de nieve resplandeciente. Aquello me animó. También el breve paseo hasta el departamento de policía. Cuando llegué ya estaban todos en la sala de reuniones, lo que decía mucho de ellos, en especial de Sanders, que apenas habría dispuesto de tiempo para ir a su casa, descansar y regresar al trabajo.

—¿Te has quedado aquí amodorrado? —pregunté al detective, medio en broma, tras dar los buenos días al resto.

—Más o menos. Da igual. Mira las fotos.

El jefe de policía Price, Jenkins y Long estaban sentados alrededor de la mesa, sobre la que descansaban varias instantáneas y un montón de informes con el sello de la oficina del sheriff de Cascade. La comandante me tendió una fotografía de una habitación repleta de manos de plástico, aunque con un aspecto muy real. Todas eran de mujer, con los dedos estilizados y las uñas pintadas. Estaban perfectamente ordenadas y dispuestas sobre estantes de metacrilato. Sanders tenía razón: la visión de aquellos miembros, aunque fuesen artificiales, provocaba de inmediato un estremecimiento.

—¡Joder! Lo cierto es que me las tengo que ver con gente muy extraña todas las semanas en Quántico, pero nunca dejo de sorprenderme —musité, atónito—. ¿Este tipo no trabajará para una firma de moda, una tienda de ropa o algo por el estilo?

—Es camarero. Sirve hamburguesas y refrescos en un Wendy's situado en la Décima Avenida de Great Falls, que es algo así como una sucesión de estaciones de servicio y locales de fast food —respondió Jenkins, que ya llevaría al menos una hora en el departamento.

—Con 35 años se dedica a eso...

—Sí, no es un genio, desde luego. Es amable, tímido, no da problemas y nadie habla mal de él. No es el perfil que estábamos manejando, pero da el perfil.

La comandante tenía razón. No era lo que buscábamos, pero un individuo de esas características y con esas obsesiones patológicas bien podía ser un asesino potencial.

—¿Tenemos datos de su pasado?

Sanders repasó una hoja, que comprendí había ojeado un millón de veces desde la noche anterior, y habló en voz alta.

—Ningún antecedente. No ha robado ni siquiera una cajetilla de tabaco. Pero en secundaria tuvo problemas de adaptación y fue cambiado de centro en dos ocasiones, algo bastante extraño. Su padre falleció cuando sólo contaba 4 años y desde entonces ha vivido con su madre.

—Hasta la fecha —dije, poniendo a funcionar mis entumecidas neuronas.

—Sigue allí. Ni tiene recursos para dejar de estar bajo el amparo de mamá ni, me temo, haya nada que le estimule a dar ese paso. Se encuentra cómodo —dijo el detective, con una media sonrisa cargada de significado dibujada en el rostro.

Lo cierto es que aquel coleccionista de manos encajaba bien con el perfil de un asesino en serie, pero no con el que yo tenía en la cabeza para los crímenes cometidos en Montana. En cualquier lugar no podía descartarlo y debía indagar más en profundidad. Ya había metido la pata antaño por precipitarme.

—¿Lo han interrogado?

—No. Nos han pasado la información y están a la espera de lo que decidamos desde aquí. El sheriff del condado nos respeta mucho, y más ahora que sabe que usted se ha incorporado a la investigación —respondió Price.

—Pues entonces deseo visitarlo ya mismo, si es posible —dije, con determinación.

—Estamos a una hora y media en coche. Podemos salir mientras el jefe avisa a los colegas de Great Falls. No van a molestarse —propuso Sanders, agitando las llaves de su vehículo.

—Venga, no perdamos el tiempo. Tomad ya la carretera. Yo me ocupo de las formalidades —dijo Price, señalando la puerta de la sala de reuniones.

Miré a Jenkins y a Long. Me fastidiaba no poder conversar con ellos, aunque fuera sólo un minuto. Imaginé que a la tarde podría hacerlo y les hice un gesto de complicidad que ambos supieron comprender. No quedaba más remedio. Por otro lado, me estimulaba la idea de pasar un buen rato a solas con el detective y conocerlo mejor.

Salimos del departamento de policía como alma que lleva el diablo y de inmediato recorriamos las Interestatal 15 en busca de un sospechoso que había surgido de la nada, como una seta a principios de otoño. Era prometedor y al mismo tiempo extraño. Pero yo había resuelto casos en los que el asesino había aparecido al final de las pesquisas, casi por arte de magia. Aunque la magia no existe en criminalística, nada sucede por casualidad y dar con el culpable es el resultado de un cúmulo de circunstancias en las que la suerte tiene un papel muy secundario.

Pensé en abordar a Sanders, pero llegué a la conclusión de que era mejor hacerlo a la vuelta: teníamos una jornada complicada por delante y no deseaba descentrar al detective.

—¿Un chicle? —me preguntó, a mitad de trayecto, ofreciéndome un masticable de

nicotina.

—No fumo. No he fumado en toda mi vida.

—Es verdad. Tengo entendido que le gusta correr. Practicar atletismo y fumar son incompatibles, ¿me equivoco?

—Digamos que es bastante complicado —respondí, recordando a algunos colegas que lo habían intentado y se asfixiaban nada más rodar un par de millas.

—Yo dejé de fumar, creo que se lo conté.

—Sí, delante del hogar de los Hayes.

—Es cierto. Me dice el médico que es mejor esta mierda —dijo Sanders, metiéndose la goma de mascar en la boca—, pero no lo tengo tan claro. He pasado de una adicción a otra. Y la maldita nicotina sigue ahí, controlando mi cerebro.

Tuve que morderme la lengua el resto de trayecto, pues deseaba empezar a hacerle preguntas al detective acerca de su vida y milagros. Había que esperar. Por suerte nos plantamos a las afueras de Great Falls antes de lo previsto, o al menos esa impresión tuve. Sanders me señaló con el dedo un enorme y espantoso edificio de tres alturas, ubicado a la izquierda de la Interestatal 15, color hormigón, decorado con unas franjas paralelas de un extraño rosa palo.

—¿Esa es la oficina del sheriff de Cascade? —inquirí, estupefacto. Era diez veces más grande, a ojo, que el departamento de policía de Helena.

—Bueno, no y sí. Si se fija hay una verja que rodea las instalaciones.

En efecto, una alambrada de poca altura acotaba el recinto. Resultaba bastante singular.

—Sí, no comprendo nada...

—Es una prisión regional de baja seguridad. Delincuentes de poca monta. Tampoco es que por aquí se estilen de otro tipo. La oficina es un edificio situado al otro lado, pero en mitad del complejo.

Tomamos la primera salida de la I-15 y dimos media vuelta, cogiendo Frontage Road. De inmediato alcanzamos un generoso parking, que acababan de limpiar, porque la nieve, grisácea, se apelmazaba sobre un área verde ubicada junto a la carretera. No me hizo falta ser muy perspicaz para intuir cuál era la entrada del oficina del sheriff del Cascade y cuál la del correccional.

—¿Y eso? —pregunté, antes de entrar en el edificio, apuntando con el dedo hacia unas pistas situadas a unas pocas yardas de distancia.

—El aeropuerto de Great Falls. No tiene mucho tráfico, pero da servicio a esta zona. Yo siempre vengo en coche, pero hay algunos vuelos de enlace que comunican por avión Helena y Great Falls. Se tarda menos tomando la Interestatal, se lo aseguro.

La oficina del sheriff de Cascade era tan antiestética por dentro como por fuera. Era poco relevante, pero de inmediato sentí un extraño cariño hacia las instalaciones de Quántico, que en realidad me parecían toscas y aburridas. También recordé la excepcional oficina del sheriff de Maricopa, en Phoenix, con aquel soberbio

recubrimiento de zinc perforado que me dejó con la boca abierta durante siglos. Jamás en la vida me iba a encontrar con nada igual, lo tenía claro.

Aunque el aire del mobiliario y el color de las paredes no invitaban a trabajar con mucha alegría, resultó que el personal de la oficina del sheriff era amable, dispuesto y más cualificado de lo que imaginaba. Una agente nos llevó hasta el despacho del sheriff, que ya había recibido el aviso de Price y que estaba encantado con nuestra visita. Nos acogió con un gesto de plena satisfacción y de agradecimiento.

—No se lo han pensado dos veces —murmuró, tras saludarnos y después de que Sanders nos presentase de un modo en exceso formal.

—Hay mucho en juego. Apenas hemos dormido esta noche, pero la vida de una joven seguro que está en peligro. Todo lo que hagamos será insuficiente mientras no demos caza a esa bestia —dijo el detective, con rabia.

Daniel Turner, el sheriff del condado de Cascade, era un hombre alegre y directo. No le quedaba un pelo sobre la cabeza, y a pesar de ello aparentaba menos edad de la que tenía. Su rostro bronceado y sin arrugas le dotaba de un aspecto saludable.

—Tenía ganas de conocerle, agente Bush. Desde que llegó a Montana, no se lo voy a ocultar, he husmeado por Internet y todo lo que he leído es bueno. Quizá demasiado para un joven de 32 años —murmuró, riendo.

—Se lo agradezco. Cumplo 33 en sólo un par de semanas. Espero poder celebrarlo en casa. Significaría que este asunto está aclarado.

El detective nos contemplaba sin dar crédito. Era una conversación casi banal, y lo que nos había llevado hasta Great Falls era cualquier cosa menos intrascendente.

—Dan —dijo Sanders, dirigiéndose al sheriff de un modo más personal y dejando de lado los formalismos—, creo que sería genial salir a buscar a ese chico lo antes posible. Nos gustaría estar de regreso a Helena antes de las 15:00, para aprovechar algunas horas en el departamento de policía.

—Tienes razón, Owen. Me he asegurado de que no se nos escape. Tengo a un agente merodeando por el Wendy's donde trabaja, por si le da por hacer alguna tontería. No se ha puesto en contacto conmigo, lo que significa que está allí. Lo vamos a pillar con la guardia baja.

Los tres nos montamos en el vehículo del detective, que era más discreto. Sanders y yo solíamos ir de paisano, pero no así el sheriff. Para no llamar la atención, aunque media ciudad le conocía de sobras, se había vestido de manera informal. El plan era pedir unas hamburguesas y comenzar la conversación en el restaurante.

Nos internamos en la ciudad por la Décima Avenida. Cruzamos el río Misuri, el mismo en una de cuyas orillas se había encontrado la última víctima, y en un abrir y cerrar de ojos aparcábamos delante del Wendy's. Tal y como me habían comentado aquella avenida era casi una sucesión de restaurantes de comida rápida: tacos, pizzas, hamburguesas, perritos calientes, etc... El tráfico era intenso.

—Para ser Montana un estado tan despoblado me sorprende la cantidad de vehículos

que transitan por aquí —declaré, mirando a un lado y a otro de la carretera.

—No se lleve a engaño. Esta es una ciudad pequeña. Apenas llegamos a los 60.000 habitantes. Pero muchos transportistas y comerciales que toman la I-15 para ir desde el sur hasta Canadá y viceversa se detienen a tomar algo aquí o a descansar un rato. Vivimos de eso. Por fortuna —respondió el sheriff, guiñándome un ojo.

Entramos en la hamburguesería, que por suerte estaba semivacía, y pedimos los tres el mismo menú. Daniel Turner le solicitó a la joven que nos atendía que le dijese a James Watson, *el coleccionista de manos* para nosotros, que se acercase un momento. Al poco un tipo espigado, rubio, con amplias entradas, algo pecoso y aspecto de personas retraída se nos aproximó con timidez. Mi primera impresión es que resultaba casi imposible que ese individuo fuera el responsable de los cinco horrendos crímenes que me habían llevado hasta Montana. Pero así es como suele reaccionar la gente normal, no un experto psicólogo acostumbrado a codearse con asesinos que tienen pinta de no haber matado una mosca en toda su vida.

—¿Qué es lo que quieren ahora? —preguntó, nada más sentarse.

El sheriff le explicó que debido a su extraña obsesión por las manos debía dar más explicaciones, sin entrar en detalles. Sí que le dijo que éramos dos agentes y que lo mejor era que respondiese a nuestras cuestiones. Watson replicó que era un coleccionista como otro cualquiera y que si en lugar de manos en su habitación se hubiesen encontrado con soldaditos de plomo o con pines de la NBA seguro que no le estaríamos molestando. Su tono era neutro. No mostraba indignación, sólo no comprendía el motivo de tener que dar tantas aclaraciones.

—El problema, señor Watson —dijo Sanders—, es que hay decenas de miles de personas con esas aficiones. Pero la verdad, es la primera en toda mi carrera que me encuentro con alguien que acumule manos artificiales.

—Me encantan las manos. No veo nada malo en ello. No molesto a nadie.

—¿Dónde las consigues? —pregunté, pues me interesaba conocer mejor a aquel hombre que se notaba a la legua que no había madurado en exceso.

—Las compro por Internet. En Amazon o en eBay hay miles. También, de vez en cuando, pregunto en las tiendas o en los hipermercados y me hago con ellas a mejor precio, antes de que las manden a reciclar.

—¿Y esa manía? Es inusual. Eso usted lo sabe.

El coleccionista de manos se rascó la coronilla y miró en todas direcciones antes de contestar. Uno de sus párpados temblaba.

—De pequeño...

—¿Sí?

—¿Estoy obligado a responder? —preguntó, dirigiéndose a Daniel Turner, que para él era la única autoridad en aquella mesa.

—No, James, no lo estás —contestó el sheriff, echándose un poco hacia adelante y usando un tono conciliador, casi paternal—. Pero es lo que yo haría en tu lugar. No

deseamos molestarte. Tenemos un problema, ¿sabes? Lo más seguro es que tú no tengas nada que ver con el asunto, pero hay que comprobarlo. Estos agentes han venido para tacharte de una lista. Y para que eso sea posible lo mejor es que colabores.

Watson se puso más nervioso. Intuí que lo que me iba a contar era un gran secreto, un secreto que no le había revelado jamás a otra persona. Dudó y nos tuvo en vilo durante casi tres minutos, pero los tres supimos aguantar si abrir la boca y manteniendo la calma.

—Mi tía, la hermana de mi madre... Tenía unas manos muy bonitas. Muy bonitas.

Sanders se sobresaltó, pero yo, que ya imaginaba el derrotero que estaba tomando el asunto, le di un puntapié por debajo de la mesa para que no interviniese.

—Y su tía, señor Watson, ¿qué hacía cuando usted era sólo un niño?

El hombre, cuyos gestos eran propios de un adolescente, se mordió el labio superior y habló sin mirarme a los ojos. Un amplio ventanal del Wendy's daba a la Décima Avenida, por la que seguían discurriendo vehículos sin descanso, y él parecía distraerse con aquel tránsito infinito.

—Me tocaba. No era mala mi tía. Y tenía unas manos muy bonitas...

—Entiendo que su tía ya no vive —continué, ahora que el pez había mordido bien el anzuelo.

—No, falleció hace varios años. Está enterrada en el cementerio Mount Olivet. Una vez al mes mamá y yo nos acercamos hasta su lápida, la limpiamos y le ponemos flores frescas.

—Eso está muy bien. Ahora me gustaría que fuésemos a su casa, a ver juntos esa habitación y esa magnífica colección de manos —musité, cambiando de tema, pues ya tenía lo que andaba buscando.

—No sé, no sé si mamá está en casa. Y si aparecen ustedes se va a preocupar, ya me entiende.

—James, yo me encargo. Yo me encargo de tu jefe aquí y de tu madre. Les voy contar que nos estás ayudando con un tema importante. Nadie se va a preocupar. Confía en mí.

Watson asintió y nos acompañó, un poco de mala gana, a Sanders y a mí hasta el coche. Dylan Price cumplió su palabra y le dio al dueño del Wendy's una explicación que no comprometía ni el empleo ni la reputación de su empleado.

Mientras nos dirigíamos hacia el noreste de la ciudad, por la calle 15, reflexionaba acerca de aquel coleccionista de manos tan peculiar. Mi impresión, todavía vaga, era que en otras circunstancias lo hubiera colocado en lo alto de la lista de sospechosos, pero no en las que nos hallábamos. James Watson tenía el perfil propio de un asesino desorganizado, que no se molesta en ocultar pruebas y que mata guiado por un impulso irrefrenable en el que la planificación no entra dentro de la ecuación. Su radio de acción hubiera sido más estrecho, más próximo a su vivienda, y lo más

habitual es que no se hubiese tomado la molestia de llevar los cadáveres hasta zonas tan abruptas y escarpadas. Era alto, pero no fornido. El trauma infantil que me había confesado lo situaba en el disparadero, pero no me lo imaginaba proyectando durante semanas sus actos. Los crímenes de las cinco jóvenes, quizá matizando el último, eran obra de un sujeto que se tomaba su tiempo, que era cuidadoso en extremo y que, desde luego, poseía un cociente intelectual muy superior al que se apreciaba en el trabajador del Wendy's. Y no era algo que uno pudiera disimular.

Giramos hacia la derecha, tomando River Drive, que como su nombre indicaba discurría paralela al río Misuri. A la derecha teníamos el cauce y a la izquierda se sucedían almacenes y otras naves industriales. Casi al final, donde Great Falls se extinguía, se encontraba la residencia de los Watson. Era una casa amplia, de madera, pintada de un color marrón oscuro que contrastaba con los árboles y la vegetación que rodeaban la propiedad.

—Mamá estará casi seguro en casa. Sólo sale un rato a pasear. No le va a gustar nada todo esto.

Sanders lanzó un resoplido. Le hastiaba la actitud de Watson. Por suerte el sheriff era más comprensivo.

—James, primero voy a bajar yo, voy a comprobar si tu madre se encuentra en casa y si es así hablaré con ella. Le explicaré que estás colaborando con la justicia. Nada más. Deja de preocuparte.

Sanders aparcó justo delante de la puerta de entrada, de modo que pudimos ver a Daniel Turner charlando con tranquilidad con una mujer mayor, aunque de buen aspecto. No tengo ni idea de lo que le contó el sheriff, pero la cuestión es que nos dejó pasar y no parecía molesta ni inquieta. Si al final teníamos que investigar más a fondo a Watson todo aquello podía ser un problema a la larga, pues un buen abogado podía usarlo con astucia.

Yo, aunque creía que *el coleccionista de manos* no era nuestro hombre, tras la primera conversación en la hamburguesería, no podía descartar la posibilidad de que aquel sujeto fuese más avisado de lo que suponía y que se hubiese creado una careta muy apropiada para pasar inadvertido, y que en el fondo de sus entrañas albergase una bestia hambrienta de sangre y sadismo. La casuística al respecto era amplia, aunque no frecuente. Requería de un nivel de autocontrol, llegando incluso a extremos de trastorno de identidad disociativo, tan riguroso que era complicado que en algún momento no mostrase su psicopatología de un modo evidente. Para Sanders la habitación no era una evidencia, era una prueba contundente que cegaba el resto de cuestiones.

El sheriff nos guio hasta la estancia y se ocupó de mantener a la señora Watson alejada de nosotros, con la excusa de que le vendría bien un café cargado para sobrellevar el gélido día que se cebaba sobre la ciudad. Nos quedamos el detective, James y yo a solas en aquella especie de santuario.

Antes de decir nada me dediqué a estudiar la habitación. No tenía ventanas, era cuadrada y salvo la pared de la puerta estaba repleta de estanterías; sobre las mismas reposaban manos de todo tipo, aunque abundaban las de mujer, estilizadas y con las uñas pintadas. Con un gesto le pedí permiso a Watson para tocarlas y él asintió, cabizbajo. Había percibido que eran diferentes. Las había de cera —ya estábamos casi en invierno y la temperatura del cuarto era baja, pero la estancia contaba con un aire acondicionado, algo poco corriente en Montana—, de poliéster, de fibra de vidrio —la gran mayoría— y unas pocas de látex. Estas últimas, al pasar la yema de mis dedos sobre ellas, me provocaron una extraña sensación. Estaban frías, pero el tacto y la textura eran muy similares a la de la piel humana.

En el centro de la habitación había una silla de plástico plegable. Justo encima de ella una lámpara led de intensidad regulable. Junto al marco de la puerta descubrí el regulador. Mi dirigí a él e incrementé la luminosidad, para apreciar mejor los detalles.

—No me gusta con tanta luz —me espetó Watson, apenas había girado el regulador.

—¿Y eso?

—Me molesta a los ojos. Y también puede dañar las manos. Es mejor que la luz esté baja.

Le hice caso. Quería que aquel hombre de mentalidad adolescente se sintiese cómodo; de otra manera se cerraría como una concha y dejaría de colaborar. Por suerte Sanders, pese a no disimular el asco que le causaba aquel lugar, mantenía los labios sellados.

—Te sientas aquí todos los días y contemplas las manos —declaré, señalando la silla.

—Sí. Varias veces al día. Por la mañana sólo unos minutos. No me sobra el tiempo. Por las tardes a veces me paso horas.

—¿Sólo las miras?

James Watson dio varios pasos a un lado y a otro y después se mordisqueó las uñas. No deseaba contestar. El detective y yo aguantamos el incómodo silencio, esperando su respuesta.

—Bueno... A veces sí. Otras... Ya me entiende, agente. Ya me entiende.

—Claro, James, lo entiendo —musité, pronunciando su nombre de pila con un deje de afecto.

—Gracias...

—¿Piensas en tu tía?

—No siempre. Es cuando viene. Viene a mi cabeza. Yo no lo busco. No busco pensar en ella.

—Está claro. Son cosas que pasan. Suceden así. No se pueden controlar —murmuré ante el rostro de asombro que me regaló Sanders.

Seguí charlando un rato con *el coleccionista de manos*. Poco a poco se fue soltando y

entró en más detalles acerca de su obsesión, de su opinión al respecto y del modo en que condicionaba su día a día. Tenía muy claro que el móvil de aquella desviación en el comportamiento de Watson era sexual, provocado por un trauma de abusos infantiles, que había desembocado en una parafilia bastante peculiar pero dentro de un orden. ¿Podía ser el asesino en serie que buscábamos? Sí. ¿Consideraba yo esa posibilidad como viable? No.

Después de más de una hora en la habitación visitamos otras zonas de la vivienda, como el sótano, el cuarto de James y la parte trasera de la casa. Nada que llamase mi atención. Decidí que había llegado el momento de marcharnos y fuimos en busca del sheriff, que charlaba de forma animada con la señora Watson.

—No me gustaría que me tomasen el pelo. ¿Ha hecho alguna cosa mala mi hijo?

El detective y yo nos dedicamos a disimular, esperando que fuese Turner el que tomase la iniciativa. Era alguien conocido en Great Falls y aquella mujer lo respetaba más que a dos tipos con los que no se había cruzado en la vida.

—Creo que no. Pero nos puede dar una pista sobre un asunto que estamos investigando. Yo no le daría importancia.

Nos despedimos y nos dirigimos al coche meditabundos. Nada más cerrar las portezuelas Sanders estalló.

—¡Vamos a dejar a ese tipo aquí, sin más!

—No encaja —repliqué.

—¿No encaja? Es un chiflado que se masturba en una habitación repleta de manos artificiales pensando en cuando su malnacida tía le tocaba los genitales de pequeño.

—¡Owen, por favor! —exclamó el sheriff.

—Lo siento, Dan. Yo solicitaba ya mismo una orden de registro de toda la propiedad y mandaba a los mejores forenses de Salt Lake City a poner patas arriba esa vivienda. Lo mismo tiene cinco pares de manos enterradas en el sótano o en el jardín.

—¿Qué opina usted, agente Bush? —me preguntó Turner.

—Vigilaría a Watson, pero no iría más allá. No creo que nos podamos permitir meter la pata. No ceo capaz a este hombre de planificar los crímenes que nos ocupan. Tiene un trauma, desde luego. Su parafilia es sospechosa, también. Pero por lo demás... considero que no es un asesino. Lo mantenemos en la lista y le seguimos los pasos, por si las moscas. Es suficiente, de momento.

Volvimos hasta la oficina del sheriff de Cascade. Tomamos unos sándwiches fríos y unos refrescos mientras repasábamos expedientes y avances que los agentes de Great Falls se habían trabajado a conciencia. Sanders apenas hablaba. Le contrariaba mi presencia y le fastidiaba que mi opinión tuviese tanto peso. Con gusto me hubiese mandado de una patada en el culo de vuelta al DC. Yo, en cierto modo, comprendía sus sentimientos.

Nos estábamos despidiendo cuando el zumbido de mi teléfono interrumpió los buenos deseos y el estrechamiento de manos. Era Clarice Brown. Nada bueno podía esperar

de aquella llamada.

—¿Dónde te encuentras, Ethan?

—Estoy en la oficina del sheriff de Cascade, en Great Falls.

La voz de la periodista sonaba precipitada y nerviosa. Nunca la había oído usar aquel tono y me preocupé.

—Me han amenazado.

—¿Cómo?

—He pasado la mañana fuera, indagando. Ya me conoces. Al volver a mi habitación, en el Best Western Premier, me he encontrado un sobre que alguien había metido por debajo de la puerta.

Clarice, una mujer joven pero dura y curtida en mil batallas, se estaba tomando muy en serio el asunto. Yo debía hacer lo mismo.

—¿Manuscrito?

—No. A la antigua usanza. Con palabras recortadas de revistas y pegadas unas junto a otras.

—No toques nada. Necesitaré el sobre y el papel para analizarlos. ¿Qué te dicen?

La reportera aguardó un instante, como si estuviera tomando aire para poder contestar.

—*Vete de aquí, malnacida. Vete de inmediato o acabarás muerta delante de un árbol y yo tendré tus manos para jugar con ellas cuando me apetezca.*

Capítulo XVIII

Traté de calmar a la periodista y le propuse cenar cerca de mi hotel esa noche, cuando ya me encontrase en Helena y después de haber trabajado un rato en el departamento de policía. Estaba claro que aquel que le hubiese amenazado o era el asesino o estaba muy al corriente del modus operandi de los crímenes. Ambas posibilidades resultaban aterradoras bajo mi punto de vista.

El regreso con el detective fue todo menos agradable. Estaba enfadado y no lo disimulaba. Tenía un carácter indomable y airado que no le permitía cavilar con pausa. De vez en cuando me sorprendía con una idea brillante, pero por lo común yo sentía el mismo desdén hacia él que al contrario. En un par de ocasiones estuve tentado de recordarle que ya había señalado como culpable al aborigen, Koda Smith, pero consideré que sólo empeoraría la situación.

Cuando llegamos Sanders fue directo al despacho de Dylan Price, imaginé que se le iba a relatar su versión de los hechos. Podía haberle acompañado, y haber montado un numerito delante del jefe de policía, pero prefería buscar a Jenkins. El tiempo jugaba a mi favor, lo sabía.

La comandante estaba en su despacho, a solas. Trabajaba delante del ordenador mientras devoraba un taco bien cargado y bebía de un envase que contenía un líquido de color verde con motitas negras.

—Ethan, ¡ya habéis vuelto!

—Sí, acabamos de aterrizar —dije, desplomándome sobre una silla.

—No se te nota muy emocionado.

Me pasé los dedos por el cabello y eché hacia atrás ligeramente la cabeza.

—Sanders cree que tenemos a nuestro hombre y yo opino justo lo contrario. Apenas hemos hablado desde que salimos de la oficina del sheriff de Cascade.

—No le hagas caso. No tiene arreglo. Pero se le puede sacar partido.

Jenkins me resultaba adorable. No sólo era lo que decía, era cómo lo decía. Aquel tono tranquilo y sereno era justo lo que necesitaba.

—Riley, disculpa, ¿qué diablos estás comiendo? —pregunté, para no seguir conversando acerca del detective y porque sentía curiosidad.

—Estoy inundando de colesterol mis arterias con este soberbio taco, el mejor que preparan en toda la ciudad, y para compensar bebo este smoothie desintoxicante que sabe a rayos —contestó la comandante, sonriente, mientras agitaba el envase con el líquido verdoso.

Pensé de inmediato en Tom. Recordé sus costumbres: levantar pesas, boxear, engullir

hamburguesas a todas horas y meterse un batido de proteínas por la mañana y otro por la noche. Lo echaba demasiado de menos.

—Seguro que funciona —murmuré, forzando una mueca de alegría.

—Esto es mejor que un donut.

—Desde luego. En fin, y por aquí, ¿alguna novedad?

Jenkins tiró a la basura lo que le quedaba de taco y el smoothie, después se limpió con una servilleta y tras rebuscar entre los papeles de su mesa me tendió un folio.

—Si no he almorzado a una hora decente es porque mi chico ha hecho su trabajo. Somos pocos, pero cuando se nos aprietan las tuercas respondemos.

Eché un vistazo a la hoja de papel. Eran dos fichas resumidas de dos individuos. Ambos residían en Helena. Habían nacido y crecido en la ciudad. Los dos estaban casados. Uno tenía un hijo y el otro dos. Habían sufrido maltrato en la infancia y habían dado problemas de adolescentes. No contaban con antecedentes policiales. Habían cursado estudios superiores y tenían empleos estables. No daban problemas a la comunidad.

—Ya veo. Son los típicos que nadie metería en el saco de los sospechosos —musité.

—Exacto. Y de hecho no están en la carpeta de Sanders. Yo tampoco me habría fijado en ellos. Al menos no habría buscado esos perfiles con tanto ahínco.

—Pero... ¿hay más?

—Claro. Estaba trabajando en un informe más extenso. Eso es lo que me ha mandado mi ayudante después de dejarse los ojos durante horas frente al ordenador y de realizar al menos cien llamadas. Lo más importante es lo que *no pone* en esa hoja.

Jenkins no bromeaba. Su tono de voz era una mezcla de sensación de triunfo mezclada con un punto de orgullo profesional. Deseaba saber más acerca de aquellos dos tipos.

—Uno de ellos nació con seis dedos en cada mano. Por culpa de ello desde pequeño se metieron con él. Hasta la adolescencia no le amputaron las falanges de más. Ahora cuenta con cinco dedos en cada mano, pero según nos han informado todavía se aprecian dos pequeños muñones, vestigio de la operación.

—¿Cómo habéis descubierto todo eso?

—Fuimos más lejos de lo que nos está permitido. Creo que has creado un monstruo, Ethan —respondió la comandante, que se partía de la risa.

—Ahora seré yo el responsable...

—Desde luego. A menos que todo salga bien.

Aún en esas circunstancias Jenkins era capaz de dar un toque de humor a la situación. Ella sabía que yo había pasado una jornada dura en compañía de Sanders y estaba dispuesta a que me olvidase de aquello y volviese a estar ilusionado con la investigación y con la involucración sin fisuras del resto de agentes.

—Riley, lo que habéis descubierto es muy importante. Desde luego es un trauma que puede dejar cicatrices en la mente de cualquiera de por vida. Todo depende de la fortaleza de ese hombre y del grado de acoso que sufrió en la infancia debido a esa

malformación. Los chiquillos son, en ocasiones desconociendo las consecuencias, muy crueles. Sinceros, abiertos, pero despiadados con el que es diferente.

Yo, con mis altas capacidades, había tenido que soportar durante algunos años el acoso escolar por parte de un grupo de alumnos con problemas familiares y de maltrato que no encontraban mejor manera de sacudirse de encima su miseria que insultando al niño más espabilado de la clase. Por suerte conté con el apoyo de amigos, profesores, familia y psicólogos. Otros no corren la misma suerte y de ahí nace un futuro maltratador o, en otros casos, es la causa de un trágico suicidio. Así de dura es la vida. Así de salvaje. ¿Los culpables? Difíciles de determinar. ¿Los responsables? La sociedad en su conjunto. Todos somos un poco responsables de que la pesadilla se repita una y otra vez, por acción o por omisión. Nos gusta pensar que no es así, que se escapa de nuestro ámbito, pero la cruda realidad es que estamos más involucrados de lo que asumimos. En la mayoría de las ocasiones lo más sencillo es no meterse en líos, dejar pasar aquello que tenemos delante de los ojos y que sabemos es una injusticia. Ya se ocupará otro de arreglar el desaguisado. Otro lo hará. Y nadie lo hace. Hasta que ya es demasiado tarde. Hasta que el cataclismo ha estallado.

—Muchos bebés nacen con seis dedos, pero lo resuelven al instante, en el mismo hospital. Este tuvo que llamar la atención durante demasiado tiempo. Es injusto, no tendría que suceder nada por algo así, pero ya sabemos cómo somos en la escuela.

—¿Sólo en la escuela? —inquirí, repasando las decenas de expedientes que llegaban a mi despacho en Quántico cada año.

—Has tenido un mal día, Ethan. Creo que me entiendes.

—Sí, te comprendo. Pero también pienso que todo lo que sucede tiene una razón de ser y es algo que me agobia en determinados momentos.

—Confía en Dios, Ethan. Yo rezo todas las noches y leo mis pasajes favoritos de la Biblia antes de apagar la luz. Eso me reconforta.

—Te agradezco el consejo, Riley, pero soy ateo. No quiero debatir contigo acerca de la creencia en deidades, me caes bien y podría estropear una bonita amistad. Pero a mí no hay dios que me consuele.

—Está bien... —claudicó la comandante—. Sigamos con esto.

—Le estoy dando vueltas. Puede que no sólo naciese con falanges de más. ¿Habéis podido encontrar algo al respecto?

La polidactilia no es infrecuente, pues afecta a casi dos de cada mil recién nacidos, y es una malformación que no presenta problemas para el que la padece, más allá de ser considerado como un *bicho raro* por los que le rodean, motivo por el cual suelen ser amputadas dichas falanges extra. Casi siempre ese dedo no es funcional, por lo que el sujeto tendrá las mismas capacidades que cualquier persona y no habrá perdido nada, en mayor grado cuanto más temprana sea la operación quirúrgica. El dedo extra suele estar a continuación del meñique, siendo de menor tamaño y presentando una notable debilidad que lo hace prescindible. El origen de esta anomalía suele deberse a un

trastorno genético que no va más allá de afectar a las manos o a los pies. Pero no siempre es así. Hay veces que nos está indicando que hay desórdenes más graves, debido a alteraciones múltiples en los cromosomas. Estas irregularidades genéticas pueden llevar desde la muerte del feto durante las primeras semanas de embarazo hasta el desarrollo de patologías mentales en la pubertad o la adolescencia, que con el paso de los años se recrudecerán, a menos que sean tratadas por especialistas.

—No. Al menos de momento.

—Pues necesitamos más información. No es común, pero ese sujeto puede estar afectado por algún desorden mental no atendido y quizá se haya vuelto peligroso.

—Pero, si así fuese, ¿no hubiera sido relativamente sencillo atraparlo?

Me quedé reflexionando. Jenkins tenía toda la razón. Una persona con un cuadro psicótico que a su vez es un asesino en serie suele ser desorganizado y deja un reguero de pruebas y evidencias tras de sí. Los crímenes que intentábamos resolver presentaban un modus operandi muy cuidado, incompatible con un perfil de esa índole.

—Pues sí —respondí, dubitativo—, pero hay que llegar más lejos. Estamos obligados a escrutar a fondo a ese tipo. En los archivos de Quántico hay casos de lo más particular, y este podría ser uno de ellos.

—¿Y a quién vas a encargarle ese cometido? Aquí no tenemos agentes preparados y no concibo que confíes mucho en Sanders.

La comandante se había ganado el derecho a que le contase la verdad, aunque me viese obligado a estar al mismo tiempo haciendo malabarismos en tres pistas de un enorme circo. Por desgracia las leyes de la física cuántica no servían fuera del ámbito de las partículas subatómicas.

—Riley, confío mucho en ti...

—Yo también. Aquí me tienes, comiendo casi a la hora de cenar delante de un ordenador y hablando a escondidas del jefe Price. No te andes ahora con subterfugios.

—Henry Long.

—¿Henry? ¡Pero si es sólo un crío!

—Lo sé. Necesitaría a un agente especial del FBI con el que he colaborado en varias ocasiones sobre el terreno. Es perfecto para estos menesteres.

—Pues ya estás tardando en meterlo en un avión y traerlo a Helena.

—No es posible. Está terminando las tareas pendientes y enseñando a su sustituto, que seguro no le llega a la suela de los zapatos. Deja el FBI. Ha aceptado un puesto como detective de homicidios en el departamento de policía de San Francisco.

—Vaya —farfulló Jenkins, percatándose de que yo estaba afectado por aquella contingencia que pronto sería una realidad.

—Debo recurrir a Long. No me queda otra.

—Creo que no está preparado. Es joven, inexperto y además su ámbito es el de la violencia machista.

—Me ha sorprendido. Es más audaz de lo que aparenta. Pero eso es algo que no puede salir de entre estas cuatro paredes. Pondría a Long en una situación muy delicada.

—¿Ya lo has involucrado en líos?

—Digamos que él solito se ha metió en la boca del lobo. Yo lo que he hecho es aprovechar esa circunstancia.

La comandante empujó su silla, cuyo respaldo chocó de un modo violento contra una estantería baja atestada de carpetas y papeles. Después soltó un taco, pero no fui capaz de entenderlo.

—Vaya. Somos cuatro gatos en este departamento de policía y ya guardamos más secretos que los protagonistas de *Anatomía de Grey*.

—¿Una nueva serie de agentes?

—No. Peor. Va sobre un puñado de cirujanos de un hospital de Seattle que se lían los unos con los otros. Al principio tenía sentido, pero las últimas temporadas han terminado por resultar un esperpento. Los guionistas en ocasiones creo que o duermen muy poco o llevan una dieta que les afecta el cerebro a largo plazo.

Forcé una sonrisa. Jenkins me caía bien y la necesitaba lo suficiente como para no decirle a la cara lo que opinaba acerca de aquella afición suya por las series televisivas. Mejor continuar con el trabajo.

—¿Y el otro? —pregunté, dando unos suaves golpes a la pantalla del ordenador.

—Este es más retorcido. Nos ha costado obtener la información y todavía deberemos seguir esforzándonos.

—Me dejas pendiente de un hilo...

—Sus padres lo abandonaron. Acabó siendo asignado a una familia de acogida, pero quizá ya era tarde.

Mis ojos se abrieron como platos. Muchos niños adoptados o en acogida llevan mal su situación, si es que alguien les pone al tanto de ella, pero no dan problemas porque pronto se terminan acomodando a la realidad que les ha tocado vivir.

—¿Tarde?

—Sí. Los padres lo abandonaron con 9 años. No se les ha localizado. Y el chaval no tenía más familia. Al principio tuvieron que hacerse cargo de él los de servicios sociales. Y creo que ya sabes que esa gente anda un poco saturada y no tiene tiempo para centrarse en las dificultades de un menor en concreto. Tardaron un poco, pero al fin hallaron una familia dispuesta a acogerlo. Ya era un juguete roto, por lo que sabemos.

Envidiaba el Estado del Bienestar de la vieja Europa, sobre todo el que habíar desarrollado los países nórdicos. Los había estudiado a fondo y comprendía que en esas sociedades el mayor problema no fuesen los actos violentos contra terceros, no hablemos ya de homicidios, sino la altísima tasa de suicidio. Matar a otra persona no encajaba en aquellas latitudes y era, además de una cuestión cultural, gracias a un

sistema educativo y de apoyo social por parte del Estado muy avanzado, a años luz del de nuestro país. El anterior Presidente demócrata había intentado emular, en parte, a los europeos, con un servicio básico de salud. Pero estábamos a finales de 2017 y los norteamericanos habíamos elegido a un nuevo Presidente republicano cuya última preocupación era ofrecer una salud pública sostenida con los impuestos. Todo lo contrario: su objetivo principal era erradicarla por completo. Allá cada cual con su libertad y con sus posibilidades a la hora de sufragar un seguro médico decente. Los que habíamos nacido y crecido en la costa oeste o en la este, sobre todo en las grandes urbes, no entendíamos nada. Era como si viviésemos en países diferentes. Así de dividida se hallaba la sociedad entonces y yo tenía muy claro de qué lado me encontraba.

—Y esos padres de acogida no fueron idílicos, me imagino.

—Como te comentaba, nos falta profundizar y sólo somos dos. Y tenemos más ocupaciones, de modo que es precipitado darte una opinión fiable.

—Dame lo que tengas —insistí, con la curiosidad por la estratosfera.

—Creemos que no fue un problema de los padres de acogida. Tenemos buenas referencias de ellos. Fue antes, fueron los progenitores, los mismos que abandonaron al crío y desaparecieron.

—¿Por qué?

—El chico presentaba heridas terribles cuando se hicieron cargo de él los servicios sociales y su comportamiento era muy violento y antisocial.

—¿Heridas?

—Sí. En las manos. Siempre se ensañaban con las manos. No conocemos la razón pero es lo que hacían esos malnacidos.

—Tenéis una idea aproximada de qué es lo que le hacían sus padres, antes de dejarlo a su suerte.

—Más o menos. Le pegaban con una fusta, le apagaban cigarrillos encendidos en las muñecas y en las palmas y le dislocaban alguna falange para darle una lección. Cuando regresó a las clases era un despojo, nada de lo que se podría esperar de un pequeño de nueve años. Eso sí, una piltrafa muy peligrosa.

Me interesaba el perfil de aquel individuo. Encajaba bien con la idea que manejaba en mis anotaciones y por supuesto debía de arrastrar aún traumas profundos de aquel maltrato inhumano. La cuestión era cómo los habría digerido en el presente y si en la actualidad eran cicatrices profundas ya cerradas o heridas abiertas por las que supuraba un pus infinito que sólo la aberración podía mitigar. De nuevo Tom, mi anhelado Tom, regresaba a mi mente como un elemento imprescindible para tener éxito en la resolución de aquellos turbios crímenes.

—Se transformó en un matón —sugerí.

—Sí. En un matón que a su vez recibía, de cuando en cuando, palizas por parte de compañeros que se agrupaban para defenderse de él. ¿Adivina qué es lo que más le

gustaba hacer a la criatura?

La comandante movió de un lado a otro un bolígrafo, como si se tratase de un metrónomo que estuviese calculando el tempo de mis cavilaciones. Por mi cabeza pasaron en apenas segundos decenas de posibilidades, aunque ya imaginaba por dónde iba la cosa.

—Te ruego que me sorprendas —respondí, con un deje de ironía.

—Destrozará las manos de los alumnos que se metían con él. Les golpeaba con una regla de madera, o con una piedra o con lo que tuviese más cercano. En una ocasión, con tan solo once años, le partió todos los dedos de la mano izquierda a un chico porque se había burlado de las marcas y cicatrices que plagaban las suyas.

Recordé el caso Miyazaki y cómo explicó que había asesinado a una de las niñas por mofarse de su discapacidad. Era una coincidencia a tener muy en cuenta, aunque las víctimas fuesen diferentes y las circunstancias bien distintas.

—*El asesino del otaku* —murmuré, en voz alta pero sin dirigirme a la comandante.

—¿De qué estás hablando, Ethan?

—El caso Miyazaki. No sé si te sonará de algo.

—Ni la menor idea —replicó Jenkins, encogiéndose de hombros.

No me gustaba compartir información delicada y valiosa con el que yo consideraba *mi equipo* —Liz, Tom y Mark—, de modo que hacerlo con desconocidos ya casi era como una herejía. Pero claro, Jenkins se había ganado de largo el derecho a que la tratase con respeto y lealtad.

—Un chiflado que a finales de la década de los ochenta mató con crueldad a cuatro niñas en el área metropolitana de Tokio. Padecía una malformación congénita en las manos. A dos de las pequeñas se las amputó. Las de la última víctima se las comió.

La comandante ahogó a duras penas un alarido y sin querer se golpeó las rodillas contra el canto de la mesa, pues se había sobrecogido.

—¡Eso es una atrocidad!

—Riley, podría dedicar varios días repasando expedientes de asesinatos en serie cuyos métodos conmueven al más duro de los agentes. La mente humana es tan fascinante como turbadora.

—Ethan, prefiero que no me comentes más. Tú ya te has acostumbrado a tu mundo de pesadillas; pero yo, aunque tengo un poco de coraza, no deseo descubrir más horror del que ya estamos sufriendo aquí. Me alegro de vivir en Montana, y estoy como loca por atrapar al bárbaro que ha matado a cinco de nuestras chicas y reinstaurar la paz que solemos tener en estos condados.

Asentí, y descubrí que la comandante no era tan dura como había supuesto y que en el fondo de sus entrañas la rabia y la impotencia carcomían su sosiego aparente.

—Lo comprendo. Sólo divagaba en voz alta.

—¿Qué hacemos ahora?

—Obtener más información. Desde aquí tú y tu ayudante os dedicáis a seguir

hurgando en bases de datos y a Long le voy a solicitar que curioseé más de cerca a esos dos tipos tan peculiares.

—Sigo pensando que Henry no es el detective adecuado. Hasta Owen, que me parece un necio, posee más habilidades y por supuesto más experiencia. El chico puede meter la pata y nosotros por su culpa dejar escapar al culpable.

—Llevaremos cuidado.

Me despedí de Jenkins y fui en busca de Long. No sólo tenía que ponerle al tanto de los avances y de sus nuevos cometidos, también deseaba que él me informase acerca de sus indagaciones. Encontré su despacho vacío y aproveché para telefonar a Liz.

—¿Todo marcha bien? —pregunté, nada más saludarla.

—Si te refieres al embarazo, todo en orden. Me encontraría mejor contigo al lado por las noches pero tendré que conformarme.

Encajé la alusión como pude y después de un rato de agradable conversación le pregunté si tenía novedades sobre el caso de Montana, pues ya contaba con las autopsias completas y múltiples fotografías.

—Preciso datos, porque parece que progresamos pero en realidad sucede lo mismo que en otras ocasiones: los sospechosos se multiplican.

—Tendrás que calmarte. Saco el tiempo de donde puedo. Estoy intentando calcular la altura y el peso de ese hombre en base a las equimosis que presentan los cuellos de las pobres chicas. El asesino llevaba guantes, y por tanto ni Mark usando alto contraste con las instantáneas o ni tan siquiera exhumando los cuerpos podríamos obtener huellas digitales, aunque fueran difusas.

—La altura y el peso aproximados serían cruciales para descartar a muchos de los que tenemos en la lista —murmuré.

—Lo sé. Pero no es tan sencillo. Quizá te pueda dar datos no del todo exactos sobre el tamaño de sus manos. No siempre guardan relación con la estatura. Tampoco la fuerza con el peso, aunque ambas si permiten especular y ayudar en la eliminación de sospechosos.

—Liz, cualquier dato ahora mismo es un regalo. No creas que tengo aquí a mucha gente cualificada. Esto no se parece en nada a cuando viajé a Phoenix. Ni de lejos. Por lo menos en Kansas siempre he tenido conmigo personal de Quántico echándome una mano.

—¿*Tu equipo*? —inquirió mi compañera, sarcástica.

—Bueno, mejor dejamos mis sandeces para mejor ocasión.

—Estoy conforme —dijo Liz, para de inmediato hacer una larga pausa que me dejó con el corazón en un puño—. Hay un aspecto que me tiene intrigada, y tengo una teoría al respecto.

—¿Qué es? —pregunté, ansioso.

—Las jóvenes no se defendieron.

—Sí, eso ya lo sabemos. Lo más probable es que conociesen a su agresor o que fuese

alguien con autoridad, como un agente de policía —musité, pensando en Sanders.

—No, no es sólo eso. Me refiero al momento en que estaban siendo estranguladas. No hay nada en sus uñas o en sus brazos. Sangre, moratones o cualquier indicio de que luchasen por su vida. Y Ethan, cuando alguien te está estrujando el cuello puedes estar seguro de que harás lo que sea, lo que haga falta, para intentar liberarte de él.

Me quedé recapacitando acerca de las últimas palabras que había formulado Liz. Tenían todo el sentido. El ser humano posee un instinto de supervivencia único, que va desde las respuestas más racionales, cuando dispone de tiempo para concentrarse, a las más reflejas y salvajes, esas que nos recuerdan que no hemos dejado de ser un animal muy evolucionado. Tan evolucionado que estamos en la cúspide de la cadena alimenticia. Tan evolucionado que hemos alterado a nuestro antojo dicha cadena.

—Entonces, ¿cuál es tu teoría?

—Que estaban inconscientes.

Me quedé perplejo al escuchar la respuesta de Liz. Nadie había formulado una hipótesis semejante, o al menos yo la había hallado por ninguna parte.

—¿Inconscientes? No encontraron ninguna droga en los estómagos de las chicas. No sé si tú intuyes que usó algún fármaco en concreto...

—No, no fue así. Creo que las dejó fuera de combate utilizando con maestría la denominada *Anestesia previa de Brouardel*.

Capítulo XIX

Liz me explicó, con el lenguaje más sencillo y asequible posible, de modo que un profano en medicina pudiera enterarse, que los forenses de Montana habían podido cometer un desliz. No los culpaba, porque ella misma hubiera podido pasar por alto aquel detalle si no llega a reflexionar a fondo acerca de la ausencia de heridas defensivas en las víctimas, algo muy anómalo en casos de estrangulamiento manual. Combatimos hasta nuestro último aliento: pataleando, arañando, haciendo lo imposible para seguir con vida.

Me alegraba de que mi compañera siempre tuviese en cuenta las circunstancias de los homicidios, la psicología de las víctimas o de los agresores y todo aquello que rodeaba la investigación. No se conformaba, como la mayoría de los médicos forenses, en estudiar el cadáver y redactar un informe aséptico que uno debía interpretar. Ella se atrevía a lanzar hipótesis, a proponer incluso qué podía estar pensando el asesino según el tipo de heridas que hubiese infringido a *su presa* o a divagar acerca de la clase de individuo que sería. En aquella época estaba integrada en un formidable equipo que trataba de avanzar en las técnicas de creación de fenotipos en base al estudio concienzudo del ADN, obteniendo patrones que relacionasen el material genético con aspectos relativos al comportamiento, a rasgos físicos muy específicos o incluso a patologías mentales que podrían desembocarse en la adolescencia si antes no se intervenía de un modo decidido y concreto. Era el futuro de la criminalística. Hoy en día ya forma parte de nuestra rutina de trabajo, pero por aquel entonces apenas daba sus primeros pasos. Me sentía orgulloso de que ella estuviese implicada en ese importantísimo proyecto.

Liz me comentó que guiada por su instinto había estudiado con detenimiento las fotografías de las autopsias y había descubierto que las jóvenes presentaban un ligero infiltrado hemático pericraneal, tan tenue que no era extraño que sus colegas de Montana no se hubiesen percatado del mismo. Ella había buscado esa lesión concreta con ahínco, no saltaba a la vista. Pero, según su opinión, era una evidencia de que el asesino había aturdido a las chicas con un golpe seco, realizado con el canto de la mano, en concreto usando el músculo abductor del meñique, una zona que los que practican artes marciales suelen emplear para ejecutar diversos impactos o para romper, en exhibiciones, bloques de hormigón, ladrillos y tablas de madera.

El infiltrado hemático pericraneal es un tipo de herida muy vinculada al empleo de la *Anestesia previa de Brouardel*. Esta técnica permite, mediante un golpe en la base de la nuca, dejar inconsciente durante un tiempo variable a un individuo. Mal ejecutada

puede llegar a causar la muerte. Lo normal es que sea empleada por expertos en artes marciales, defensa personal, miembros de los cuerpos de seguridad, de las fuerzas especiales o del ejército. No es fácil de realizar y requiere de mucha práctica y precisión. Tanto para Liz como para mí acabábamos de dar un gran paso: ese tipo había recibido clases para usar dicho golpe con precisión. Podía haberlas recibido en un centro de entrenamiento o podía pertenecer a cualquier ámbito de la seguridad, donde le hubieran enseñado la técnica.

Antes de despedirme de mi compañera salió a relucir el tema de Tom, y me comprometí ponerme en contacto con él. Me limité a enviarle un mail deseándole suerte en su nuevo destino, nada más. Aproveché que estaba con el correo para solicitar la colaboración de los dos ayudantes que mi jefe, Peter Wharton, me había asignado. Se ocupaban de repasar los expedientes que me asignaban, y ahora que me encontraba fuera de la oficina y mi principal preocupación era atrapar al salvaje de Montana quizá aquellos dos pipiolos fueran útiles. Les prometí que a lo largo del día les mandaría todo lo que tenía relacionado con el caso. Apenas terminé de enviar el mensaje Henry Long apareció por la puerta. Se sorprendió al verme sentado en su silla, pero su gesto demostraba que no se lo tomaba a mal.

—¿No te dejan otro lugar en el que trabajar?

—En parte así es, pero en realidad te estaba esperando. Eres mi hombre sobre el terreno, no lo olvides, y encima tengo más faena para ti.

—Genial. Déjame tomar aliento, ordenar los papeles y te escucho.

Me levanté de su silla y me coloqué al otro lado de la mesa. Contemplé al joven detective manejarse con soltura y me demostró que además de ambición y ganas tenía un método y disciplina. Nadie normal se tomaba tan en serio organizar su espacio de trabajo. Allí había madera de líder, pude comprenderlo en apenas unos minutos.

—Me gusta verte, Henry. Me recuerdas a mí hace sólo unos años.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó Long, sonriendo.

—Creo que bueno, pero tampoco me hagas mucho caso. Estoy infectado de defectos.

El detective al fin dejó de archivar papeles, de abrir y cerrar cajones y de escribir en su ordenador. Fijó su atención en mí.

—Ya estoy. Tener que vérselas con maltratadores no es plato de buen gusto. Y hay que hacer las cosas bien. Luego los jueces son muy misericordiosos con esas alimañas.

Por desgracia Long tenía razón. Los machistas encontraban demasiada comprensión por parte de la mayoría de jueces, casi todos hombres maduros y criados en un ambiente machista. Luego sucedían cosas terribles, como que una mujer terminase muerta a golpes o con un tiro entre ceja y ceja, después de haber presentado varias denuncias, y ya la justicia llegaba tarde para ella. La justicia no la había protegido como merecía. Por fortuna hoy en día eso forma parte del pasado y el machismo es un recuerdo repugnante de una época en la que ser mujer suponía tener que salvar toda

una carrera de obstáculos.

—Tendremos que luchar con toda el alma para cambiarlo.

—¿De verdad crees que llegarán a verlo nuestros ojos?

—Eso deseo, Henry. Eso deseo...

—En fin, volvamos a lo nuestro.

Le tendí un folio con los dos nombres que el ayudante de Jenkins había conseguido filtrar. Ambos tenían el potencial de ser el culpable de los cinco asesinatos.

—Me gustaría que los investigases. Con prudencia, sin meter la pata.

El detective echó un vistazo al papel y volvió a sonreír, seguro de sí mismo.

—Esto es pan comido. Me encanta. Esta misma tarde me pongo con ello.

—Tienes que ser discreto, Henry. No podemos permitirnos el lujo de cagarla.

—No lo haré, Ethan. Confía en mí.

—Lo estoy haciendo. No te imaginas lo lejos que estoy llegando. He tenido que comentarle por encima el asunto a Riley...

—¡Mierda! —exclamó Long, contrariado.

—No quedaba otra.

—Ya imagino. Al menos ella es una mujer fabulosa. Pero esto puede poner en riesgo mi carrera.

—Ya te dije que te respaldaría. Sólo intenta no fastidiarla. Estamos jugando con fuego, Henry. Eres consciente.

—Sí, claro.

Volví a sentirme culpable. Volví a recordar a Tom. Incluso eché de menos a Worth, a García o a Young, que me había salvado la vida con la templanza y los reflejos de un marine. Todos detectives o investigadores experimentados, con años a sus espaldas de vérselas en circunstancias turbias. Long aún estaba lejos de llegar a ese nivel.

—¿Sabemos algo de *El predicador*?

El detective hizo una mueca de autocomplacencia. Abrió un cajón de su mesa que disponía de un código de seguridad y sacó una libreta. Tenía varios marcadores y abrió el cuaderno por una página en concreto. Estaba eufórico. Había llegado su momento y lo iba a disfrutar. Yo me sentía orgulloso de haberle dado la oportunidad que buscaba, aunque fuese a espaldas de Sanders y, lo más inaceptable, del jefe de policía Price.

—He podido combinar mi trabajo con seguir los pasos de ese tipo tan peculiar. Y sí, ahora sabemos muchas cosas sobre él. Tantas que ha pasado a ser mi sospechoso favorito.

Aquello de *favorito* resonó en mi cráneo igual que un puñetazo bien dirigido al mentón. Me quedé noqueado durante algunos segundos, pues me costaba reaccionar ante la torpeza en la forma de expresarse de Long.

—Henry, no estamos en un videojuego. Eres joven, pero esto ya deberías tenerlo muy claro.

El detective se irguió y se puso serio. Al menos no hacía falta explicarle los motivos por los que consideraba que había metido la pata hasta el fondo.

—Lo lamento. Es una forma de hablar. Me lo han pegado los agentes más experimentados, los que han vivido peores situaciones. Dicen que o lo enfocas así o te acabas volviendo majara.

A Long no le faltaba razón. Era frecuente entre policías, miembros del ejército o personal médico realizar bromas en circunstancias en las que cualquier ser humano se sentiría sobrepasado por los hechos. Por ejemplo después de un crimen, realizando un bombardeo, practicando una autopsia o en mitad de una delicada operación quirúrgica. Es natural, porque uno se termina acostumbrando y va creando una especie de blindaje que le mantenga cuerdo. Restar importancia a los sucesos más graves o hacer uso puntual del humor es un resorte que nuestra mente utiliza para no deslizarse hasta el fondo del abismo, cuando casi cada día caminas cerca del precipicio. Pero hay que llevar cuidado y no terminar por convertirte en un frívolo. Tan peligroso es dejarse doblegar por el horror como tomárselo medio en broma.

—Dejémoslo correr. Tenemos que centrarnos en el tal Sullivan —musité, para no darle más vueltas al asunto.

—Ese chaval no es muy normal. Tiene 25 años pero se comporta como un adolescente, y de los problemáticos.

—Lo sé...

—Como me comentaste el lugar en el que duerme y pasa gran parte del tiempo es una construcción asquerosa, llena de porquería y de trastos inútiles. La construyó el mismo con ayuda de un vagabundo. Te puedes imaginar.

—¿Has sacado fotografías?

—Claro. Tanto del exterior como del interior. Por suerte es fácil colarse allí cuando Benjamin no está, y tampoco creo que nadie me haya visto. Está en el patio trasero de la casa de la madre, de modo que no es complicado pasar desapercibido.

El detective me tendió una cámara digital con una pantalla LCD de 4 pulgadas que me permitió contemplar el *hogar* de Sullivan y, aunque a duras penas, lo que había dentro.

—Necesitaré que me pases estas imágenes para poder analizarlas. No veo casi nada.

—Desde luego. Lo haré usando el ordenador de casa. No he querido volcarlas en este, por si nos metemos en un jaleo aún más gordo.

—Has hecho bien —dije, teniendo en cuenta que estaba poniendo en riesgo el futuro profesional de Long. El mío quizá también, pero Warthon ya me había perdonado muchos desmanes y consideraba que Dylan Price no sería tan benévolo con un novato que se había pasado de listo.

La chabola de *El predicador* provocaba pavor nada más verla. Uno tenía la impresión de que allí vivía un animal en lugar de una persona. Todo era desorden y suciedad. Aquello no encajaba con el perfil que tenía en mente.

—¿Qué sucede? —inquirió el detective, imagino al observar mi ceño fruncido.

—No sé, Henry, me cuesta considerar a este chiflado nuestro hombre. No sólo es la edad, pues calculo que rondará los 30, también es su estado mental y su capacidad para planificar unos crímenes tan bien ejecutados.

—Pero tiene fotos de las víctimas. Las conocía. Incluso las había increpado en ocasiones. Y aunque eso sea una pocilga hay una libreta, de esas de anillas, de las baratas que venden para los escolares, en las que tiene anotados los movimientos y las costumbres de decenas de vecinos y feligreses de las parroquias que frecuenta. Es propio de un chalado, por supuesto, pero también de alguien que tiene la aptitud suficiente como para organizar sus actividades y llevar un seguimiento de las de personas que le interesan.

Aquellos argumentos no me dejaron satisfecho. Necesitaba más, mucho más para estar convencido. Tomé casi seguro que hubiera escarbado debajo de las piedras y que se hubiese tomado ya varias tartas con alguna ancianita o unas cervezas con cualquier granuja con tal de sonsacar el dato más nimio.

—¿Qué más sabemos de Sullivan?

—Bueno, no es sencillo hablar con la gente sin despertar sospechas...

—Hazte pasar por un periodista. Funciona.

—Quizá en una gran ciudad o en otros estados sí, pero aquí la comunidad no es tan abierta. Además, algunos me conocen, aunque sea de vista, y pueden dejarme en ridículo. Y no te creas que hay tantos medios en Montana. Esto no se parece en absoluto al DC.

—Lo comprendo.

—Y también está su amiga, la de la CBS. Cada vez que pregunto ella ya ha disparado antes.

—Dos cosas, Henry... Primero: no es mi amiga; segundo, es complicado sacarle ventaja a Clarice Brown, muy complicado.

—Ya, no me ha hecho falta más que moverme un poco para descubrirlo.

—Tú puedes ser de la competencia. De otro medio nacional. Así será más fácil.

—Sí, es posible —murmuró Long, poco convencido.

—Y entonces, ¿qué más has descubierto? —insistí, pues seguía precisando más información.

—Es un chico que presentó problemas desde niño. El padre se esfumó y la madre lo sobreprotegió, según tengo entendido. Con 25 años, aunque duerma y pase mucho tiempo en su *refugio*, sigue pegado a las faldas de mamá. Tiene declarada una incapacidad y recibe una pensión de risa, pero al no tener que pagar ni alquileres, ni comida, ni suministros... va tirando y se permite algunos pequeños antojos.

—Y nada de broncas, peleas, discusiones... —sugerí.

—No. Es pacífico. Da la lata, lee en voz alta la Biblia y cada tres meses anuncia la llegada del fin del mundo. Pero no se mete con nadie. Es más, realiza pequeños

encargos y se lleva bien con el vecindario. Tiene un acuerdo con un supermercado pegado a un Sinclair y entre semana lleva la compra a un puñado de hogares, sobre todo ancianas viudas que viven solas.

Todo aquello ya lo sabía, pero presté atención, como si fuera la primera vez que escuchaba el relato. Lo único relevante eran las instantáneas y el cuaderno infantil con los registros de los horarios de varias personas.

—Confío en tu instinto, Henry, pero de momento me llaman más la atención estos dos tipos que me ha pasado Jenkins.

—Les voy a seguir la pista.

No deseaba dejarle con la sensación de que había estado perdiendo el tiempo. No en vano se la estaba jugando por mí y eso significaba mucho.

—Benjamin Sullivan, ¿sabes si tiene alguna malformación en las manos o ha pasado por algún trauma relacionado con ellas?

—Me he estado fijando en eso. Incluso he podido hacerme con el informe médico que valió para declarar su incapacidad.

—¡Cómo! —exclamé, sin dar crédito—. Esa información es confidencial —dije, como si en el pasado no me hubiese saltado todas las leyes relacionadas con la privacidad con tal de atrapar a un asesino.

—Soy joven, pero tengo contactos. Una amiga me dejó echar un vistazo. No pude fotocopiarlo ni sacarle una fotografía con el celular, pero menos da una piedra.

—Fabuloso. Y...

—Tiene una leve discapacidad mental. A nivel físico no hay mucho, salvo una afectación casi insignificante de la médula espinal que le hace caminar y mover los brazos de un modo particular. Si no te fijas... no te das cuenta.

—No sé. No es suficiente como para generar un trauma profundo que desencadene tanta violencia. Pero has hecho un trabajo fantástico, Henry.

—Por cierto, creo que ya sé cómo se las arregla el asesino con los cadáveres.

De súbito, sin preámbulos, el comentario de Long me dejó con la boca abierta y la expresión de un besugo que acaba morder un anzuelo.

—Pues eso sí que es una novedad.

—Parte del mérito es gracias a una serie sobre crímenes que veo de vez en cuando.

—¡Otra dichosa serie! —proferí, desesperado.

—Bueno, estas son recreaciones de casos reales. No es ficción. Supongo que no es lo mismo.

—Eso espero. Vamos, suelta tu teoría.

—Una bolsa para cadáveres. Como las que utilizan los CSI, algunos hospitales o los forenses.

—Es cierto. Son herméticas y fáciles de transportar. No has dicho ninguna tontería.

—Eso espero. Me parece una posibilidad más que factible.

El joven tenía toda la razón. Y era un nuevo e interesante cabo del que tirar. Me

dediqué durante un cuarto de hora a dar coba al detective, para mantener su nivel de motivación al máximo. Ya que ahora formaba parte de *mi equipo* tenía que mimarlo, pues andaba escaso de recursos.

Ya había anochecido cuando dejé las instalaciones del departamento de policía de Helena. No me despedí de Sanders ni de Price, sólo del agente al que le tocaba la guardia nocturna, que me devolvió un saludo mustio. Tomé Broadway Street y una brisa gélida, que llegaba desde las montañas, me azotó el rostro y me despabiló. Un tanto aterido saqué mi celular y marqué el número de Brown. El frío de Montana era seco, pero te dejaba tan tieso como un carámbano.

—Pensaba que te habías olvidado de mí —fue lo primero que me dijo la reportera, nada más descolgar.

—Ni en sueños, Clarice. Ha sido un día duro. He tenido un viaje curioso hasta Grea Falls y después varias reuniones y algunas llamadas.

—¿Cenamos juntos? —preguntó Brown, con la voz trémula.

—Por supuesto. Lo cierto es que salvo un restaurante en el que sirven testículos de búfalo rebozados no conozco muchos lugares por aquí —dije, riéndome, tratando de animar a la periodista.

—Ya has probado las deliciosas *ostras de las montañas rocosas*.

—Sí, y lo peor es que están deliciosas. Pero con una vez tengo suficiente.

—Nos vemos en la entrada de tu hotel, en diez minutos, y busquemos cualquier sitio tranquilo por los alrededores.

—Perfecto.

Aflojé el paso. Ya casi estaba llegando al Holiday Inn y no tendría tiempo para subir a la habitación y darme una ducha rápida. Mientras caminaba pensaba en la amenaza que había recibido Brown, y lo que implicaba. Imaginé que ella no se habría estado quieta y que ya habría investigado por su cuenta, incluyendo la colaboración con el servicio de seguridad de su hotel, el lujoso Best Western Premier. Quizá aportasen algo y detrás de aquella misiva estuviera el culpable de los cinco homicidios. O a lo peor no era así. La advertencia incluía información que sólo el asesino conocía... y muchos de los agentes implicados en la investigación. Una posibilidad era que con aquel gesto insensato intentasen que la periodista de la CBS se alejase de Montana cogiese un enlace a Nueva York y se olvidase para siempre de Helena, sus alrededores y todo lo que allí sucediera. La prensa local era manejable y discreta, pero Brown llevaba semanas indagando y aquello era algo que no gustaba a unas gentes acostumbradas a una vida tranquila y a que les dejasen hacer las cosas a su manera. Ella, sin ser consciente, representaba una amenaza para la comunidad. Montana vivía del turismo, de sus fabulosos parques naturales y de su fama de estado pacífico y acogedor. Un titular desacertado en la CBS y la campaña de primavera podía irse al traste.

Discurría sobre todas aquellas hipótesis, andando de forma automática, cuando sin

darme cuenta me tropecé con la periodista, que lo más seguro llevaba ya un rato aguardando en Hibbard Way. Como de costumbre me regaló una resplandeciente sonrisa que iluminó toda la ciudad. Pese a que sus ojos delataban el miedo que atenazaba sus entrañas era capaz de mantener la compostura y mostrarse tan impecable y radiante como cuando se ponía delante de las cámaras.

—No sabes ni por donde andas, Ethan. Te he visto llegar y caminabas con los ojos clavados en el suelo. Cualquiera día te atropellan y pierdo a uno de mis mejores amigos.

—Estaba pensando en ti —repliqué, sonriente—. Pero recuerda que no somos amigos.

—Lo somos, aunque aún no te hayas enterado o, lo que ya resultaría patético, aunque intentes convencerte de que no es así.

Decidí no discutir con la periodista y nos metimos a cenar en un discreto restaurante italiano que se encontraba a sólo unos pasos de mi hotel. Era un lugar encantador, con pocas mesas y todo el mundo se quedó mirando a Brown. Imaginé que algunos la conocían por su programa en prime time de la CBS, pero otros sencillamente no estaban acostumbrados a ver por Helena a una mujer tan deslumbrante y segura de sí misma. Yo, a su lado, era un pelele ensombrecido en el que nadie reparaba.

Antes de abordar el tema que nos había llevado hasta allí estuvimos comentando aventuras del pasado y proyectos de futuro. Le interesaba mucho mi próxima paternidad, aunque consideraba que yo daba un salto de gigante en unos meses o sería nominado a *peor padre primerizo del año*. Tuve que carcajearme, porque lo más probable es que la reportera estuviera dando en el clavo.

—Bueno, Clarice, ahora a por lo importante. ¿Has traído la carta? —pregunté, cuando ya nos habían dejado los postres sobre la mesa.

—Sí, la llevo en el bolso. Luego te la doy, en tu habitación.

—¿En mi habitación?

—Disculpa, Ethan... Esta noche, si no te molesta, me gustaría dormir cerca de ti. Mi cámara habitual no está en Montana conmigo, y al resto del equipo apenas lo conozco. He pasado un día horrible y me gustaría descansar. Contigo me sentiré segura.

Creo que palidecí. Al menos sentí que la sangre se esfumaba de mi rostro y se agolpaba en mi corazón.

—No me parece una propuesta maravillosa...

—Ethan...

—Está bien. Tú te quedarás con la cama y yo tendré que dejarme la espalda en un sofá que está más duro que una piedra y que mide de largo la mitad que yo.

—Gracias.

Asentí, con desgana. Ya me estaba metiendo en un jardín, como si no me hubiese buscado bastantes problemas en Montana en apenas unos días de estancia.

—¿Por qué tienes tanto miedo? Puede ser un idiota que sólo intenta que te marches de aquí. Sobre eso especulaba cuando me tropecé contigo.

En realidad yo también estaba preocupado, pero tenía que intentar que Brown mantuviese la calma. Y tampoco deseaba confesarle que en la misiva amenazadora había información que sólo el asesino podía conocer.

—Me ha costado lo mío, pero he logrado que los de seguridad me den acceso a las grabaciones del hall del hotel y del pasillo de mi planta.

—Eres increíble. No sé cómo consigues hacer esas virguerías, pero desde luego sin esa habilidad innata no hubieras llegado tan lejos. ¿Qué has visto? —pregunté, pues quizá el caso encontraría su punto y final antes de lo que soñaba.

—No mucho. El tipo no es imbécil. Lleva una gorra bien calada, gafas de sol muy oscuras y una enorme gabardina.

—Vamos, que podría ser cualquiera.

—Cualquiera no. Pese a que la resolución de las cámaras de seguridad no es muy buena han conseguido aumentar el rostro de ese hombre.

La periodista hablaba de forma entrecortada. Estaba nerviosa y con su mano derecha estrujaba el borde del mantel de nuestra mesa.

—¿No me digas que lo has reconocido?

—Quizá —respondió Brown, dubitativa—. Se trae un aire a uno de los detectives que llevan la investigación. Seguro que has hablado ya con él. Se llama Owen Sanders.

Capítulo XX

Aquella noche, como de costumbre, pero en esta ocasión por razones muy distintas, apenas descansé. Me sentía incómodo con Clarice Brown durmiendo a sólo un pasc de distancia, aunque cada uno estuviese acostado por su lado. Había sido una enorme torpeza aceptar su propuesta, pero la periodista estaba de verdad asustada y no me engañó: apenas llegamos al hotel se tumbó sobre la cama y se quedó amodorrada, con la ropa puesta. Yo la observé durante un rato. Me pareció más vulnerable que nunca, como si en lugar de la reportera dura e intrépida a la que estaba acostumbrado en el colchón yaciera una adolescente que ha pasado una mala jornada y ya está resguardada, en casa, junto a su padre.

Después me asaltaron los remordimientos. No podía contarle nada a Liz, pero tampoco mentirle. Cavilé al menos una hora acerca de las múltiples posibilidades. Yo mantendría la boca cerrada y dejaría pasar aquella situación embarazosa como si jamás hubiera tenido lugar. Las probabilidades de que mi compañera me preguntase si había pasado la noche con alguien eran más que remotas, de modo que no me vería obligado a mentir. Pero, llegado el caso, si me formulaba la cuestión tendría que sincerarme. Deseé que eso no sucediera jamás, porque me resultaría muy complicado explicarle qué narices había hecho y en qué demonios pensaba cuando acepté la propuesta de Brown.

Por fin concilié el sueño y cuando desperté, de un modo brusco, la periodista ya no estaba en la habitación. Sobre la cama se encontraban la misiva amenazadora y un papel con el logotipo del Holiday Inn en el que había garabateado un escueto «*gracias*».

No tenía ganas de salir a correr, aunque mi cuerpo lo necesitaba. A cambio me di una buena ducha y bajé al comedor para desayunar en condiciones. Nada de donuts o basura por el estilo.

Llegué temprano al departamento de policía. Para mi desgracia el primero en recibirme fue Sanders, que había citado a los dos sospechosos de su carpeta de los tres que yo había seleccionado y que faltaban por entrevistar. Aunque insistió en que según su punto de vista Koda Smith merecía nuestra atención por encima de los otros se comportó durante los interrogatorios. No me llevó mucho tiempo ni esfuerzo darme cuenta de que tenía delante a dos pobres diablos a los que consideré incapaces de cometer aquellos horribles crímenes. Era imposible. No encajaban de ninguna manera en el perfil que había elaborado y además me percaté de inmediato de que, salvo que estuviesen fingiendo de un modo sobresaliente, tampoco poseían las

habilidades comunicativas ni la capacidad intelectual de las que hacía gala en su modus operandi el asesino que buscábamos.

—No hace falta que me lo explique, lo veo en su rostro. Considera que hemos perdido la mañana, ¿verdad? —inquirió Sanders, cuando ya estábamos a solas en la sala de interrogatorios.

—No, en absoluto. Yo mismo aparté estos expedientes. Pero no es lo mismo leer un papel que tener delante a un sujeto y mantener una conversación con él. O son unos actores extraordinarios o la verdad es que ni loco puedo creer que esos dos desdichados hayan sido capaces de consumir unos crímenes tan complejos, tan bien planificados y de los que apenas han quedado pruebas. Sólo los cadáveres, los cuernos y ese dichoso dibujo. Lo que al asesino le ha venido en gana.

—No estaría de más que le volviese a echar un vistazo al resto. Quizá se precipitó y ahora que ya conoce mejor los detalles encuentre algún sospechoso digno de traer aquí o de investigar a fondo. Ya sabe lo que opino. Está dejando de lado a los nativos, y eso me parece un error.

Agaché la cabeza y me froté con rabia las sienes. No era sólo que apenas había pegado ojo, no era sólo que Sanders estaba en la lista de posibles culpables; era, más que nada, que aquella obsesión del detective por los aborígenes, cargada de racismo e irracionalidad, me descomponía. De algún modo suponía regresar a Arizona y toparme de nuevo con ese carácter tan majadero que yo aborrecía. Me había criado y había crecido en una ciudad, San Francisco, en la que hasta la gente podía pasear por la calle en cueros sin que nadie se escandalizase. Una ciudad en la que personas de mil lugares diferentes, de razas distintas y creencias de lo más variopintas convivían en paz, sin meterse los unos con los otros.

—Tendría que ir a que le atendiese un psicólogo.

—¡Cómo! —exclamó el detective, descolocado.

—No me haga caso. Regrese a su despacho y yo aprovecharé para tomar notas y hacer algunas llamadas.

—Señor Bush, es usted el que debe adaptarse a nosotros, no al contrario. Ni siquiera el jefe Price solicitó su colaboración.

Sanders se largó, cerrando la puerta con violencia. Nuestra relación no podía ser más nefasta.

Pese al penetrante dolor de cabeza, me puse a repasar los mails y me llevé una agradable sorpresa. Los dos sabuesos que mi jefe había puesto a mi cargo habían sido capaces de descubrir el fabricante de la cinta de embalar que empleaba el asesino, y que sabíamos pertenecía a un mismo rollo. Por desgracia era de 3M, color negro, de 1.88 pulgadas y 60 yardas; es decir, una convencional que se vendía en cientos de establecimientos y tiendas online. Pese a todo era un paso más en la dirección correcta. Felicité a los chavales y les animé a seguir trabajando con ahínco. Les prometí una comilona en el restaurante que entre los dos eligiesen si estaba de vuelta

a Washington antes de que Liz se pusiera de parto. Un poco de humor tampoco me venía mal.

Telefoneé a Mark. No tenía el día y en vez de hablar refunfuñaba. Imaginé que algún agente especial o, peor, un superior, le había tocado las narices y eso era algo que el genio informático llevaba siempre mal.

—No pagues el pato conmigo —dije, en tono conciliador.

—¿Qué quieres?

—Sólo que rastrees la pista de lo que hacen desde sus ordenadores un puñado de sospechosos.

—Un puñado... Será mejor que concretes. Ando hasta las cejas de trabajo y esta mañana encima va un imbécil y me toca las pelotas.

—¿No seré yo?

—Bueno, tú eres el segundo imbécil —respondió Mark, sin poder aguantarse una carcajada. Al menos había conseguido que su mal humor se esfumase.

—Son seis en concreto. Y uno de ellos es detective aquí, en el departamento de policía —dije, sin reparar en que era posible que aún estuvieran activos los micrófonos de la sala de interrogatorios o que cualquiera podría estar escuchando mis palabras desde otra estancia.

—Pufff... Eso es delicado.

—Sí, lo es. Pero no podemos dejar ningún cabo suelto.

—¿Y los demás?

—Mejor repasas el mail. Prefiero no comentar detalles.

—¿Estás con alguien?

—Más o menos —respondí, pues no podía meter la pata dos veces seguidas en apenas un minuto.

—Vale. Comprendo. Por cierto, ¿alguno reside cerca de tu hotel?

Me quedé reflexionando. Mark trabajaba como un condenado a galeras y yo no terminaba de prestar atención a sus valiosas indagaciones.

—Mierda, ni siquiera me he fijado. No me eches la bronca, te lo ruego. Sé a lo que te refieres.

—Vale, con lo que acabas de decir me basta. Por otro lado, ¿has visto ya la serie?

—¿Esa de la HBO?

—Sí, *True Detective*.

—Pues no. Apenas tengo tiempo para dormir. Ya te comenté que estuve repasando varios fragmentos.

—Pues quiero que la veas. Aunque sea por las noches. Te puedes saltar trozos a cámara rápida, pero son sólo ocho capítulos. Te ayudarán a conciliar el sueño.

—Está bien. Te haré caso.

Debatimos acerca de qué era lo que tenía que buscar, aunque eran tantos que Mark sugirió que si hallaba algo extraño ya me informaría. No teníamos ninguna orden

dictada por un juez, de modo que lo que encontrase no podría mencionarlo ni serviría en un juicio. Pero aún me manejaba en la cuerda floja por aquellos tiempos. Madurar es un proceso lento, y no aprendes hasta que te das unos cuantos golpes. Yo había recibido algunos, pero no los suficientes. Mi estulticia precisaba de más moratones para diluirse.

Para no molestar a Liz, y también para evitar una conversación incómoda en la que pudiese salir el asunto de Clarice Brown, le mandé un correo electrónico. Le comentaba dos cosas: por un lado que estudiase a fondo las marcas dejadas por el asesino en el cuello de las víctimas, por si podía intuir que le habían amputado falanges o que tenía alguna malformación en los dedos; por otro le avisaba de que iba de camino a Quántico la carta amenazadora que había recibido la periodista. Deseaba que la analizasen en busca de ADN o cualquier otra prueba. Peter no podía enterarse del tema, pues yo estaba jugando con fuego, lo habitual, y prefería no quemarme tan pronto.

Nada más mandar el mail fui en busca de Jenkins, a la que por suerte encontré en su despacho. Los papeles se acumulaban sobre su mesa y casi le tapaban medio rostro.

—¿Novedades? —pregunté, señalando las montañas de folios.

—Rutina, diría yo. Y sí, por ahí perdidas hay nuevas informaciones que ha logrado obtener mi ayudante.

—Te traigo más tareas —murmuré, intentando resultar lo más agradable y prudente posible.

—Por favor, Ethan. ¿Cómo te las arreglas para mover los engranajes de tu cerebro sin mancharte nunca las manos?

La comandante siempre tan directa y franca. Miré mis dedos: eran los de un maldito burócrata que, en efecto, jamás se había roto una uña.

—Es mi labor. Que me encuentre aquí, en Helena, en tu despacho, es un hecho insólito. Lo habitual es que me pase el día revisando expedientes, fotografías e informes y mande mis conclusiones a la oficina del sheriff de turno pulsando un botón mientras disfruto de mi cómodo sillón de piel en Quántico —respondí, en un tono que dejaba un amplio espacio para la ironía y las interpretaciones más burdas.

—Venga, no te demores...

—Long tiene una teoría muy interesante. Hay que rastrearla, como sea.

—Y la conjetura de nuestro colega es...

—Que el asesino utiliza bolsas para cadáveres para transportar a las víctimas hasta el lugar en el que abandona sus cuerpos.

Jenkins parpadeó varias veces y se quedó unos segundos con la boca torcida, como si un mal dentista le hubiese seccionado el nervio trigémino.

—Vaya con el chaval. Tiene mucho sentido. Esas bolsas, además de herméticas, permiten usar correajes, de modo que para un tipo grande ya no es tan complicado llevar a las chicas, que son menudas. Es como si se hubiese colocado una mochila en

los hombros. A poco que esté en buena forma sería capaz de recorrer varias millas, aun por terrenos escarpados, sin dificultad.

—¡Bingo! —exclamé, casi eufórico.

Mi júbilo se esfumó cuando mi celular vibró con fuerza en el bolsillo interior de mi chaqueta: era Warthon, mi superior. Tuve un mal presentimiento.

—¿De qué vas, Ethan?

—Buenos días, Peter.

—Ya es la hora de comer. Y no estoy de buen humor.

—¿Qué mosca te ha picado?

—A mí ninguna. Sólo es una pesadilla que soporto desde hace años y cuyo origen me habla desde el otro lado de la línea.

—Será mejor que te expliques.

—Me ha telefoneado Dylan Price.

Alguien con altas capacidades siempre es capaz de guiarse por la estrella polar sin perderse en la inmensidad de la bóveda celeste, pero también puede hundirse con su barco por no haber achicado el agua provocada por una sencilla filtración en el casco de su barco. No esperaba que el jefe de policía se atreviese a contactar con Warthon.

—Menuda sorpresa —dije, manteniendo la calma.

—¿Sabes lo que me ha comentado?

—Barajo algunas hipótesis...

—No te comportas como un agente especial de la UAC. Vas, como otras veces, de líder de la investigación, a tu aire. También me ha manifestado que ni le respetas a él ni respetas al detective al que le ha sido asignado el caso, un tal Owen Sanders. Y, por desgracia, me cuadra con tu carácter y con tu manera de manejar estas situaciones.

—Peter, esto no Phoenix. Me las tengo que apañar como puedo. Aquí no tengo una oficina del FBI al final de la calle ni una de las mejores oficinas del sheriff de todo el país. Esa gente tampoco es que me haya recibido con los brazos abiertos.

—Maravilloso, pero tu papel es consultivo. No mandas en nadie, no puedes hacer lo que te salga de las narices. Respeta a la gente. Respeta las normas. Ya te puse a dos hombres a tu cargo, aquí, para que les solicites lo que te venga en gana.

—Es complicado...

—¿Qué resulta tan complicado?

—Resolver este caso implicando a dos personas que no aceptan mis opiniones y que lo único que desean es que comulgue con las suyas. Han tenido casi dos años y medio para atrapar a este monstruo... y no han demostrado ser muy eficaces.

—Ethan, ese comentario es muy ofensivo, e injusto. Espero que no te atrevas a hacerlo en público.

Miré a Jenkins y le guiñé un ojo. Por supuesto la comandante se estaba enterando de toda la conversación, pero ya me fiaba tanto de ella que le hubiera entregado mi cartera y mis credenciales sin temor a que les ocurriese nada.

—Desde luego. Te mandaré un informe esta misma noche. Debería haberlo hecho antes, pero así comprenderás mejor mi forma de actuar.

—Más te vale. Quiero que eches una mano allí, pero no deseo jaleos con la policía de Montana... ¡ni con nadie! Creía que ya no haría falta que te recordase estas cosas. Parece mentira...

—Ya sabes, mi idiotez no conoce fronteras.

Warthon tragó saliva. Lo oí con nitidez. Después se hizo un largo e insoportable silencio.

—No te pases de listo, Ethan.

—Lo intentaré —repliqué, exponiendo por enésima vez mi puesto en el FBI.

—Insisto, ¿qué es lo que te pasa?

El tono de Peter había variado: ahora se mostraba conciliador. De verdad quería comprender cómo podía llegar a ser tan necio.

—El embarazo de Liz. La falta de recursos. Y, sobre todo, echo de menos a Tom. Me he dado cuenta que es algo más que mi mano derecha. Además es la mitad de mi cerebro, la única parte sensata que me quedaba para aferrarme en los momentos más duros.

—Tom nos deja. Tiene derecho a elegir su futuro. Pronto estará en San Francisco, a muchas millas de Washington, y tú tienes que asumirlo.

—Pues no lo hago, Peter; no soy capaz de hacerlo.

—Eres un crío. Cumples 33 años en unos días pero te comportas como un adolescente mimado. Y yo soy en gran medida responsable. Remata ese caso lo antes posible y vuelve aquí, antes de que me vea obligado a ordenártelo.

—Confía en mí.

—Si no confiase en ti... Ethan, respeta no sólo a esos agentes; respeta por encima de todo al FBI. Es lo último que te ruego. Honra el fabuloso hecho de ser un agente especial de la Unidad de Análisis de Conducta.

Aguanté el chaparrón como pude y me despedí de mi jefe de la manera más educada posible. Estaba cabreado porque el jefe de policía me había *saltado* y en lugar de comentar la jugada conmigo en primer lugar había optado por ponerse en contacto con Peter. Pero claro, ¿quién era yo para dar lecciones de ética y franqueza? Nadie. La persona menos indicada. Me tenía que tragar todos aquellos sapos y conseguir que pasasen por mi delicada garganta sin rechistar.

—Menudo rapapolvo —musitó Jenkins, frunciendo el ceño y agitando sus manos como si espantase moscas.

—Bueno... Quizá me lo tengo merecido.

—Eso seguro. Ethan, eres especial. Para lo bueno y para lo malo. Te lo habrán comentado alguna vez.

—Muchas.

—Pronto es tu cumpleaños.

—En dos semanas, Riley —repliqué, abatido.

—Y también serás padre el año que viene.

—Sí. Por favor, deja de dar rodeos y dime lo que estés pensando.

—Pues que con 33 años y siendo padre... yo no haría mucho el idiota. Es un consejo, nada más. No me hagas caso. Yo me jubilo dentro de poco y tú has llegado más lejos de lo que yo jamás hubiera soñado. Pero soy más sensata.

—No me cabe ninguna duda. Me caes bien, Riley. No suelo coger cariño a la gente, es otro más de mis muchos defectos. Pero tú también eres distinta.

La comandante se sonrojó un poco y me golpeó el brazo, nerviosa.

—No me times, avisado, que ya hace mucho que me tiño las canas. Aunque te agradezco el cumplido. No creas que el jefe Price se prodiga en exceso con los agasajos.

—Riley, te ruego que me digas lo que piensas... ¿Estoy actuando mal? —pregunté, mirando a los ojos de la comandante como un chiquillo que acaba de formular una cuestión personal a su maestra de escuela.

—Quieres mi opinión...

—Claro.

—Es decir, lo que yo haría en tu lugar.

—No sé, me estás mareando.

Jenkins cruzó los brazos a la altura de su pecho y emitió un chasquido con la boca.

—Yo nunca habría actuado así. Pero yo soy la comandante de investigación criminal de un departamento de policía ubicado en una ciudad de 30.000 habitantes.

—Ok.

—Sin embargo, creo que a ti no te queda otra. Te la estás jugando, sin duda. Si te sale mal, lo mismo te dan una patada en el culo y te echan del FBI o igual con mandarte de vuelta a Quántico es suficiente. Por lo que he escuchado ese jefazo tuyo te tiene en estima y no le faltarán los motivos.

—Tú lo acabas de decir: *no me queda otra* —murmuré, pensando en Sanders, en Tom, en Liz, en la lejana oficina del FBI de Salt Lake City, en Clarice Brown, en la falta de pruebas y en mi manía de guardarme siempre una parte relevante de la información para tener una ligera ventaja sobre el resto.

—Si asumes las consecuencias... adelante.

—Tú y Henry también os la jugáis.

—Yo ya tengo poco que perder. En serio. Me preocupa más Henry. Él está empezando y debe ser más precavido. Pero mira Ethan... no todos los días tenemos la oportunidad de trabajar codo con codo con un agente especial del FBI, que tiene un currículum como el tuyo y que incluso ha sido entrevistado por la CBS. Estos crímenes nos han desolado, pero tú has llegado para animarnos la vida y para plantearnos un reto que sólo se nos va a presentar una vez en la vida. Estoy contigo. Y además pienso que vamos a pillar juntos a ese desalmado.

Capítulo XXI

No me apetecía comer con nadie, de modo que me escapé del departamento de policía nada más terminar mi reunión con Jenkins, me fui al hotel, me calcé las zapatillas, el pantalón corto, una camiseta técnica y salí a correr. No lo había hecho por la mañana y mi cuerpo lo pedía a gritos, lo necesitaba.

Tomé la calle Clarke. Ya conocía el camino hasta la pista que había descubierto que serpenteaba por el Mount Helena Park. No había nadie en las calles. La gente almorzaba tarde, trabajaba en otras zonas más céntricas de la ciudad o estaban estudiando. Mejor para mí. Esta vez sí me interné por la senda de arena aplastada que conducía hasta lo alto de la montaña. La vía estaba despejada, pero a ambos lados había tachones de nieve que el sol no había logrado derretir. Lo cierto es que hacía frío. Diciembre estaba a la vuelta de la esquina y se notaba en las temperaturas, cada vez más bajas. Me habían advertido de que la primera nevada de verdad pronto nos alcanzaría y descubriría lo que era el clima de Montana, mucho más duro y cambiante que el de la plácida Washington.

Mientras mis piernas se quejaban, pues la pista ascendía y mis músculos no estaban acostumbrados al *trail running* —yo era más de tartán o, en el peor de los casos, cuando viajaba, de asfalto—, repasaba los aspectos del caso. Era quizá lo que buscaba cuando sin meterme nada en el estómago, guiado por un impulso irracional, me había puesto mis New Balance y había salido a rodar como el que escapa desesperado de un volcán que ha entrado en erupción y no deja de escupir lava incandescente.

El cerebro se alimenta de glucosa y oxígeno, y correr, además de generar dopamina, un neurotransmisor que fomenta la creatividad, hace que ambos lleguen con más eficacia hasta nuestras células grises. Por desgracia al no haber comido nada y al encontrarme a más de 4.000 pies por encima del nivel del mar rodar no hacía otra cosa que agotar mis escasas reservas de glucosa y aprovechar el bajo nivel de oxígeno en el aire. Un desastre. Al menos la vuelta hasta el hotel era un suave descenso y no llegué rendido hasta el hall.

—Riley me dijo que lo encontraría aquí. Los de recepción me han comentado que te han visto salir vestido para hacer deporte y he pensado que lo mejor era esperar un rato.

Long estaba aguardándome de pie, nada más cruzar el umbral de la puerta de entrada del Holiday Inn. Aquel chico podía llegar lejos, porque era obstinado y paciente. Yo andaba sobrado de lo primero, pero me faltaban unas dosis mínimas de lo segundo.

—¿Qué quieres? —pregunté, como si la investigación de los asesinatos de cinco

jóvenes en Montana no fuese conmigo.

—Hablar en privado de mis indagaciones. No creo que te hayan puesto micrófonos en la habitación.

—Estoy destrozado, pero sí... es una buena idea.

Antes de empezar a trabajar me di una ducha y pedí al restaurante del hotel que subieran unos sándwiches fríos y zumo de naranja. Mejor comer regular que no ingerir nada.

Despejamos la mesa y desplegamos un mapa de los condados implicados en la investigación, en principio porque en ellos habían sido hallados los cuerpos.

—Ethan, creo que tienes un listado reducido de sospechosos. Yo te obedezco, y me estoy jugando el empleo, pero necesito estar al tanto de todo, para no ir de un lado para otro como la bola de un pinball.

Apoyé la mano en el hombro del joven detective. Se merecía mi respeto y mi sinceridad.

—Eso es verdad. Además, creo que Price sabe que estoy colaborando estrechamente contigo y con Riley, dejando a un lado a Sanders. Ni tengo ganas de explicarles los motivos, ni puedo. Se conocen desde hace mucho tiempo y por experiencia sé que no admitiría que indagásemos en la vida de Owen sin tener pruebas muy sólidas en su contra.

—Vaya...

—Me han dado un toque esta mañana desde Quántico.

—¿Qué significa eso?

—Que me han tirado de las orejas. Price se ha puesto en contacto con mi jefe y se ha quejado de mi comportamiento.

—¿Estamos jodidos? —preguntó Long, entre emocionado y angustiado. Como me sucedía a mí, saltarse las reglas disparaba su adrenalina.

—Si no damos con el culpable, seguro. Pero yo tengo ya un poco de experiencia y algún éxito en la mochila. No te puedo mentir: tú estás mucho más expuesto. Es fácil suspenderte de empleo y sueldo por indisciplina o, peor, largarte del departamento de policía. Price sabrá cómo elaborar un informe que nadie en todo el estado se moleste en rebatir.

—Ya, entiendo. Dijiste que me cubrirías las espaldas.

—Y lo haré. Pero esto sólo funciona cuando las cosas salen bien, Henry. Cuando todo va como la seda y se caza a un asesino en serie nadie se molesta en buscar el polvo debajo de las alfombras. Pero si no es así, sucede justo lo contrario.

—Nunca me habías hablado de esta manera.

—Ahora Riley y tú sois mi única esperanza. Sin vosotros estoy fastidiado. Os necesito. No soy tan buena persona. Os necesito, tanto como vosotros a mí. Somos un equipo, ahora más que nunca.

Me escuchaba hablar y no me reconocía. El joven detective se había ganado aquella

charla, pero también otras personas en el pasado y no había sido tan franco. A lo mejor estaba dando un paso adelante, dentro del estrecho margen en el que me movía, y empezaba a gestarse un líder, para dejar atrás de una vez por todas a un mísero manipulador.

Conversamos un rato más y Long, en un momento dado, me ofreció su mano para que la estrechase. Iría conmigo hasta el fin del mundo. Acepté y apreté con fuerza, como sellando un pacto infinito. Me emocioné. No merecía aquel gesto por parte del chaval y algo en mis entrañas se conmovió.

—Que le den al jefe Price y a Sanders. Nunca me han tomado en serio y tampoco he sabido dirigir durante meses y meses esta investigación. Ni siquiera te quieren por aquí. Te han clavado un puñal por la espalda, a traición, de modo que tampoco siento que esté obrando mal. Eso sí: quiero tu listado.

Sonreí y contemplé el rostro decidido del joven detective. Le sacaba unos pocos años, pero me sentía como su padre, como una especie de mentor. Y encontraba en aquellos ojos brillantes la misma ambición que yo tenía a su edad. No éramos idénticos, por supuesto, pero nos parecíamos.

—Claro. No tengo otra salida —murmuré, entre carcajadas.

Saqué mi Moleskine y abrí por una página en la que sólo quedaban seis nombres. Se la acerqué para que pudiera copiarlos o al menos memorizarlos. Allí estaban Owen Sanders, el detective; Benjamin Sullivan, *el predicador*; Koda Smith, al aborigen, entre interrogantes; James Watson, *el coleccionista de manos*; Isaac Butler, el sujeto que había sufrido un terrible maltrato por parte de sus padres de acogida y Wyatt Gibson, el individuo con polidactilia.

—Ahora sí siento que estamos en el mismo bando. Tengo que estar al tanto de lo que piensas, Ethan. No quiero ir corriendo como un pollo sin cabeza que tú diriges con una cuerda.

—Eso sería una estupidez por mi parte. Quizá si tuviera a gente de Quántico sobre el terreno me atrevería, no lo niego, pero en las actuales circunstancias tengo que entregarme a Jenkins y a ti.

—¿Quién es el primero?

—De la lista... —musité, apuntando con el dedo la hoja con los seis nombres.

—¡Claro!

—A Smith ya ves que lo tengo entre interrogantes. Es el favorito de Sanders. A Watson no lo veo capaz. Del resto me falta información, y por eso te he pedido que te muevas por sus entornos y rastrees como un buen perro de caza. Los cuatro me dan mala espina, pero con eso no hacemos nada.

—Pero...

—Si me aprietas tanto, y sólo de forma reservada, sospecho mucho de tu colega Owen y de Gibson, al que le amputaron los dedos porque sufría polidactilia. Pero insisto: llámalo olfato, experiencia o como te dé la gana. No hay pruebas y sin ellas no vamos

a ningún lado.

—Me he colado en la casa de Owen.

Di un brinco y casi tiro todo lo que había sobre la mesa al suelo. Tom estaba preparado para hacer eso y que ni en un millón de años los inquilinos se enterasen de que alguien había allanado su morada. Dudaba que el joven detective tuviese ya esas capacidades.

—¿Estás chiflado?

—Tenía que llegar más lejos.

—Sí, pero es un detective con muchos años de servicio en el departamento de policía. Deberías haber consultado la jugada conmigo.

—Ya está hecho.

—Pues ojalá no se haya dado cuenta. O lo mismo esta es la causa de la llamadita de mi jefe desde el DC.

—Tiene el apartamento plagado de recortes y fotocopias de informes sobre el caso.

—Eso es casi normal. Estará obsesionado.

—Encontré también una libreta. Hace comentarios obscenos de las chicas. A mí me parecen de muy mal gusto, impropios de un agente de la ley.

—¿De qué hablas?

Long me tendió un par de fotografías de la libreta. Era cierto. Comentaba cosas acerca de lo guapas que eran las chicas o el buen tipo que mantenían. Se me revolvió el estómago, porque eran propias de un degenerado o de un necrófilo.

—Joder, ¡qué asco! —exclamé, apartando los papeles como si pudiesen contagiarme una enfermedad mortal.

—Y hay más. Hallé también algo que no es normal ni habitual que se encuentre en el apartamento de un detective. Algo sobre lo que ya te había hablado.

—Pues no sé, ya me has dejado KO —reconocí.

Long me acercó su iPad: toda la pantalla la ocupaba la imagen más que reconocible de una bolsa negra para cadáveres. Ahogué un improperio e inicié una larga charla con el detective. Era él el que había formulado la hipótesis de que el asesino usara una para manejar los cuerpos de las víctimas, por lo que debía asegurarme de que aquello estaba allí antes de que él llegara. No era la primera vez, ni sería la última, que un agente ubicaba una prueba en el sitio ideal para dar por cerrado un caso y apuntarse un gran tanto.

—Deberíamos plantearnos interrogar a Owen.

Hice un gesto de negación con la mano. Ya tenía suficientes problemas como para actuar arrastrado por un novato, aunque fuese un novato brillante y valiente.

—Ni hablar del asunto. Sigue buscando información. Yo también pediré a mis colegas de Quántico que se esmeren, pero dar un paso de tal calibre requiere de una seguridad que ahora mismo no tenemos.

—Está bien.

—¿Qué has descubierto de Butler y de Watson?

—Todavía poco. La gente a la que me acerco parece que me huele, es como siapestase a detective a media milla de distancia.

—Eso es porque enfocas mal las preguntas —dije, pensando en Tom, y hablando sin tener la menor idea de cómo diablos podía uno confundirse con la gente sin que se notase que es agente especial del FBI. Eso era algo que mi colega traía de serie, como su afición al gimnasio y a los batidos de proteínas. Cuando has crecido en un barrio en el que los puños valen más que los argumentos aprendes a ser un camaleón, por fuerza.

—Te hice caso. Digo que soy periodista. Como ya está la de la CBS voy diciendo que soy un principiante de la NBC. Tampoco me las puedo dar de reportero curtido en mil batallas.

—Ya, está claro. Pero no vayas con precipitación. Los periodistas se ganan a la gente. Dan rodeos y siempre dejan muy claro que les importa un bledo si uno es un delincuente de poca monta, si pasa droga o si engaña los sábados a su mujer. Jamás se impresionan y nunca formulan las preguntas de un modo agresivo, como solemos hacer nosotros.

—Ethan, tú jamás has realizado esta labor...

Me rasqué la coronilla y señalé mi libreta, el plano, mi teléfono móvil y mi chaqueta, que estaba tirada de cualquier modo sobre la cama.

—A mí me pagan por pensar. Recibo datos y saco conclusiones. Observa mi cara. Cualquiera es capaz de ver que no sé lo que son las calles de un suburbio o que llevo desde que era un bebé alimentándome con la mejor comida del mercado. Llevo trajes caros y me muevo como un modelo en mitad de una pasarela. Si yo hubiera intentado hacer lo que alguno de mis colegas ya me hubieran volado los sesos hace mucho tiempo. Sin intentarlo casi lo han conseguido en dos ocasiones y tuvieron que ser otros los que me salvaron la vida en el último segundo —reflexioné, mientras pensaba en Phoenix, Arizona, con la investigadora Young sacando su pistola antes de que yo hubiese podido pestañear.

—Yo prefiero la acción. Ya te lo he comentado.

—Sí, se nota. A mí me encanta que me dé el aire de vez en cuando, escapar un rato de Washington y poder codearme con los agentes de la ley de otros estados. Estar metido de lleno en la investigación, en lugar de leer informes y de analizar con lupa montones de fotografías. Pero poco más. Aunque me cueste admitirlo, no dejo de ser un burócrata —musité, asumiendo que era para lo que valía y que tampoco me disgustaba, en el fondo, aquella situación.

—Pues tendré que hacer un curso acelerado. Conozco a un periodista que trabaja para el *Billings Gazette*. Puedo quedar con él esta misma tarde en Bozeman, a mitad de camino entre su ciudad y Helena. Nos tomamos unas cervezas, le filtro alguna información sin importancia y que me ponga al día. Se encarga de la sección de

sucesos, aunque como sabes por aquí eso no representa mucho.

—Adelante. Pero no metas la pata. Y no le cuentes nada de lo que nos hemos reservado. La prensa anda perdida con muchos detalles y eso nos concede una ventaja inestimable.

—Descuida.

Long se largó y salió de mi habitación hablando por el teléfono, imagino que cerrando su cita con el periodista. Ya era tarde y su jornada se alargaría hasta bien entrada la madrugada. Y yo era el responsable de estar metiéndolo en el fango hasta el cuello. Tampoco disponía de más piezas en aquel tablero perverso, donde se dilucidaba la partida, en el que por culpa de Clarice Brown me había implicado sin saber que los recursos serían insuficientes. Y las excusas o las lamentaciones no me iban a sacar del atolladero.

Me entretuve un rato, tal y como me había indicado Mark, en ver a saltos tres capítulos de la dichosa serie de la HBO *True Detective*, cuya única semejanza con el caso que me había llevado hasta Montana era el aspecto de una víctima, postrada delante de un árbol, con las manos atadas y las astas de un venado fijadas en la cabeza. Sí, la escena era una representación casi idéntica de los cinco cadáveres, no podía negarlo, pero sólo el hecho de la amputación de las manos ya suponía un cambio radical en el modus operandi. Dejando a un lado que aquello era ficción y que el resto de los episodios no guardaban más relación con lo que investigábamos nosotros. Pero tanto mi colega informático como yo aún teníamos muy presente mi último viaje a Kansas, y lo que había supuesto, aunque de forma tangencial, la novela de Dan Brown *El Código da Vinci*. Mandé un mail a Mark y le solicité que rastrease si alguno de los seis sospechosos había visto o alquilado a través de Internet la maldita serie. Para él sería una victoria, y para mí quizá una nimia evidencia que vincular con otras más sólidas. De igual manera, el asesino la podía haber visionado en Blu-ray o, más sencillo, le había impresionado aquella representación y había pasado a formar parte de sus aberrantes fantasías.

Agotado, telefoneé a mi madre y estuve comentando con ella que Liz se encontraba bien, que en Montana hacía un frío de miedo y que pronto iríamos a visitarla. Al colgar recordé las palabras que la médium me había trasladado, y que se suponía era lo último que mi padre había balbucido antes de perder la vida en un arcén. Di un golpe con todas mis fuerzas al colchón y después mordí las sábanas con rabia. La pesadilla remitía, pero seguía ahí, como una mancha indeleble que se había fijado en alguna zona de mi cerebro.

Mi Smartphone vibró y descolgué sin mirar ni quién me llamaba. Era uno de mis ayudantes. Me alegró escuchar su voz y escapar del laberinto del dolor en el que me había sumergido.

—Tenemos novedades.

—¿Buenas noticias?

—No sé. Estamos trabajando duro. Nos dejamos los ojos delante de la pantalla.

—¿Qué es lo que hay? —pregunté, ávido.

—Benjamin Sullivan, *el predicador*. Sale en segunda o tercera fila en varios de los funerales de las víctimas. Eso no es normal.

Capítulo XXII

En toda investigación, y son muchos años de experiencia los que han cimentado esta tesis, el tiempo transcurre de un modo pausado al principio, se acelera de forma gradual y al final parece ir desbocado, como si hubiera multiplicado su velocidad por diez. Es como aquel antiguo videojuego, con el que todavía se entretienen algunos chavales, debido a su sencillez y alto grado de adicción, aunque ahora lo hagan mediante hologramas interactivos que ocupan su habitación, llamado *Tetris*; conforme te acercabas a las últimas fases las piezas, tetrominós, caían cada vez más deprisa. Pero en el caso de la labor policial esta aceleración tiene una justificación muy obvia: todo el trabajo realizado durante semanas, meses o incluso años en un momento dado comienza a dar sus frutos, como un árbol que hubieras estado regando, fertilizando, abonando y podando con mimo.

Como en mi lista tenía seis sospechosos, dos de los cuales eran inciertos y a los otros cuatro los consideraba en potencia más probables, necesitaba la colaboración de más agentes para poder trabajar en paralelo, antes de que el verdadero asesino actuase de nuevo. El caso de los niños que me había obligado a desplazarme hasta Arizona estaba demasiado fresco en mi memoria y no podía ni imaginar que ocurriese algo siquiera parecido.

En un arrebato de coraje, y también de insensatez, me reuní con el jefe de policía Price, pese a que su llamada a Warthon aún me escocía con ganas y lo que me pedía el cuerpo era entablar con él una discusión. Pero no actué así: me organicé y le conté casi toda la verdad. Sólo mantuve oculto a uno de los sospechosos: el detective Sanders.

—Me alegra que de una vez se haya decidido a comportarse con lealtad, agente Bush —murmuró Price, mientras revisaba un breve informe que había elaborado y en el que desarrollaba por qué motivos consideraba que cinco sospechosos, de todos los que se habían manejado, merecían mi atención.

—No deseaba causarle problemas, y usted tiene muchas obligaciones. Me ha dejado libertad y por eso he cometido algún desliz —mentí, pero acogiéndome a un argumento no exento de solidez.

—No tengo para con esta ciudad, para con este condado y para con este estado mayor obligación que meter en prisión al animal que ha matado a cinco chiquillas de nuestra comunidad, ¿comprende?

—Desde luego.

—En lo que sí le doy la razón es que le he dejado las manos libres para que aporte

sus conocimientos y su experiencia a esta investigación. No contamos con especialistas de su nivel y era mi deber. Como el suyo haberme mantenido informado de los pasos que daba. Reunirse con Jenkins y con Long como si fuera su superior, o dejar de lado a Sanders, son formas de comportarse impropias de un agente especial del FBI. Por eso me vi forzado a telefonar a su superior. No es algo de lo que me sienta orgulloso ni que me agrade, pero no me dejó otra salida.

—Podíamos haber tratado el asunto —musité, arriesgando mucho y poniendo a prueba la templanza del jefe de policía.

—Agente Bush, carezco de sus estudios privilegiados y de la formación que ha recibido en Quántico, es una cuestión obvia. Pero llevo muchos años en esto, realizando interrogatorios, hablando con testigos o codeándome con diversos miembros de todos los estamentos; usted no es de los que se conforman con una charla para seguir la línea trazada, lo sé. Usted pese al sermón que le habrá soltado su superior, pues de otro modo no estaría ahora mismo en mi despacho, se empeñará en sacar el tren de sus raíles y hacerlo discurrir por el camino que más le convenga. Eso... también lo sé.

Dylan Price apretó los puños y los labios y se quedó mirándome con fijeza, sin pestañear, durante más de un eterno minuto. Era un viejo zorro, un tipo sin mucha capacidad intelectual pero con el culo pelado, casi como él mismo se había descrito. Y, en efecto, me había calado.

Ya no tenía nada que perder y lo más positivo era dejarme de trampas y llevarme al jefe de policía a mi terreno. Le expliqué que tenía un plan y que deseaba no sólo que le diese el visto bueno, también que se implicase en su ejecución. Como todo el mundo tiene su ego, le prometí que Clarice Brown le haría aparecer en las noticias, a escala nacional, una vez todo hubiera sido resuelto. Mi estrategia funcionó y Price me escuchó con la máxima atención. Yo quería a Sanders en Helena, moviendo papeles y no yendo de un lado para otro sin poder controlarlo. Alabé las facultades del detective y comenté que al ayudante de Jenkins le venía grande su tarea y que Sanders podía filtrarla y supervisarla. Deseaba que la comandante fuese mi mano derecha, pues era capaz y nos entendíamos bien. Alguien de Great Falls, un agente perspicaz, tenía que indagar a fondo a James Watson, por si encontraba alguna relación nueva con las víctimas o cualquier evidencia. Como Koda Smith me importaba poco, le dejé al jefe de policía meter baza y que él mismo eligiese a un agente para rastrearlo. Long se ocuparía de Wyatt Gibson —aunque también de Sanders, por supuesto, pero eso quedó sólo en mi cuaderno de notas—. Aquello nos permitía ganar tiempo y estar a la vez trabajando con todas las líneas de investigación abiertas, basadas en mis suposiciones.

—Creo que es una estrategia ganadora —dije, con desparpajo.

—Me gusta. Pero me faltan aquí Sullivan y Butler...

Price me puso delante de las narices mi propio informe y señaló los nombres dando

golpecitos al papel.

—Para eso estamos Jenkins y yo.

—¿Por qué se reserva para usted a estos tipos?

Fui sincero y le comenté que mis dos ayudantes de Quántico habían encontrado a «*el predicador*» en las fotografías de varios funerales de las chicas. También le dije que Butler y Gibson, por los traumas que presentaban, me parecía que tenían papeletas de sobra para ser el hombre que buscábamos. Long era astuto y si hallaba algo de Gibson nos lo haría saber de inmediato y procederíamos a interrogarlo. Jenkins y yo iríamos a por los otros dos ese mismo día.

—Tenemos que actuar con celeridad.

—¿Piensa que el asesino está a punto de volver a actuar?

—El período de enfriamiento ya lo ha superado. No sé si es por miedo, por precaución, porque le ha dado un ataque cardíaco o por cualquier otra memez. Pero la respuesta es que sí, que más que pensarlo lo temo; cada día más.

El jefe de policía pulsó varias veces el mecanismo de su bolígrafo, de un modo rítmico, como si aquel sonido desquiciante a él le sirviese para poner en orden sus ideas.

—¿Cuánta gente de Quántico ha metido ya en el ajo?

—Sólo dos forenses. Una médico y un informático. Nada más.

—Ya...

—Eran imprescindibles.

—Comprendo. En tal caso, acepto su plan. Yo hablaré con Owen, es lo mejor. Le doy permiso para que usted lo haga con Riley y con Henry.

Price se incorporó y me estrechó la mano. Habíamos sellado un pacto entre caballeros, aunque yo no era un sujeto de fiar. El jefe de policía no es que lo hiciese de golpe, sólo había logrado convencerlo con mi estrategia. Seguiría vigilándome y a la mínima me mandaría de regreso a Washington por *FeDex*, abonando todas las tasas para que el envío fuese urgente.

Convoqué a Jenkins y a Long en el despacho de la primera. Sin tapujos les puse al día de todo, de absolutamente todo. No me guardé nada. Si se la estaban jugando por mí al menos que conociesen bien el terreno que pisaban. Debatimos el asunto de Sanders y la manera de proceder si Long se topaba con algo que despertase sus alarmas. Teníamos vía libre y pude ver en sus rostros que el temor se había disipado de sus mentes y que más que nunca estaban dispuestos a dejarse el pellejo con tal de atrapar al desalmado que había horrorizado la pacífica existencia de los ciudadanos de Montana. Una satisfacción infantil me invadió y apenas pude disimular la emoción que me provocaba ver que aquellas dos personas, a las que sólo un mes antes no conocía de nada, se entregaban a mi causa con la devoción de un místico.

—Venga, Ethan, ¿no te irás a poner a llorar delante de nosotros? —preguntó la comandante, agitando uno de mis brazos con afecto.

—En absoluto. Sólo es que esta situación me ha recordado un hecho del pasado. Sólo es eso —mentí, fingiendo haberme recuperado usando un viejo truco que funcionaba en circunstancias como aquella: hacerme cosquillas con la punta de la lengua en el paladar. Mi madre me lo había enseñado de pequeño. Servía lo mismo para evitar derramas unas lágrimas como para detener un estornudo en un momento inoportuno.

—No me timas. Seré un novato, pero he aprendido a detectar las emociones —dijo Long—. Los psicópatas no tienen, las fingen. Pero tú, aunque eres un poco raro, no me engañas. Nos has cogido cariño, aunque te cueste reconocerlo.

El detective sonreía, henchido de orgullo. Asentí y como si estuviera en mitad de una de esas misas a las que solía acudir mi madre, confiando en que alguna deidad le reservase tras la muerte un lugar junto a mi padre, me abracé a Jenkins y a Long. Sólo deseaba transmitirles fuerza y confianza. Todos la necesitábamos.

Dejamos a un lado las lágrimas y los achuchones y nos organizamos un poco. Long tendría al menos la mañana despejada para hurgar más a fondo en los secretos de Sanders, pues estaría ocupado en las oficinas, y ya por la tarde se dedicaría a Gibson. Jenkins y yo iríamos en primer lugar a buscar a Butler y después nos las veríamos con Sullivan.

—Henry, ante cualquier cosa o duda que te surja me das un telefonazo. Sobre todo lleva mucho cuidado con todo lo relativo a Sanders. Estamos cerca de atrapar a un asesino en serie y os puedo asegurar, por experiencia, que cuando los tienes contra las cuerdas no se andan con remilgos.

—Me las veo a diario con desgraciados que apalean a sus esposas o a sus novias. Sé defenderme y sé cuándo hay que salir por piernas y solicitar apoyo de otros compañeros —replicó Long, con determinación.

—Estupendo —dije, simulando que le lanzaba un directo contra el mentón.

Nos despedimos y me fui con Jenkins en su coche. Tomamos Broadway Street hasta el cruce con la Avenida Park, por la que subimos hacia el norte, dejando a la izquierda mi hotel, un pequeño trecho. Al alcanzar Lawrence Street giramos a la derecha y la comandante aparcó delante de una casa enorme de dos alturas que apenas disponía de jardín. Pero en él habían colocado un banco de madera y una pequeña zona de atracciones infantiles de plástico.

—El tipo ha sabido aprovechar el terreno.

—¿Es legal en esta ciudad haber dejado tan poco espacio verde?

—Ni idea. Imagino que sí —respondió Jenkins, encogiéndose de hombros y dándome a entender que ese no era su cometido.

—Por cierto, ¿habías quedado ya con él?

—No. Pero trabaja desde casa. Lo mismo tenemos mala suerte y no lo pillamos.

En ese instante, como un imbécil, me di cuenta tarde de lo próximo que estaba el domicilio de Butler de mi hotel. Recordé las palabras de mi colega Mark, sugiriendo que quizá me había cruzado con el asesino y ni me había dado cuenta.

—Vale. No perdamos más tiempo. Tú llevas la voz cantante.

—¿Yo? —inquirió Jenkins, asombrada.

—Sí, es mucho mejor. Analizaré sus reacciones y cuando considere, si es preciso, intervendré.

—Fabuloso, Ethan. Ahora tienes treinta segundos para explicarme qué narices le pregunto a este tipo.

—Confía en tu instinto —repliqué, sonriente.

La fortuna se puso de nuestro lado y el señor Butler estaba en casa. Los niños se encontraban en el colegio y su esposa en la otra punta de la ciudad, atendiendo un negocio familiar relacionado con el ganado.

La comandante supo, tal y como había imaginado, manejar con tacto y astucia la situación. Usó el viejo truco de encuentro rutinario y comenzó a explicarle de una manera vaga que investigábamos los asesinatos de cinco jóvenes. Isaac Butler admitió estar al tanto de aquellos trágicos sucesos y se mostró dispuesto a cooperar en lo que hiciese falta, sin necesidad de recurrir a un abogado. Tampoco lo estábamos acusando de nada.

Mientras Jenkins y aquel hombre conversaban me fijé en sus manos con disimulo. Cicatrices, marcas y alguna extraña protuberancia saltaban a la vista. No era agradable y uno podía llegar a imaginarse la pesadilla que de niño había sufrido. Sin embargo yo estaba un poco decepcionado: Butler no era alto, y calculé que debía pesar poco más de 150 libras; estaba muy alejado del sujeto corpulento que manejábamos en el perfil del asesino. También descubrimos que colaboraba con varias asociaciones benéficas y que su empleo, que le permitía pasar el día en su hogar, consistía en realizar campañas de marketing online para grandes compañías. También las hacía, gratis, para entidades sin ánimo de lucro y clubes deportivos con escasos recursos e implicados en la ayuda a niños necesitados o con problemas de adaptación.

—Yo tuve una infancia dura. Sé lo que es pasar por eso. Ahora que tengo la suerte de vivir de una manera holgada estoy obligado a colaborar. No soy ningún santo. Lo considero un deber —murmuró Butler, mirando primero a Jenkins y después a mí.

La conversación siguió. Negó conocer a las chicas y no recordaba qué hacía en los días en los que desaparecieron. Fue en busca de su agenda y se limitó a decir que lo más probable es que se hallase trabajando allí, en su hogar. Hablaba con un ritmo pausado y tranquilo. Ese proceder me escamaba un poco, pero todo lo demás me conducía a descartarlo. Los psicópatas son gente que tienen anulada la empatía, que ven al resto de seres humanos, incluyendo a sus propios familiares, como objetos que tienen una utilidad o que carecen de interés. No son capaces de meterse en la piel del otro y por tanto no es frecuente que se vinculen con asociaciones cuyo único propósito es ayudar a los demás.

—¿Puedo echar un vistazo a su despacho? —pregunté, después de haber estado con la

boca cerrada durante media hora.

—Por supuesto. No sé si eso significa que tengo que comenzar a preocuparme —respondió, distendido, el señor Butler.

—En absoluto. Sólo debo cumplir con mi obligación. Estamos acabando ya —dije, para apaciguarlo.

Nos guio hasta la planta superior y nos dejó pasar a una estancia maravillosa, en la que no sólo destacaban el orden y la limpieza, también el buen gusto. La mesa de trabajo del señor Butler se hallaba al fondo, junto a una amplia ventana. Sobre ella descansaban varios monitores, un teclado y uno de aquellos antiguos artilugios que las mecanógrafas usaban para fortalecer los dedos.

—Ya no hace falta pulsar las teclas con tanta potencia —dije, señalando el ejercitador a base de muelles.

—Yo no poseo tanta fuerza en algunas falanges y necesito ejercitarlas casi todos los días. Tengo lesiones crónicas. Rémoras de un pasado complicado que aún se dejan notar. Me ayuda a valorar lo que he conseguido y a no olvidar.

Jenkins y yo nos despedimos de Butler, que nos acompañó hasta la puerta de su vivienda con suma cortesía, y, como era costumbre, para evitar ser escuchados por nadie, hasta que no alcanzamos el coche y cerramos las portezuelas no hicimos ningún comentario.

—¿Qué opinas? —inquirió la comandante, aferrándose al volante como si estuviésemos a punto de colisionar con un muro.

—Estoy confuso. Todo me cuadra con el perfil, salvo dos aspectos que tienen su relevancia —contesté, molesto por un incipiente dolor de cabeza.

—Es demasiado enjuto. Calculo que pesará poco más que las víctimas y no creo que estos crímenes sean obra de dos sujetos.

—Sí, exacto Riley. Ese es uno de los motivos. El otro es más... sutil.

—Tú eres el experto y el psicólogo. Te escucho.

—¿No te ha parecido un tanto emotivo?

—Sí. Con el lastre que lleva encima como para no serlo. Para mí eso no significa nada.

—Ayuda a la comunidad y he podido detectar, o al menos eso he creído, emociones sinceras en la expresión de su rostro. Buscamos a un psicópata. Los psicópatas no actúan de esa manera.

—Quizá este haya aprendido bien la lección y sepa disfrazar su psicopatía.

—Sí y no.

—¿Me quieres volver loca?

—Los psicópatas son unos mentirosos compulsivos, pero aprenden poco de la experiencia. Y lo que tú sugieres es justo lo contrario: que ha sabido adaptarse conforme han pasado los años.

—Mira, Ethan, te invito a comer, seguimos con la charla y nos vamos a por Benjamin

Sullivan. Mi cerebro está necesitado de glucosa y me lo acabas de dejar exhausto. Mientras Jenkins y yo almorzábamos en un mísero restaurante con un menú de 12 dólares que bien podía venderse por la mitad, me dediqué a realizar llamadas a Long, a la oficina del sheriff de Great Falls, a Sanders —aunque me costase horrores mantener las formas— y al jefe Price. Aquella jornada trabajábamos a muchas bandas y en paralelo, de modo que necesitaba estar al tanto de lo que sucedía en cada lugar.

—¡Mierda! —exclamé, dejando sobre mi plato algo que parecía una albóndiga de carne pero que sabía a puré de patatas rancio.

—¿Qué bicho te ha picado ahora?

—Todos tienen al culpable. Es maravilloso...

—Escupe y luego te dedicas a maldecir y a soltar tacos. A ver si de verdad están en lo cierto y esto es como *Asesinato en el Orient Express*.

—¿Otra serie? —pregunté, desquiciado.

—No, una novela de Agatha Christie. Es imposible que no la hayas leído.

—Pues no, ni siquiera me suena.

—No ves series policíacas, ni documentales sobre crímenes, ni lees novelas del género... No tengo ni idea de cómo te las arreglas.

—Riley, es ficción, pura basura. Y los documentales me sobran. Me paso toda la semana analizando fotografías que ponen los pelos de punta al tipo más duro y leyendo expedientes de casos reales, redactados por agentes de policía de verdad que detallan homicidios que han acabado con la vida de gente de carne y hueso. No me quedan ganas para encender la televisión por la noche y cabrearme porque las cosas no funcionan como las cuentan. Lo intenté y me dieron ganas de tirar a la basura mi aparato.

—Está bien, se acabó la polémica. Ponme al día.

—James Watson no ha sabido explicar los motivos por los que en un par de ocasiones algunas clientas se quejaron de que les había sujetado las manos con fuerza y después, delante del agente, ha sufrido un ataque de pánico y han tenido que trasladarlo al hospital y ahora mismo se encuentra sedado.

—¡Joder!

—Sanders y tu chico han descubierto que Koda Smith durante una buena temporada llevó impreso en una camiseta que no se quitaba ni para dormir el símbolo aborigen de la felicidad, el mismo que el asesino dibuja en la espalda de las víctimas. Puede no representar nada, pero ya es casualidad. Para Owen es una evidencia más que sólida. Ya sabes que según su punto de vista esto es obra de un nativo americano.

—Sí. Es lo que ha sostenido desde el primer día. Y no lo vamos a sacar de ahí.

—Y ahora viene lo mejor, aunque estoy un poco cabreado.

—¿Con Henry?

—Sí. Es verdad que es un pipiolo y que le falta experiencia para realizar determinadas pesquisas.

—Cuenta...

—Se ha enterado de que Sanders entre 2014 y 2015 estuvo asistiendo a un gimnasio. Se ha visto con su entrenador, que le formó en técnicas de defensa personal. Le ha preguntado, sin más, si le enseñó a realizar la *Anestesia previa de Brouardel*.

—Vaya. Es todo talento, pero no conoce la palabra *precaución*. Ya imagino la respuesta —musitó Jenkins, llevándose la mano derecha a la frente, acongojada.

—Pues que sí. Que se empeñó mucho en ejecutarla a la perfección porque según su opinión podía salvarle la vida en una situación comprometida. Y aprendió a realizarla con maestría.

La comandante decidió que también había llegado la hora de apartar la comida, que a ella parecía encantarle, y centrarse en el cúmulo de datos que habíamos recopilado en apenas unos minutos.

—Sólo son indicios, Ethan. Y todos tienen motivos para pensar que han dado un paso adelante importante. Pero nosotros, aquí, tenemos que mantener la sangre fría.

—Riley, estamos tan cerca...

—O tan lejos.

—No. Sé que estamos cerca. Cuando comienza esta locura, cuando todo el mundo empieza a parecer culpable, es que estás acariciando la verdad.

—Tú eres abstemio, ¿verdad?

Jenkins me observaba como si fuese un extraterrestre que acabase de llegar de una lejana galaxia y se hubiese sentado delante de ella, hablando un perfecto inglés americano.

—Sí. Bueno, de vez en cuando me tomo una *Budweiser*, pero es una historia muy larga

—respondí, eludiendo tener que hablar de mi padre.

—Pues ahora pareces un filósofo chiflado y ebrio. Me cuesta seguirte, Ethan.

La comandante sabía lo que se decía, pero yo también. Ella llevaba toda la vida investigando delitos menores, salvo algún homicidio que rompía su rutina. Yo, por el contrario, desde el comienzo de mi carrera en el FBI sólo investigaba asesinatos. Otros colegas de mi unidad trataban secuestros, violaciones, trata de personas, terrorismo y otros actos violentos. Yo no. Yo me había convertido en un experto dentro de una unidad ya de por sí especializada. Era lo que Warthon había visto en mí casi desde el principio, al poco tiempo de convertirse en mi superior.

—Tampoco me prestes mucha atención. De vez en cuando es lo mejor —reconocí.

—Esa chica tuya tiene que valer mucho la pena. Cuídala, chico. Hazme caso.

Eso me recordó no sólo que Liz estaba trabajando en el caso, también que Mark se suponía que estaba hackeando decenas de ordenadores de manera ilegal para ver si daba con algo de interés.

—Seguro. Al menos lo intento.

—¿Nos vamos a ver a Benjamin Sullivan?

—Un segundo. Sólo quiero consultar el correo. En Quántico también nos está

echando una mano y tengo que comprobar si hay progresos.

En efecto tenía mails de los dos. Mark me comentaba que Sanders, Watson y Gibson habían alquilado y visionado en algún momento la famosa serie *True Detective*. El que lo había hecho en un momento más próximo al primer crimen había sido Gibson, de modo que era al que más podía haber influenciado aquella puesta en escena del cadáver tan singular. Finalizaba su mensaje con un saludo escueto y con un *siglo trabajando*. Liz, por su parte, había analizado de todas las formas posibles las huellas que el asesino había dejado en el cuello de las víctimas. Su conclusión era que el individuo, debido a la diferente intensidad de las equimosis relacionadas con las yemas de los dedos, tenía alguna malformación o disfunción en las falanges. No me quedó más remedio que telefonarla.

—No comprendo nada. Tengo aquí tu mensaje y no concretas. Tenemos sospechosos a los que les han amputado falanges, a los que se las han retorcido o que tienen alguna discapacidad. Necesito que seas más precisa —supliqué a mi compañera, casi sin darle tiempo a que me saludara.

—Eso quisiera yo también. Pero no es sencillo. Ethan, no presenta un patrón idéntico en cada uno de los estrangulamientos.

—¿Cómo? ¿Estás sugiriendo que tenemos a cinco asesinos distintos?

—No, en absoluto. Es siempre el mismo sujeto, al menos me jugaría el puesto por ello. Sólo creo que tiene una fuerza descomunal; pero que ya sea debido a su malformación, ya sea porque lo hace con la intención de volvernos locos... nunca asfixia a las chicas de la misma forma.

Capítulo XXIII

Jenkins conducía hacia el norte, hacia las afueras de la ciudad, mientras mi cabeza amenazaba con explotar. Demasiada información en un lapso de tiempo muy breve. Tenía que procesarla y ordenarla, y no resultaba sencillo hacerlo con aquel estrés.

—¿Sigues convencido de que estamos cerca de dar con el culpable? —preguntó la comandante, en un tono suave que trataba de no alterarme más aún.

—Sí, Riley. Es una punzada en la boca del estómago. Estoy seguro.

—¿No serás adivino?

Jenkins se partía de la risa, y en parte me contagiaba su humor transparente y sin dobleces, tan necesario en determinadas circunstancias. Añorar al bueno de Tom resultaba imposible.

—No creo en patrañas. Y, te pido disculpas, ya sabes que tampoco en ninguna deidad. Este dolor no es debido a ningún poder paranormal, es la forma que tiene mi cuerpo de somatizar la ansiedad que me provoca tener tan próxima la verdad y no ser capaz de verla. Me siento como un idiota.

—A veces hablas como un genio, otras como chiflado, de vez en cuando como un intelectual raro y, con frecuencia, como si fueras todo eso al mismo tiempo.

—Gracias —repliqué, forzando una sonrisa.

Llegamos casi al final de la Avenida Montana. Tomamos Lincoln Road y recorrimos apenas media milla. Aquello ya no era ni ciudad ni pueblo: campos y campos salpicados de casas pintadas de diversas tonalidades de azul o rojo. La comandante aparcó delante de una que tenía un terreno muy extenso, cercado, pero cuya tierra estéril estaba agrietada y congelada.

—Este es el hogar de la señora Sullivan. En principio Benjamin nos espera en la parte de atrás, donde tiene el cuchitril ese en el que malvive.

Rodeamos la vivienda. Tuve la impresión de que alguien nos observaba desde alguna ventana, pero no atisbé ningún rostro tras los cristales. Cuando alcanzamos la parte posterior de la casa encontramos a «*el predicador*» sentado encima de una piedra, vestido de un modo estafalario y demasiado ligero para el frío que hacía; además en aquella zona el viento pega con fuerza y la sensación térmica era aún peor de lo que marcaban los termómetros.

Al vernos se incorporó y se acercó caminando despacio. Lo hacía de un modo extraño, tal y como me habían descrito. Nos tendió la mano derecha para saludarnos. En la izquierda llevaba bien sujeta una gastada Biblia; pude percibir que debía tener muchos años, pero que era una edición de calidad, con el corte del papel rematado

con pan de oro y tapas de piel gruesa bien tratada.

—Hola comandante, hola señor agente —dijo, de un modo inocente, como lo hubiera hecho un niño.

—¿Paseamos, Benjamin? —preguntó Jenkins, indicándole un camino que en otro tiempo debió de usarse para que por él circularan tractores y recolectoras.

El joven asintió. Pese a su aspecto desaliñado tenía un rostro agradable, y aparentaba menos de los 25 años que contaba.

—Bonito libro —señalé, para romper el hielo.

—Es un regalo de mi padre. Era su Biblia. Ahora la llevo a casi todas partes conmigo. Mi padre está en el cielo y pronto voy a reunirme con él. ¿Está su padre en el cielo, agente?

No estaba al tanto de cuánta información poseía Sullivan respecto a mi persona, pero la pregunta me dejó noqueado. No advertí mala intención en el chico, de modo que le respondí con naturalidad.

—No lo sé, Benjamin. No creo mucho en esas cosas. Pero como tú, también perdí a mi padre hace unos años.

—Debería leer la Biblia. La gente no lee la Biblia. Eso está mal. Si la gente leyera más la Biblia todo el mundo sería bueno y no sucederían cosas terribles.

Era imposible que *el predicador* estuviese simulando. Andaba y movía los brazos como uno de aquellos primeros robots, que parecían torpes. Su mirada era un tanto esquiva, pero limpia. Un tipo así podía desde luego ser un asesino, pero no uno organizado. Era incapaz de imaginármelo poniéndose unos guantes de látex, amputando con esmero las manos de las jóvenes, colocando con sumo cuidado los cuerpos de sus víctimas, trazando un misterioso símbolo en sus espaldas y, sobre todo, evitando dejar ni una sola prueba en las escenas del crimen.

—Benjamin, yo sí leo la Biblia, y eso está muy bien. A mí me consuela —intervino Jenkins, con decisión—. Pero no hemos venido a visitarte para hablar de eso. Seré directa: apareces fotografiado en varios funerales de las jóvenes que han sido asesinadas por los condados de alrededor en el último año.

Sullivan agitó la cabeza, como si intentase retener una idea, y después alzó la mano con la que sostenía la Biblia.

—Conocía a esas pobres chicas. Visitaba de vez en cuando las iglesias en las que solían rezar. Cada vez que me enteraba, por mi madre o por las mujeres a las que realizo encargos, que uno de ellas iba a recibir santa sepultura creía que era mi obligación, como muy buen cristiano, acudir para desearles lo mejor en su viaje hacia el encuentro con nuestro Señor. ¿Hay algo de malo en eso?

Mientras *el predicador* hablaba yo ya estaba con la mente en otro lado, manejando suposiciones y manteniendo con esmero el terrible dolor de cabeza que me atormentaba. Casi había desconectado y mi vista se perdía en el horizonte, donde a lo lejos se adivinaban conjuntos montañosos con las cumbres nevadas.

—Sólo resulta muy chocante, Benjamin. Es una casualidad que llama la atención — respondió la comandante.

Sullivan dio unos pasos titubeantes hacia atrás, apartándose de nosotros. Su expresión había cambiado: estaba asustado.

—No estarán pensando que yo maté a esas pobres chicas. No estarán pensando eso de mí.

—Tenemos que descartarte. Hay un montón de sospechosos, Benjamin, y nuestra obligación es ir tachando nombres.

El predicador se arrodilló en la tierra marchita y arenosa que ya nadie se molestaba en cuidar y comenzó a rezar en voz baja. Apretaba la Biblia contra su frente, tapándose el rostro.

—Riley, será mejor que nos larguemos de aquí y volvamos al departamento de policía —sugerí.

—¿Estás seguro?

—Sí. No al 100%; pero sí, esto seguro. Aquí sólo perdemos un tiempo que no nos sobra.

Jenkins tomó del brazo a Sullivan y le obligó a incorporarse. Aquel individuo se dejó manejar y enmudeció de súbito.

—Nos vamos, Benjamin. No puedes salir del condado sin avisarme, ¿está claro?

—Sí, comandante. Se lo prometo. Muchas gracias comandante. Agente, se lo prometo. Yo nunca miento. Es pecado. Dios castigará a todos los que mienten. Hoy rezaré por ustedes. Rezaré toda la tarde y toda la noche.

Un viento incómodo se levantó mientras regresábamos al vehículo y algunas partículas de polvo me entraron en los ojos. Al pasar por delante de la fachada del hogar de la señora Sullivan volví a sentirme observado, pero me dolía demasiado la cabeza como para girarla y dedicarme a escudriñar cada una de las ventanas en busca de un fantasma.

La comandante tomó la Avenida Montana en dirección sur y encendió la radio, comprendiendo que no tenía ganas de cháchara. Sonó una canción de *The Killers*, su primer sencillo, *Somebody told me*, que cuando era joven me encantaba. Pero habían pasado más de diez años y en aquel momento me resultaba ridícula y gastada.

—No puede ser este desgraciado —musité.

Jenkins captó la indirecta y apagó de inmediato la radio. En el fondo lo había hecho por mí, de modo que si estaba dispuesto a hablar mejor hacerlo sin banda sonora de fondo.

—Yo albergo mis dudas.

—¿Por un cuchitril apestoso y unas cuantas fotografías?

—Hay mucho más, Ethan, y lo sabes.

—Tienes razón, Riley. Pero es que ha sido verlo y conversar tres minutos con él y darme cuenta de que no es el tipo que buscamos. Si Sullivan algún día se dedica a

matar a diestro y siniestro no tardaréis más de dos años en dar con él, será pan comido y en menos de un mes estará entre rejas.

—Cuando haces esos comentarios nos ofendes. Me ofendes a mí y a todos los que llevamos meses y meses trabajando en el caso.

—No es mi intención. Te pido disculpas.

—Me haces sentir como una incompetente, Ethan.

—Riley, vales mucho. Aquí estoy contigo, y no es por casualidad. Y lo que hacía era formular una hipótesis. He dicho que pillar a Sullivan, en el caso de que algún día pierda más la cabeza y le dé por ahí, será sencillo. Atrapar al miserable que ha asesinado a cinco jóvenes es jodido, muy jodido. Es listo e inteligente, y está integrado y tiene la capacidad de seducir y de manipular. No os estoy haciendo de menos. Al contrario, considero que habéis realizado un gran trabajo. Apenas contáis con recursos.

—Para eso llegaste tú.

—Yo llegué porque me lo pidió una reportera de la CBS. Y más adelante porque mi jefe convenció al tuyo. Eso es algo que me tiene obsesionado.

—¿Sospechas del jefe Price también?

—No. De Sanders. Y creo que Price de alguna manera coincide conmigo. Quizá quiera protegerlo. Quizá sólo desee estar convencido del todo, evitar meter la pata y con ello destrozarse la vida de un detective inocente al que conoce desde hace muchos años.

La comandante agitó la cabeza. Ya estábamos llegando al departamento de policía y desaceleró, como si deseara que nuestra conversación se prolongase en aquel estrecho ámbito de intimidad. Un zumbido de mi Smartphone me alertó de que tenía un mail de Mark. En efecto, seguía esforzándose y había dado con algo más que interesante. Isaac Butler encriptaba gran parte de sus conexiones, usando programas muy robustos, algunos hasta desconocidos para mi gran genio de la informática en Quántico. Podía significar mucho o podía ser sólo una medida de seguridad por motivos profesionales. En el mundo del marketing online el espionaje era algo habitual y los expertos tomaban precauciones.

—¿Qué ha pasado?

—Butler. Codifica muchas de sus conexiones y mi colega del FBI no puede acceder a ellas.

—Huele mal.

—Sí, bastante. Pero hay una explicación: su empleo exige en ocasiones adoptar medidas de esta índole. Si Mark no *revienta* alguna de esas conexiones encriptadas para descubrir que se esconde tras ellas sólo es una evidencia poco consistente.

—¿Revienta?

—Lograr descifrar el código que las protege. Es una forma de hablar. Tampoco creas que yo manejo muy bien la jerga de los informáticos y de los hackers.

Nada más entrar en el departamento de policía fuimos en busca del jefe Price, más por una cuestión de educación que por otra cosa. Deseaba que comprobase que me estaba ciñendo a las reglas.

Estuvimos comentándole todo lo que sabíamos mientras él volvía a jugar con su bolígrafo. Me faltó poco para meterle un diazepam en la boca e indicarle que era una manera más efectiva de calmar la ansiedad.

—Veo que está descartando sospechosos, agente Bush.

—No del todo. Ya me he llevado alguna sorpresa antaño, pero con este modus operandi tan singular es complicado meter la pata con algunos individuos.

—¿Han hablado con Henry?

—No, ¿está en su despacho? —respondió Jenkins, formulando a su vez una pregunta.

—Sí, hace un rato. Parece enojado. No he deseado atosigarlo. Es un buen muchacho...

—Ahora mismo vamos a hablar con él —dije, con determinación.

—¿Sabéis lo del jaleo que se ha montado en Great Falls? —inquirió Price, meneando la cabeza.

—Sí, los hemos telefoneado —contestó la comandante.

—He conversado un rato con Dan, el sheriff. Es un buen amigo. No sé, me comenta que debería ir usted de nuevo por allí. Ese Watson no es normal. Mañana mismo podría acercarse otra vez con Sanders. Ahora sigue sedado, pero quizá lo pillemos con la guardia baja.

—No creo que sea él.

—Agente Bush, ese tipo tiene 35 años, trabaja en una hamburguesería, vive con su madre y tiene una habitación repleta de manos. Owen me dijo que dan ganas de vomitar. Y ahora descubrimos, casi por casualidad, que ha tenido por lo menos un par de incidentes con dos mujeres.

—Por eso no es él —repliqué, en un tono áspero.

—¿Cómo?

—Me recuerda un poco al chiflado de Benjamin Sullivan, sólo que James Watson tiene diez años más; es decir, es más inmaduro. Si fuera nuestro hombre lo hubieran atrapado casi desde un principio. Quizá no tras el primer asesinato, pero seguro después del segundo.

—Hay individuos que se camuflan muy bien con el resto de la comunidad.

—Es cierto, pero tienen un cociente intelectual por encima de media y bastantes habilidades sociales. Watson es como un niño grande, que además arrastra un trauma gigantesco que le ha destrozado la vida.

El jefe Price no quiso discutir más y sólo nos comentó que Sanders iría al día siguiente, conmigo o sin mí, a Great Falls. Había que indagar más a fondo a Watson, me pusiese yo como me pusiese.

Fuimos en busca de Long, que estaba recostado en su silla y que silbaba alguna melodía con bastante desatino. Estaba como ido.

—¿Qué ha pasado, Henry? —preguntó Jenkins, preocupada.

—He metido la pata por segunda vez el mismo día. Me creo un superhéroe y no soy más que un manazas. Me está bien empleado.

—No te des tanta lástima y mejor te explicas —dije, agitándole con suavidad los hombros.

—Gibson me ha pillado en su casa, como si fuera un vulgar ratero.

—¡Qué! —exclamé, desquiciado.

—Sí, bueno. Tenía que jugármela. Meterme en su vivienda me pareció una idea genial. Ya había funcionado antes. Pero no calculé los horarios. O quizá ese malnacido modificó sus costumbres.

—Bueno, tranquilos. ¿Qué ha sucedido?

—Apenas llevaba un rato en la casa. Tiene un sótano asqueroso y consideré que allí había algo seguro. Encontré guantes de látex, como los que yo mismo llevaba, y dos rollos de cinta de embalar negra. También un arcón congelador, pero está cerrado con un candado. Ya tenía el corazón a doscientas pulsaciones cuando de repente ese tipo me habla justo a la espalda y me pregunta que qué demonios hago en su propiedad.

—¡Mierda! —proferí—. Y después, ¿qué ha pasado después?

—Pues nada. He salido corriendo, como un ladronzuelo al que han pillado con las manos en la masa. No he tenido tiempo para pensar. Sólo instinto. He venido directo hacia aquí y me he sentado a esperar vuestra llegada.

—Henry, ¿te ha reconocido? —inquirió la comandante, agitando las manos, como si pudiera espantar el pánico que flotaba en el aire.

—No tengo ni idea. Creo que no. Pero Helena es una ciudad pequeña. También estaba muy oscuro. Lo mismo en un rato recibimos un aviso de allanamiento de morada por parte de un tal Wyatt Gibson. Sería el remate disparatado a un día de locos.

—Confiemos en la suerte —murmuré, afectado—. Imagino que no habrás dejado huellas u otras evidencias.

—No, no creo. Llevaba guantes, que he quemado por si las moscas. Tenía una linterna y no se me ha caído al suelo. Y el teléfono lo había dejado aquí, en mi despacho, para que nadie pudiera localizarme. Ethan, ni siquiera llevaba mi identificación. Ese tipo podía haberme pegado un tiro y ahora mismo estaría tomándose una cerveza tan tranquilo en el porche de su casa.

—¿Y los zapatos?

—Me los he secado bien, pero seguro que hay huellas en sótano. Allí había una capa de polvo de una pulgada. Al salir también habré dejado un rastro. Es lo que más me agobia.

—Pues haces como con los guantes. Los quemas con gasolina esta misma noche y los tiras en un cubo de basura a cincuenta millas —dije, sin que me temblara el pulso.

—Parecemos una panda de mafiosos —murmuró Jenkins, desolada.

Iba a decirle que en ocasiones el fin justifica los medios, pero antes de poder hablar

el zumbido de mi teléfono me interrumpió. Era Liz. Apenas invertí una fracción de segundo en descolgar.

—¿Sucede algo?

—No, Ethan. Si te refieres a nuestro pequeño, no ha pasado nada.

—Sí, a eso me refería. Lo demás importa poco —dije, reconfortado al escuchar la suave voz de mi compañera.

—Creo que tampoco vas a dar brincos de alegría.

—¿Has descubierto algo importante?

—Sí. Esa carta que me enviaste. Hay ADN. Una gota de sudor, qué memez, justo encima de una de las letras pegadas al papel, nos ha permitido relacionar la misiva con un sujeto.

Pensé de inmediato en ese sudor frío que se genera cuando los nervios están a flor de piel. Ni te enteras. Y va una maldita y mísera gota y te la juega. No creía en el karma, pero de vez en cuando me gustaba imaginar que existía.

—¡Genial!

—No, Ethan. La has jodido, como tantas veces. No vale para un juicio. Tú vas a tu aire, y ni cadena de custodia, ni informar a tu superior, ni al jefe de policía, ¡ni leches!

Liz estaba enfadada de verdad. Ella era el ejemplo más extraordinario y sobresaliente de lo que debe ser una forense profesional. Yo era un agente especial de la Unidad de Análisis de Conducta consentido, mimado y al que al final, con la ayuda de decenas de personas, lograba encajar las piezas. Admiraba esa parte de mí, pero detestaba la otra.

—Liz, andamos por aquí un poco nerviosos. Ha sido una jornada bastante dura. Te prometo aguantar la regañina cuando esté de vuelta en Washington, pero te suplico que me des ese nombre. Ya me apañaré para que no haga falta esa prueba en el juicio.

—Sólo quieres el nombre y seguir entreteniéndote con tu mente, para encontrar un camino distinto, un modo genial y brillante de encajar las piezas.

—Exacto —concedí.

Mi compañera hizo una pausa. Estaba embarazada y yo no podía alterarla. Lo mejor para ambos era aplazar la discusión para cuando todo estuviese arreglado. Oí un suave lamento, ininteligible, y después un nombre, pronunciado con claridad.

—Owen Sanders.

Capítulo XXIV

Lo malo de jugar con las pruebas es que no puedes salir con ellas agitándolas en la mano y gritando como un descosido: «¡*Lo tengo, al fin lo tengo!*!». Yo era experto en manejarme en aquellas circunstancias, pese a que sólo faltasen unos días para mi 33º cumpleaños. Había forjado *mi método*, saltándome todas las normas, reglas y convencionalismos posibles, y como me funcionaba no estaba dispuesto a variarlo. Sin embargo tener el material genético de Sanders en un folio amenazador, dirigido a una famosa periodista, y que contenía información que sólo el asesino y los implicados en la investigación conocíamos... no servía casi para nada. Salvo para mi manera de plantear los casos: un juego en el que todo vale con tal de atrapar al culpable. Luego que los demás se apañen buscando pruebas concluyentes y material para que la fiscalía realice un trabajo decente frente al jurado. Me sentía ajeno a todo aquello, como si nada tuviese que ver conmigo. Aquella actitud puso en peligro la vida de mucha gente, aunque también, siendo objetivo, salvó la de otros muchos. Pero en absoluto me siento orgulloso de mi comportamiento. Sólo conocía un camino, y lo seguía, impulsado por el instinto, por los éxitos precedentes y por toda la formación que había recibido. A los miembros de la Unidad de Análisis de Conducta, al contrario que a los detectives, agentes o investigadores, no nos sermoneaban constantemente con los protocolos. Se suponía que veníamos de serie con ellos injertados en el hipotálamo. Y, la verdad, así era en el 99,99% de las ocasiones. Me quedé a solas hasta bastante tarde con Jenkins. Cuando calculé que ya no habría casi nadie en el departamento de policía le confesé el descubrimiento de Liz. La comandante no pareció sorprendida, aunque sí le picaba la curiosidad.

—Eso no significa que Owen sea el culpable, Ethan.

—Lo sé. Además, tampoco nos vale como prueba. Pero es un suma y sigue.

—Pero, ¿cómo ha logrado cotejar el ADN tu colega de Quántico?

—Tú deberías saberlo mejor que nadie. Sanders está fichado —respondí, en un tono que Jenkins no merecía.

—¿Fichado? —preguntó ella, obnubilada.

—Sí. Tuvo un altercado con un individuo hace unos años, en un local de mala muerte a las afueras de Billings. Se denunciaron mutuamente y se le abrió una ficha.

—¿Con su ADN?

—Se habían peleado varias personas y fue preciso tomar muestras. Todo eso está por ahí en algún informe. Si Liz le ha podido echar un vistazo seguro que tú desde ese ordenador —dije, señalando la pantalla del suyo— también puedes hacerlo.

—O no.

—¿Cómo?

—El jefe Price puede haberle hecho un favor. Sé que no vemos todo lo que hay. Dame un segundo.

La comandante se volcó sobre el teclado de su ordenador y tardó tres minutos en soltar una carcajada, aunque no denotaba alegría.

—¿Restrungido? —inquirí, sin inmutarme.

—Eso supongo. Desde aquí no veo nada. Owen para mí está más limpio que las llantas del coche favorito de un millonario.

—No te cabrees.

—No tengo tiempo para eso. Y sé que el jefe Price no lo hizo con mala intención. Haría lo mismo por mí. Es como un padre.

Puede que Jenkins tuviese razón. Y yo, desde luego, era el menos indicado para dar lecciones de ética.

—Perfecto. Será mejor que antes de irnos a dormir indagemos un rato en los tres sospechosos.

—¿Tres? Se supone que trabajamos con una lista de seis, que tú mismo has confeccionado.

—Sí, Riley, pero ya ha menguado. Hoy hemos conseguido que se quede en tres. En ese sentido podemos considerar que ha sido un gran día.

—No quiero jugar a las adivinanzas, aunque me juego mi tarro de maquillaje más caro a que acertaría de lleno.

—Riley, ¿te maquillas?

—Es una frase hecha, Ethan. Aunque bueno, un par de veces al año sí que me emplasto la cara con esos mejunjes.

—Sanders, Butler y Gibson.

La comandante se apartó un mechón que le molestaba y me miró un rato, en silencio, escrutándome con sosiego.

—Fuera Smith. Fuera Sullivan. Fuera Watson.

—Es lo que opino.

—Y todo por su capacidad intelectual...

—No sólo. Es un cuadro general. También las habilidades sociales entran en juego. Y la manera de expresarse.

—Mañana deberíamos ir a visitar a Gibson.

—Sí, pero a primera hora de la tarde. Ya le va a mosquear nuestra aparición bastante, pero no deseo que lo relacione con el incidente de Henry sin al menos obligarle a pensar un poco.

A la una de la madrugada Jenkins me dejaba en la puerta de mi hotel y salía, como de costumbre, a toda velocidad en busca de su hogar. Me dieron ganas de acompañarla, de dormir aquella noche en su casa, aunque fuese en un sofá incómodo o tirado en el

suelo, encima de una moqueta o de una alfombra con motivos navideños. Comprendí mejor que nunca a Clarice Brown y su petición de quedarse en mi habitación.

Capítulo XXV

Al contrario de lo que suponía, nada más llegar a la cama me quedé dormido, vestido con el traje de chaqueta. Ni recuerdo cómo me acosté, pero sí que me desperté poco después de las seis de la mañana, fresco y con ganas de comerme todo el estado de Montana si hacía falta.

Aún apenas había amanecido y pese a ello me puse la ropa de correr y me calcé mis New Balance y salí a rodar con ganas por las calles, antes de darme una ducha caliente.

Nevaba con fuerza en Helena. La ciudad se desperezaba y ya un manto blanco cubría las copas de los árboles, los tejados y las aceras. Yo iba con poca ropa y el frío me despabiló de inmediato y puso mi mente a carburar, como un motor de competición bien afinado.

Cuando regresé, apenas media hora más tarde, bajo la alcachofa que escupía agua hirviendo, repasé todo lo acontecido desde mi llegada y sentí que era el día clave, que daríamos con el maldito asesino de aquellas cinco jóvenes.

Al llegar al departamento de policía me encontré con una cantidad inusitada de agentes. Parecería que no era el único que había sentido un palpito. Según me comentó Jenkins, en la intimidad de su despacho, el jefe Price había convocado a policías de todos los condados implicados en la investigación para que realizasen un esfuerzo extra.

—En breve te llamaré para mantener una charla contigo, Ethan —me advirtió la comandante.

—No sé ni cómo debo actuar...

—Ni menciones a Sanders de momento. No tienes nada, y lo que menos deseo en este instante es tener que despedirte en el aeropuerto acompañada sólo por Henry. Aquí al resto de la gente le resultas un incordio, no hace falta que te lo repita mil veces.

Asentí y le regalé una sonrisa. Jenkins me miró perpleja, como si yo no hubiera comprendido nada de lo que me acababa de decir.

—Hoy va a ser un gran día, Riley. Lo percibo. Quizá Price también. Por cierto hablando de Henry, ¿dónde se encuentra?

La comandante meneó la cabeza. No me gustó el gesto y fruncí el ceño.

—Has llegado temprano, pero ya ves que hoy todo el mundo ha madrugado. Mi ayudante, que sigue escarbando como topo inquieto, ha encontrado algo sobre Gibson y Henry ha salido disparado a indagar por su cuenta.

—¡Mierda! Ayer casi la fastidia, si es que no lo hizo del todo, y hoy se larga sin

más...

Me enojaba que Long, al que desde luego me unían aspectos del carácter, se tomase tantas libertades. Me puse en el lugar de mi superior, Peter Warthon, y consideré que era un milagro que yo siguiese formando parte del FBI.

—Por eso. Quiere enmendar su error. Me ha dicho que luego nos contará, pero que no podía perder tiempo. Quizá hay una vida en juego.

—O quizá estemos permitiendo que Wyatt Gibson se escape y desaparezca para siempre del mapa —dije, golpeando una de las paredes con rabia—. En fin, ¿qué narices es eso tan relevante que habéis descubierto sobre él?

—Le diagnosticaron, hace más de una década, quirofobia. A mí, si no llega a ser por ti, jamás se me hubiera ocurrido rastrear cosas tan extrañas. Y menos algo tan ridículo como que un sujeto sienta pavor de las manos.

—Tenemos que ir a visitar a Gibson.

—Ese era el plan.

—¿Era?

—No sé, se suponía que lo haríamos por la tarde. Además, Price te va a llamar a su despacho y esto es un hormiguero de agentes, ya lo ves. Si te soy sincera, Ethan, no tengo la menor idea de qué tengo que hacer esta mañana.

—Acompañarme. No me voy a quedar esperando a que Price se decida a darme un toque.

—Luego no te quejes de que el chico se tome licencias sin encomendarse a nadie. Está claro que ha visto en ti a un referente y desea parecerse un poco.

Jenkins recogió lo necesario, anotó la dirección de Gibson en un papel y me sacó a empujones de su despacho. Echaba mucho de menos a Tom, pero la tenía a ella, a mi lado, de mi parte, jugándose el puesto sin condiciones y sin alharacas.

—Gracias, Riley —musité.

—Calla y camina. Con un poco de suerte estaremos de vuelta antes de que el jefe Price haya terminado de soltar su discurso a tanto agente. Esto es ahora mismo una guardería, y no estoy bromeando.

Nos metimos en el coche y en apenas dos minutos nos plantamos en el cruce de la 14 con Rodney Street.

—Podíamos haber venido dando un paseo.

—Tiempo que ahorramos.

Era una zona de casas cuidadas y pintadas de blanco, muy bonita. Sin embargo Jenkins se dirigió hacia una más modesta, con acabados humildes y sin apenas jardín. Llamó al timbre y nos recibió un tipo alto, aún en pijama y con el pelo rubio revuelto.

—¿Policía? —preguntó, sin que la comandante ni yo, que íbamos de paisano, le hubiésemos mostrado nuestras credenciales.

—Sí, en efecto —respondió Jenkins, asombrada.

—Han tardado. Ese tarado se coló ayer, ayer por la tarde en mi vivienda. Podría

haber venido esta misma noche a matarme o a robar. Seguro que si yo hubiera sido cualquiera de mis vecinos se hubiesen plantado en sus casas en cinco minutos. Pero claro, sólo soy un desgraciado sin empleo que tiene la *suerte* —hizo con sus dedos el gesto de las comillas en el aire— de haber heredado un terreno y una casa en una de las mejores zonas de la ciudad.

No teníamos ni idea de que Wyatt Gibson había formulado una denuncia por allanamiento de morada, de modo que tocaba improvisar. Por fortuna allí estaba la comandante, que reaccionó ágil como un halcón en pleno vuelo.

—Andamos con mucha faena y con pocos recursos. En realidad, señor Gibson, puede estar contento; hay personas que esperan varios días. ¿Qué es lo que ocurrió exactamente?

El tipo nos franqueó la entrada. Yo le tendí la mano, como un idiota, y él apartó la suya de una forma brusca e instintiva. Ya sabía que le habían diagnosticado quirofobia y pese a ello voy y me propongo saludarlo con un apretón de manos. Al menos, sopesé, no sospecharía de mí.

Sentados en su minúsculo salón nos explicó, con más o menos detalle, el incidente acaecido la tarde anterior con Long. Era casi idéntico al que nos había relatado Henry.

—¿Reconoció al sujeto? —pregunté, inquieto.

—¡No, por favor! Me dio un susto de muerte. Cuando oí los ruidos en el sótano pensaba que se trataba de algún animal o del perro de uno de mis vecinos, que se habría colado olisqueando cualquier cosa. Y voy y me encuentro con ese malnacido hurgando en mis pertenencias.

—Vaya —musité, aliviado en lo más profundo de mi ser.

—Quizá sería capaz de reconocerlo si me muestran fotografías, ¿no es así como trabajan ustedes?

—Sí, pero necesitamos más datos. Algo para elaborar un retrato robot. También podemos traerle fotos de personas fichadas por hurto o robo sin violencia que ahora mismo se encuentren en libertad y residan en la ciudad.

—Aquí hay un par de huellas —dijo, incorporándose, caminando en dirección del pasillo en el que se hallaba la puerta del desván y señalando con su índice derecho las marcas de unos zapatos, que en principio ya tenían que haber desaparecido del planeta.

—Interesante —murmuró Jenkins, que sacó tres o cuatro fotografías con la cámara de su móvil.

—Pensaba que contaban con más medios...

—Bueno, en realidad no le han robado nada y no le han agredido. Tengo que ser sincera: poco vamos a poder investigar —reconoció la comandante, que hubiera dicho lo mismo a cualquier otro miembro de la comunidad, porque en verdad era un asunto menor para un departamento de policía. Un allanamiento de morada sin

consecuencias.

—Es decir, tengo que esperar a que ese miserable regrese y me descerraje dos tiros para que ustedes se pongan a trabajar en serio, ¿no?

—¿Podemos bajar al sótano? —preguntó Jenkins, sin responder a la pregunta de Gibson.

El hombre asintió. Aproveché para fijarme en sus manos. En efecto aún se apreciaban, aunque había que poner empeño, los dos ínfimos muñones que la amputación de las falanges extra habían dejado en sus manos. Recordé a Liz y sus disquisiciones acerca de lo peculiares que eran las marcas en el cuello de las víctimas, todas distintas, aunque todas, según ella, provocadas por un mismo individuo. Y en esas estaba cuando al bajar los dos primeros escalones del sótano me encontré con un póster de la dichosa serie *True Detective*: la imagen lateral de un inmenso árbol con el cadáver de una joven desnuda y amordazada, que tenía fijados a su cabeza unos cuernos de venado, postrado ante él. Perdí el equilibrio y casi me caigo encima de la comandante, aunque pude evitar precipitarme escaleras abajo.

Pedí disculpas por mi torpeza y sentí el corazón golpeando con la violencia de un boxeador enfurecido mi esternón.

Gibson nos mostró el sótano, sin mostrarse en ningún instante inquieto, y nos indicó el lugar en el que se había topado con Long.

—¿Imagina qué podría estar buscando? —pregunté, aún con el pulso desbocado.

—Ni idea. Aquí no hay nada. Y sí, pueden pensar que soy un guarro. Pero es que apenas bajo al sótano. Y hará siglos que no lo limpio.

—¿Qué hay aquí? —inquirió la comandante, meneando el candado que impedía abrir el arcón del que nos había hablado Long.

Por primera vez Gibson pareció preocupado, aunque tampoco en exceso. Se encogió de hombros.

—No lo sé. Lleva ahí muchos años, no tengo la llave del candado y tampoco me he molestado en abrirlo.

Regresamos al salón. Jenkins tomó algunas notas y nos despedimos de Gibson comentando que lo más probable es que nos pasáramos otro día. También le informamos de que a la mínima sospecha no dudase en contactar con el departamento de policía. Él no dijo nada y se limitó a hacer un gesto que mostraba su desagrado.

Tres minutos más tarde estábamos en el despacho de la comandante repasando lo acaecido. Tal y como ella había supuesto la reunión del jefe Price con los agentes seguía y aún no había requerido mi presencia.

—¿Qué opinas? —me preguntó Jenkins, después de lanzar un largo suspiro.

—Que Henry nos ha fastidiado la fiesta. Poco más.

—Hay que abrir ese maldito congelador, Ethan.

—Sí, pero necesitaremos una orden. Y salvo el póster de esa serie de la que no dejáis de hablar no he hallado nada digno de mención.

—¿Qué póster?

—No te has fijado...

—Pues no. Estaba viendo cómo salíamos del paso. Joder, ni siquiera sabía que ese tipo había puesto una denuncia por allanamiento de morada. Ahora tendré que mover los hilos para que no se presente en un rato un agente y nos deje con el culo al aire.

Iba a explicarle todo a la comandante cuando una administrativa entró y dijo que alguien me esperaba en la puerta del departamento de policía.

—¿De quién se trata? —pregunté, pues no imaginaba que nadie me fuese a buscar allí.

—Clarice Brown. Sé que es ella. Es la presentadora del programa ese de actualidad de la CBS. Es increíble que esté aquí.

—Sí, usted lo ha dicho. Es increíble —repliqué, sin disimular mi fastidio.

Le comenté a Jenkins que me concediera 15 minutos, y que si no había regresado saliese a mi encuentro con cualquier excusa y me liberase de las garras de la periodista.

—Tranquilo. Ya has comprobado que soy una actriz fabulosa y que tengo recursos hasta para las situaciones más disparatadas.

Clarice Brown me aguardaba junto al tribunal de justicia del condado, aquel edificio que a mi llegada yo había confundido con una iglesia. Seguía nevando y la periodista se protegía de las inclemencias con un abrigo impermeable de marca que le sentaba tan bien como a cualquier modelo de la *New York Fashion Week*.

—¿Qué haces aquí?

—Venir a darte las gracias. Tenía que hacerlo.

—Está bien. No las merezco. Y me estás poniendo en un compromiso.

—Ethan, todo el estado de Montana ya sabe que andas por aquí por mi culpa.

—Maravilloso. Eso mejora la situación. Ahora se pondrán a especular y pronto a alguno se le ocurrirá que tenemos un lío.

—Mi empresa me ha puesto vigilancia. ¿Has descubierto algo? —preguntó Brown, dejando de lado mis comentarios cargados de ironía.

—Sí, pero no puedo facilitarte información al respecto.

—Me incumbe.

—Lo sé. Pero eres capaz de soltar cualquier insensatez en tu programa y saber quién te amenazó no lo convierte en el culpable de los asesinatos que investigamos. A mí me amenazaron una vez y descubrí que hay mil razones para cometer esa estupidez.

—¿Un agente de policía?

—Peor —respondí, recordando mi segunda estancia en Kansas, y haciendo un gesto que indicaba que no iba a comentar nada más al respecto.

—Tu chicho, Long, está desatado. Tienes que controlarlo. Encima ahora se hace pasar por periodista. No sé, tú sabrás cómo te manejas, pero yo en tu lugar lo ataría en corto.

Aquello sí era importante. Brown tenía razón. Long podía desbaratar toda la

investigación, en su intento de colgarse una medalla o, más infantil, de mostrar que era tan eficaz como un agente especial del FBI.

—Es verdad. Se nos ha ido de las manos. Es valiente y astuto, pero le falta experiencia. Arriesga y no le falta ambición. Ambos sabemos que eso te puede llevar al éxito. Pero también al más estrepitoso de los fracasos. ¿Dónde está?

—Ni idea. Aquí y allá. Ha preguntado por mí.

—¿Por ti?

—Sí, simulando que es de la competencia. Quiere manejar la misma información que yo.

—¿No estarás envidiosa?

—No seas estúpido. Sólo deseo lo mejor para ti.

—Ya. Y una exclusiva.

—También. Tienes que cerrar este caso. Sé que ahora mismo, en ese departamento de policía, se encuentran casi todos los agentes de cinco condados. Me estoy portando bien, demasiado bien, Ethan. Si hubiera querido, con sólo mover un dedo tendrías aquí a los principales medios nacionales informando y metiendo las narices por todos los rincones.

Hacía mucho frío y di unos cuantos brincos para entrar en calor. La nieve acumulada en mis hombros salpicó el rostro sonrojado de la reportera. Estaba sin maquillar, tan helada como yo, y pese a todo resplandecía en mitad de aquel día gris y gélido.

—Pero eso tiene un precio.

—Lo puedes señalar así, que es una manera muy fea de hacerlo, o de otro modo. Es un pacto entre dos buenos amigos.

—Haré lo que esté en mi mano.

Me giré sin despedirme para regresar lo antes posible al despacho de Jenkins, antes de que ella apareciese montando un número; sin embargo Brown me sujetó por el brazo.

—Ethan, atrapa a ese engendro ya. Tengo un mal presentimiento.

Asentí y corrí hasta el departamento de policía. Al subir las escaleras resbalé, pero pude mantener el equilibrio, igual que cuando bajaba hacia el sótano mugriento de Gibson y había visto el póster. Yo también presagiaba el desastre.

Al llegar al despacho de la comandante, como el escalador que alcanza el campo base en mitad de una tormenta de nieve, la encontré relaja y volcada sobre el teclado.

—Sólo un minuto más y hubiera salido a buscarte y a liarme a palos con esa periodista.

—Menos mal que he podido resolver la cuestión sin tu ayuda.

—Entretanto he resuelto lo de la denuncia de Gibson. Nadie irá hoy para ver qué sucedió ayer. Ya hemos cumplido nosotros.

—Fantástico.

—Pero tenemos un problema.

—¿Sólo uno? —pregunté, sarcástico.

—Uno más...

—Cuenta.

—Henry se ha llevado su móvil. No lo he encontrado en su despacho. Pero lo mantiene apagado.

—Vaya. Qué astuto —musité.

—Sí. No quiere que le localicemos, pero sí desea tener un medio para comunicarse de inmediato si da con algo que merezca la pena.

—Brown me ha comentado que está perdiendo los papeles.

—En qué sentido...

—Le sugerí que se hiciese pasar por un reportero, pero hay que tener temple y años pateando calles para hacerlo sin llamar la atención. Mi colega Tom es un experto. Imaginé que era mejor eso a que lo confundiesen con un policía.

—Sería más correcto decir que lo *identificasen* como un policía. Ethan, es lo que somos, agentes de la ley.

—La cabeza me va a explotar, Riley. Ya no sé ni lo que me digo.

—Pero estamos cerca —dijo Jenkins, sonriendo.

—Sí. Cuando veas que me estalla el cráneo, habremos llegado a la meta.

La comandante comenzó a reír, pero sus carcajadas fueron zanjadas de cuajo. El jefe Price había irrumpido sin avisar.

—Por favor, agente Bush, necesito hablar con usted en privado.

Le guiñé un ojo a la comandante, aprovechando que estaba de espaldas al jefe de policía, y ella tuvo que aguantar la risa, de nuevo.

Price me llevó hasta su despacho. Me comentó que había organizado a decenas de agentes para que trabajasen coordinados y sin descanso, usando el listado de cinco nombres que yo había facilitado.

—Me parece una estrategia muy acertada —musité, intentando resultar educado y comedido.

—Sé que sus favoritos son Sullivan y Butler, pero no podemos dejar cabos sueltos. Nosotros no descartamos a los otros tres.

—Es comprensible.

—Sanders está empeñado con Koda Smith, y más después de saber que llevó esa camiseta con el dibujo que el asesino le ha hecho en la espalda a todas las víctimas; pero eso le ciega. Les he encargado a otros agentes que ratifiquen coartadas del nativo americano y que le aprieten las tuercas. Owen, sin embargo, acaba de dirigirse hacia Great Falls. Él y Dan, el sheriff del condado, van a interrogar a Watson en el hospital. Ya se encuentra mejor, pero su reacción desenfrenada nos hace sospechar.

—Entiendo.

—Long imagino que sigue indagando sobre Gibson, ¿no?

—Sí, a su manera, pero es lo que hace.

—¿A su manera?

—El ayudante de Jenkins ha descubierto que le diagnosticaron quirofobia, y esta mañana temprano ha salido por su cuenta.

—Eso no me gusta.

—A mí tampoco —reconocí—, pero lleva el móvil apagado. Es una medida de precaución, pero nos impide hablar con él.

Dylan Price arrugó un folio que tenía en la mano, hasta dejarlo hecho un guiñapo. Tras eso aspiró profundamente y se calmó.

—Usted y Riley se encargan solos de Sullivan y de Butler. A menos que necesiten colaboración. Todavía hay agentes disponibles. Jamás en toda mi carrera había movilizado a tanto personal.

—Gracias. Me las apaño con Jenkins. Me entiendo con ella y, como usted sabe, vale por diez hombres.

Price asintió, no demasiado convencido, y me dio algunos detalles acerca de la larga charla que había mantenido con los sheriffs y policías de los cinco condados. No deseé contrariarle y decirle que, según mi punto de vista, dedicar tiempo y recursos a Smith y a Watson era una bobada. La política también formaba parte de aquella investigación, Warthon me lo había dejado claro, de modo que mejor dejarle hacer a él a su aire y que él me diese a mí libertad para ir en busca de los que consideraba los tres únicos sospechosos. Uno de los cuales no figuraba en la libreta del jefe del departamento de policía de Helena.

Como Long no se hallaba en su despacho, lo usé con la autorización de Price y me dediqué a repasar mis anotaciones y a contener todas las conjeturas que amenazaban con escaparse de mi cráneo. Telefoneé a Mark, desesperado, en un intento de que mi colega de Quántico me aportase alguna novedad.

—No he podido descifrar ninguna de las comunicaciones de ese tal Butler —comentó Mark, después de decirme que estaba echando demasiadas horas extra por mi culpa.

—¿Ninguna?

—Nada. Ese tipo sabe lo que hace. No es un cualquiera, o tiene contratado a alguien en Rusia o en China que le asesora y se encarga del trabajo más complicado.

—Venga, Mark, tú vales mucho más que toda esa panda de ineptos —dije, animando a mi colega.

—No sé, Ethan. Me pasó el día aquí, encerrado entre cuatro paredes, investigando y analizando, pero aprendiendo muy poco. Quizá me esté quedando desfasado.

—Eres un genio. No sueltes sandeces.

—Hay muchos genios por ahí sueltos. Y la mayoría no trabajan para el FBI. Los contratan las multinacionales para protegerles o para destrozar a la competencia. Pagan sueldos estratosféricos.

Capté la indirecta. Tenía que mantener una conversación con Warthon acerca de Mark y no sólo para exigir que fuese retribuido mejor, también para que contase con tiempo

libre para actualizar sus conocimientos. O eso o lo acabaríamos perdiendo. Y los delitos cada vez iban a requerir de forenses informáticos de nivel muy avanzado. El futuro nos había alcanzado y el FBI no estaba a la altura de otros países.

—Esto lo voy a solucionar.

—¿De verdad está en tu mano?

—Sí el intentarlo —respondí, resolutivo.

—Voy a arriesgar un poco. Me tiene mosca que Butler tome tantas precauciones.

—¿Qué significa *arriesgar un poco*? —inquirí, temiendo cualquier imprudencia. Ya tenía bastante con Long desenfrenado y quién sabía dónde.

—Colarme en su ordenador y tratar de obtener el algoritmo de cifrado usando técnicas un tanto bruscas —respondió Mark, como si estuviese conversando con un hacker de Silicon Valley.

—Ya, no entiendo nada. Ahora necesito que me expliques por qué eso supone correr más riesgos.

—Porque me puede descubrir. Quizá ya sabe que alguien está intentando descifrar sus comunicaciones cifradas, pero a eso estará habituado. A que intenten meterse en su computadora y hurgar por ahí dentro estoy convencido de que no.

—¿Podría saber que lo estamos haciendo nosotros?

Si Butler era inocente y nos saltábamos veinte leyes, sin la protección de un juez, para trastear un rato en su intimidad, y él era consciente de ello, mi menor problema sería engrosar las listas de desempleados.

—Le costaría. Le costaría mucho. Tiempo y dinero. Y todo para dar con una casa destartalada a las afueras de Taipéi en la que tienen un servidor refrigerado con ventiladores de veinte dólares y cubos de agua con hielo.

—Estás bromeando... —murmuré.

—No. Estoy proponiéndote trabajar como lo haría un hacker. Puedo hacerlo. Sólo necesito que me digas adelante y me pongo esta misma noche con ello.

Suspiré. Mark esperaba mi respuesta. Miré hacia la puerta y vi pasar a Jenkins cargada con una caja de cartón y sonriendo. Todo sucedía a cámara lenta.

—Adelante.

Colgué sin despedirme y una gota de sudor frío rodó por mi frente, cayó al vacío y al final se estampó sobre uno de los papeles que Long tenía sobre la mesa. Pensé en Liz, en el ADN de Sanders y en el abismo que, por enésima vez a lo largo de mi breve carrera profesional, se abría delante de la punta de mis pies. Alguno de mis antepasados tenía que haber sido funámbulo y mis genes aprovechaban aquella herencia para deslizarme sobre el alambre de lo legal y lo ilegal sin que apenas se me alterase el pulso. Todavía.

Me quedé sentado un rato, con la mente en blanco. El dolor en la boca del estómago regresó, ese aviso singular y tortuoso que me indicaba que todo estaba llegando a su fin. La cuestión era cómo narices encajar las malditas piezas. ¿Qué tenían en común

aquellas cinco jóvenes? ¿Qué impulsaba a Sanders, a Butler o a Gibson a matarlas? Tenía que ser uno de ellos. Los demás estaban descartados. Y el resto de la población de Montana también. Aunque la calefacción del departamento de policía de Helena funcionaba a pleno rendimiento sentí frío en las extremidades. Y me puse a curiosear los cajones de Long, como un ratero, como el peor de los colegas posibles. Sólo uno estaba cerrado con llave, e imaginé que allí guardaría su arma reglamentaria y poco más. Encontré una carpeta plagada de anotaciones y de dibujos. Comentarios respecto a mi lista de seis sospechosos. Criticaba alguno de mis puntos de vista, pero de un modo educado. Me ruboricé: una vez más violando la intimidad. Al menos comenzaba a sentir bochorno y eso significaba que avanzaba en la dirección correcta. Los dibujos, varias decenas, eran de las escenas del crimen. Se le daba bien al chaval. Un par de ellos me revolviéron el estómago: detalles de aquellos antebrazos que no se prolongaban de forma natural para acabar en una mano. De súbito se me pasó la absurda posibilidad de que Henry fuera el asesino. Un dislate. Pero me carcomía. Cerré los cajones y dejé la estancia para ir al encuentro de Jenkins, que estaba liada en su despacho repasando papeles que sacaba de la caja de cartón con la que la había visto pasar alegre hacía sólo un rato.

—Tenemos que localizar a Henry —dije, sin más, alterado.

—¿Qué ha sucedido? ¿Se acaba de convertir en tu candidato perfecto?

La comandante parecía leerme la mente. Tenía puesto un reproductor de música y sonaba *California Dreamin'* de *The Mamas & The Papas*. Estábamos a finales de otoño, pero afuera nevaba con ganas y yo no echaba de menos LA, pero sí San Francisco. Y a Tom, que se largaba a vivir a mi ciudad. Demasiado para una jornada tan estresante.

—¿Puedes apagar ese aparato?

—¡Cómo estás! La música viene bien para trabajar. Y más cuando tienes que repasar los expedientes escolares y todo lo que has podido conseguir bajo mano de tres tipos que son sospechosos de haber matado a cinco chiquillas.

—Lo siento, Riley. Es esa canción. No me va bien escucharla en este momento. Y sí, por un segundo se me ha pasado la estúpida idea de que Long sea el monstruo que buscamos.

Jenkins quitó la música y clavó los codos en la mesa. Le había fastidiado su instante de felicidad.

—Eso es una idiotez. Lo de Sanders puedo llegar a compartirlo, pero Henry... ¡Por favor!

—Estaba en su despacho y me he puesto a curiosear. Sólo eso. Además, me fastidia que haya desaparecido sin más y que tenga el teléfono apagado.

—Estará por los alrededores de la casa Gibson. Dentro de un par de horas tendremos una nueva denuncia de ese infeliz por allanamiento de morada. Podemos apostar algo.

—Riley, me duele la boca del estómago. Es como si me hubiesen sacudido un directo al abdomen y el diafragma se me hubiese quedado bloqueado y no pudiese respirar.

—Ahora eres boxeador...

—No. Es una percepción que tengo cuando un caso va a finalizar o cuando las cosas no marchan bien.

—Olvidaba que eres ateo pero que posees poderes paranormales. Te voy a echar mucho de menos. La vida aquí, después de haber pasado tanto tiempo juntos, se me va a hacer monótona y muy aburrida.

La comandante había optado por la ironía para hacer frente a mi ansiedad y a mis comentarios fuera de lugar. Me estimaba, pero no tanto como para lanzarse al abismo conmigo.

—Olvida todo lo que te acabo de decir. Será mejor que te eche una mano con todo lo que has traído en esa caja.

—Genial. Lo más lúcido que has soltado desde que entraste por la puerta. Vuelves a ser mi héroe, el protagonista de una de esas series televisivas que jamás se te ocurre ver.

Me puse a trabajar duro con Jenkins. Allí había de todo: desde expedientes académicos hasta informes realizados por psicólogos escolares. Siguiendo el camino de mi instinto, la comandante y su ayudante se habían limitado a recabar información de Sanders, Butler y Gibson. El resto estaban descartados. Sólo la absurda idea de que Long tuviera alguna relación con los crímenes se había instalado en algún lugar oscuro de mi cerebro.

Cada papel que encontrábamos de uno de los tres sospechosos nos hacía pensar, casi de inmediato, que allí teníamos al culpable. La ausencia de coartadas y la posibilidad de relacionarse con las víctimas sin despertar recelos acrecentaban aquella sensación. Sanders era detective y ninguna joven se hubiera sentido amenazada. Butler era un buen samaritano, aunque ermitaño, con una presencia impecable. Y Gibson era un pobre diablo que no hubiera sido capaz de asustar a una mosca.

—¿Qué diablos une a esas cinco chicas con su asesino? —pregunté, en voz alta, aunque en realidad me formulaba la cuestión para mis adentros.

—La edad, el aspecto físico, el ser estudiantes, sus creencias, el que vivían solas, el acudir a sus iglesias de manera constante...

Un nuevo pinchazo a la altura del corazón me obligó a sentarme, a contener unos segundos la respiración y a soportar el dolor de la mejor manera posible.

—Joder... —musité, enfurecido y quejumbroso.

—¿Te encuentras bien, Ethan?

—Sí, esto es normal. Es una buena señal, ya te lo he comentado.

—O quizá tengas una úlcera de una pulgada en mitad del estómago y te creas que es otra cosa. El estrés las provoca y las saca a relucir cuando aprieta. Y ahora mismo estamos muy estresados.

Miré la hora y descubrí que ya debía estar anocheciendo afuera. No habíamos comido nada, no habíamos descansado, concentrados en aquellos montones de papel, y a lo peor Jenkins tenía parte de razón.

—Necesito saber cómo eran las madres de Sanders, de Butler y de Gibson. Y también sus compañeras de clase y sus vecinas...

La comandante se llevó las manos a la cabeza y farfulló algunas palabras que no pude entender. Después, con los brazos en jarras, se encaró conmigo.

—¡Has perdido el juicio por completo! No tienes la menor idea de lo que nos ha costado conseguir toda esta información, y ahora me sales con esas. Es imposible. Nos llevará semanas.

—Desea vengarse de algo. Ese trauma ha estallado, Riley. Estalló con fuerza hace dos años y el muy bestia ya se ha cobrado cinco vidas.

—Eso ya lo tenemos muy claro.

Y allí, doblado sobre una silla por culpa del dolor, mi mente se iluminó, como si de repente la electricidad hubiera llegado de súbito a mis neuronas y dado un empuje a mi discernimiento.

—No las mata en los bosques ni en los lugares en los que son hallados los cadáveres. Lo hace en un sitio tranquilo, donde puede recrearse, donde se siente seguro.

—Su casa...

—¡No! —exclamé, incorporándome—. Tenemos que encontrar propiedades a nombre de Sanders, Butler o Gibson. O de sus familiares. Lo hace en otro sitio. Uno al que sólo acude él, y nadie más.

—Tiene lógica. Y es más fácil de rastrear que lo de las compañeras de clase y las vecinas. Comenzaremos por ahí —dijo la comandante, animada.

El sonido del teléfono fijo del despacho de Jenkins nos sobresaltó y difuminó el ambiente de cierta euforia que habíamos creado. La comandante atendió la llamada, estuvo escuchando durante un par de minutos lo que alguien le comunicaba, rompió a sollozar y colgó el auricular sin despedirse. Yo no entendía nada.

—¿Qué ha pasado? ¿Algún problema familiar?

Jenkins se llevó las manos al vientre, como para tomar aliento. El llanto le impedía hablar. Tuve que aguardar un buen rato hasta que fue capaz de articular la primera palabra.

—Henry...

—¿Henry? ¿Qué sucede con Henry? —pregunté, nervioso y desconcertado.

—Ya puedes tacharlo de tu lista de sospechosos.

La comandante se había dirigido a mí con cierta ira. Jamás la había escuchado utilizar ese tono.

—Vamos, Riley, sólo era una hipótesis. Te ruego que me expliques qué está sucediendo —repliqué, aún confuso, pero temiendo lo peor.

—Lo han encontrado muerto, Ethan. Es horrible. ¡Han asesinado a Henry!

Capítulo XXVI

Cuando aquel día regresé hasta el hotel dando un paseo, porque Jenkins no estaba en condiciones de conducir y tuvo que llevarla a su casa el jefe Price, seguía nevando. Los servicios del ayuntamiento habían realizado bien su trabajo y el asfalto y las aceras estaban despejadas, pero la nieve se apelmazaba en el borde de los jardines y de las verjas de los vecinos de la comunidad. Aquella nieve me pareció más oscura que nunca. No era blanca. Ni siquiera gris. Era casi negra; de un negro profundo, desmesurado, atroz.

Me acosté nada más llegar a la habitación y caí rendido. Concilié el sueño de inmediato, y creo que al instante me asaltó una pesadilla en la que podía ver a Sanders amputando las manos al joven Long. Al despertarme, aterrado y sudoroso, descubrí que habían pasado cinco horas y consideré que lo mejor era meterme en la ducha y volver de inmediato al departamento de policía. Me sentía culpable. La muerte de Henry se había adueñado de mi conciencia, y mi conciencia me repetía con insistencia que yo podía haberla evitado.

Al llegar al departamento no encontré a casi nadie. En el despacho de la comandante, sin embargo, se hallaba su ayudante, trabajando con el ordenador y repasando los mismos papeles que Jenkins había trasladado a su mesa en una caja de cartón.

—¿No te has marchado a casa a descansar? —pregunté, sorprendido.

Aquel hombre, menudo y tímido, me devolvió una sonrisa imperceptible y se encogió de hombros.

—No. Ni me he dado cuenta de la hora, si te soy sincero.

Me senté a su lado y vi que tenía un iPad plagado de anotaciones sobre las rodillas.

—¿Has encontrado algo?

—Sí. De Gibson nada. Pero Sanders y Butler tienen lugares a los que ir y poder hacer lo que quieran sin que nadie les moleste.

—¿Cómo! —exclamé, y sintiendo que me había espabilado más aquella revelación que la reciente ducha fría que me había dado.

—Owen posee un terreno a su nombre, herencia de su padre, al norte del condado, cerca de Augusta.

—¿Joder!

—Y Butler no lo tiene a su nombre, pero sí al de su mujer. Es una casa discreta a las afueras de un pequeño pueblo, Belt, situado en el condado de Cascade.

—¿No encontraron cerca de allí a una de las chicas?

—Relativamente. En Neihart. Son unas millas al sur, por la 89.

—Te ruego que telefonees al sheriff Turner, de Great Falls, y que mande alguien allí. Si ven algo extraño, que no toquen nada y que se pongan en contacto con nosotros, para que enviemos a un equipo de CSI.

—Ethan, ¿quieres que yo telefoneé al sheriff de Great Falls para decirle eso?

—Sí. También que consiga una orden judicial, aunque sea a punta de pistola.

Salí en busca del jefe Price y por suerte lo encontré en su despacho. Acababa de llegar y aún estaba colgando su abrigo en una percha cuando lo asalté.

—Necesito que colabore conmigo.

Price se giró y me miró, desconcertado.

—¿Qué sucede, agente Bush?

—Ya sólo tengo una lista de dos sospechosos.

—¿Dos?

—Sí. Eso me dice mi cabeza, mi instinto y un maldito dolor en la boca del estómago. Tenemos que actuar ya. No hay un segundo que perder.

—Bush, todos estamos destrozados por lo que le ha sucedido a Henry. Será mejor que se tranquilice.

Entonces comprendí que estaba muy alterado. Comprendí que no hablaba, que en realidad estaba gritando y exigiendo.

—Butler y Sanders —manifesté, colérico.

—¿Owen? No tiene ni idea de lo que está hablando. Cálmese de una vez y comience a explicarse.

No me calmé, pero sí le hice un relato rápido a Price de todo, absolutamente todo, lo que sabía. Incluyendo lo que le había estado ocultando. Me escuchó en silencio, atento, casi sin parpadear.

—No he jugado limpio del todo, lo sé. Pero Sanders es como su mano derecha y temía que se negase a investigarlo —concluí.

—Es usted un cretino, agente Bush. Debería haberme informado de todo.

—Lo sé.

El jefe Price se sentó en su sillón, torció el gesto y se quedó reflexionando durante un par de largos minutos. Estaba asimilando todo lo que le había contado.

—Pese a ello, creo que ha hecho un buen trabajo. Está justificado investigar a fondo a Owen y a Butler. Voy a realizar algunos trámites y a mandar a un par de agentes a ese dichoso terreno. ¿Quiere acompañarlos?

—No. Quiero ver todo lo que tenga acerca del asesinato de Henry.

—La autopsia se la hacen esta mañana. Aunque resulta evidente que el modus operandi es el mismo que con las cinco chicas. Tengo montones de fotografías y un informe, si eso le vale de algo.

—Me vale.

Price se quedó callado, cavilando. Una idea le rondaba por la mente y no tenía claro si debía compartirla conmigo o esperar. Su rostro me expresaba lo que las palabras

no hacían.

—¿Sabe dónde encontraron a Henry?

—No tengo ni idea. Ayer nos vinimos abajo y nos marchamos. Ya ve cómo se quedó Riley.

—Sí, le he dado el día libre. No dejaba de llorar, incluso cuando la dejé delante de su casa. Pero no descarto en absoluto que aparezca por aquí en cualquier momento.

—Continúe, por favor...

—Es una zona conocida como Wolf Creek, muy cerca de la Interestatal 15.

—¿Y? —inquirí, perplejo, sin tener muy claro dónde quería ir a parar el jefe de policía.

—Tiene una explicación. Un excursionista fue el que llamó aquí, y él estaba regresando de Great Falls...

—Le ruego que vaya al grano de una vez. La cabeza me va a explotar y no estoy para perífrasis absurdas.

—Fue Owen el primer agente en llegar hasta el cuerpo de Henry. Fue él el que lanzó el aviso.

Capítulo XXVII

«¡Hijo de puta, te voy a matar!», pensé. Eso creo, porque mi memoria flojea y no recuerdo que el jefe Price se alterase en exceso, aunque seguro que pudo adivinar en mi rostro lo que pasaba por mi cabeza sin necesidad de que yo lo vociferase.

—Sanders no puede seguir vinculado a la investigación. Hay que apartarlo, como mínimo —dije, aunque lo que yo deseaba era meterlo en un calabozo y someterlo a un *tercer grado*.

—Estamos de acuerdo, agente Bush. Lo voy a hacer venir y lo voy encerrar en su despacho. Pero ahora, por la seguridad de todos, le ruego que me entregue su arma reglamentaria —manifestó, con sumo tacto, el jefe de policía.

—No llevo arma.

—¿No?

—No. Jamás me ha hecho falta —mentí, pasando por alto lo que me había ocurrido en Nebraska o en Arizona— y me siento más cómodo sin ella. Soy un agente de la Unidad de Análisis de Conducta y no creo que deba portarla.

—Sé que no me está mintiendo, pero debo cachearle. Insisto, no quiero problemas y ahora mismo todos estamos un poco desquiciados.

Dejé que Price hiciese lo que consideraba más indicado. Resultaba un tanto humillante, pero el brillo de mis ojos estaba cargado de ira y unos malsanos deseos de venganza. No me hallaba en mis cabales y conforme recuperaba la cordura todo me pareció lo más lógico, lo más cabal.

—¿Puedo seguir con la investigación? —pregunté, una vez el jefe de policía, un tanto azorado, comprobó que estaba desarmado.

—Sí, por supuesto. Utilice la sala de reuniones principal. Un agente le llevará todo el material que disponemos acerca del asesinato de Henry. En cuanto tenga el informe de la autopsia también se lo haré llegar. Y contará con Jenkins. A fin de cuentas ha sido su mano derecha desde el principio.

—¿Está convencido de que Riley vendrá hoy?

—Casi seguro. Puede ser que no lo haga, pero si la conozco bien más pronto que tarde se presentará para echar una mano. No aguantará encerrada en su casa mientras sabe que todo el mundo está dejándose la piel para hacer justicia a un compañero.

Me metí en la sala, todavía con los nervios alterados y deseando no cruzarme con Sanders, por el bien de los dos. Tenía que hacer algo y decidí que lo primero era recurrir a *mi equipo*: Liz y Mark. La diferencia horaria, por una vez, jugaba a mi favor, de modo que no les molestaría.

—Necesito las huellas de las palmas de las manos de Sanders y de Butler. Amabas manos. Huellas completas —me solicitó Liz, una vez había repasado con ella mis agitadas últimas horas.

—El asesino siempre ha usado guantes. No hay huellas dactilares para cotejar —repliqué, sin comprender qué deseaba mi compañera.

—Ethan, sabes que estoy trabajando en el programa avanzado de fenotipos basados en el ADN, el genotipo aplicado a la criminalística...

—Claro que sí.

Aquella era una técnica en pañales en esa época, pero hoy gracias a una muestra ridícula de material genético somos capaces de saber casi todo de un sujeto: desde el color de su cabello o sus ojos, hasta buena parte de sus patrones de conducta. En 2017 todavía era un sueño.

—Pues no es tan fiable; pero si has llegado a la conclusión de que es uno de esos dos individuos... el fenotipo, el clásico basado en características morfológicas, puede apuntar en la dirección adecuada.

—De acuerdo. Concédeme un par de horas y te las hago llegar —dije, como si en realidad estuviese en condiciones de establecer plazos.

—Genial. Otra cosa...

—Dime.

—No hagas ninguna estupidez. Estáis a punto de cerrar el caso. Quiero que celebremos tu cumpleaños en casa. Quiero que estés de vuelta lo antes posible.

Le prometí a Liz que no sería tan necio. También le repetí diez veces que la quería y que le pediría a Warthon unos días libres para descansar y para disfrutar a su lado del embarazo, colmándola de los mimos que merecía.

Apenas colgué ya estaba marcando el número de Mark. Mi genio informático tenía que darme alguna buena noticia.

—¿Has podido entrar ya en esa caja fuerte que es el ordenador de Butler? —inquirí, nada más darle a mi colega los buenos días.

—Sí, pensaba escribirte en un rato.

—Pues ya no hace falta que lo hagas. No disponemos de mucho tiempo.

—Tranquilo. Me llevas siempre con la soga al cuello.

—Mark, ayer asesinaron a un detective, un poco más joven que tú. Un crío. Tenemos que atrapar a ese animal lo antes posible. Esto ya es algo personal.

Mi colega aguantó la respiración unos segundos y después resopló. Lo imaginé agitando su mano izquierda y meneando la cabeza, aterrado.

—Mierda... Lo siento.

—¿Qué tienes?

—No mucho. Las comunicaciones siguen encriptadas y no he podido descifrarlas, pero al menos he podido acceder a algunas carpetas, que también estaban codificadas.

—¿Carpetas?

—Sí. Esos lugares en los que la gente mete sus archivos.

Estaba tan cegado por cólera y la excitación del momento que no procesaba la información del modo adecuado.

—Vale, disculpa. Te escucho...

—Además de fotografías familiares y otras chorradas, encontré una cuyo nombre te va a dejar boquiabierto.

—No estoy ni para juegos ni para adivinanzas.

—Ok. True Detective.

—Como la dichosa serie...

—Exacto.

—¿Y qué había en ella?

—Esa es la mala noticia. Poca cosa. Aun así creo que resulta muy sospechoso.

—Desde luego. Por favor, ¿qué contiene esa carpeta?

Estaba a punto de soltar un alarido, pero pude contenerme y ajustarme a los tiempos del informático.

—El primer episodio de la serie. Algunas fotos de los cuernos de diversos animales. Y, lo más extraño, información de páginas web en las que comprar de una manera anónima... bolsas para cadáveres. ¿Tiene eso algún significado?

—Mucho, Mark. Acabas de ayudarme más de lo que crees. Si encuentras algo más estoy disponible las 24 horas.

—Lo intentaré. Pero ya sabes que aquí también hay gente exigiendo...

Me despedí de mi colega justo en el momento en que un policía entraba con una carpeta. La dejó sobre la mesa grande de la sala.

—Esto es lo que hay hasta el momento sobre el asesinato de Long. Me ha dicho el jefe Price que le vaya trayendo cualquier novedad al respecto.

—Sí, por favor. Es muy importante.

Cuando me giré para pedirle al agente que cerrase la puerta tras de sí vi que Jenkins estaba casi a mi lado. Tenía los ojos enrojecidos y unas ojeras terribles.

—¿Qué hace falta que haga?

No le pregunté cómo se encontraba, ni solté ninguna de mis habituales necesidades en circunstancias parecidas y me centré en la investigación. Le dije que mientras yo repasaba lo que había hasta el momento sobre el asesinato de Long ella se ocupase de obtener una huella completa de las palmas de las manos de Sanders y de Butler.

—Es muy importante. Puede ser, si tenemos suerte, el punto de partida.

—Lo comprendo, Ethan. Pero si acabo pronto, me das más trabajo de inmediato. Hoy necesito mantener la mente ocupada, muy ocupada.

—No vas a descansar ni un mísero segundo.

Una vez me aseguré de que la comandante me había dejado a solas comencé a sacar las fotografías de Long. Eran espantosas y hasta yo, que apenas había podido forjar lazos emocionales con el chaval, sentí ganas de vomitar. El cuerpo estaba tendido,

como el de las jóvenes, y le habían amputado las manos, pero no tenía el dibujo en la espalda ni los cuernos fijados con cinta negra en la cabeza. Un cambio radical en el modus operandi. ¿O quizá falta de tiempo e improvisación? También era posible que un vecino de la zona le hubiese interrumpido en plena labor y se hubiese visto obligado a escapar.

Con la ayuda del ordenador localicé la zona exacta, que estaba marcada en un mapa. Tampoco era un lugar aislado. El asesino había corrido demasiados riesgos. El cuerpo se hallaba en el área de Wolf Creek, junto a una pista de tierra a la que llamaban Walsh Street; muy cerca de un puñado de casas habitadas y de la iglesia católica del Sagrado Corazón.

Regresé a las fotografías y el corazón me dio un vuelco al descubrir que de las muñecas había llegado a fluir sangre. No mucha, por lo que Henry ya estaba muerto cuando sufrió la amputación... ¡pero le habían segado las manos allí mismo! Otro cambio en el modus operandi. Los agentes habían conseguido que los detalles de los crímenes no trascendiesen, por lo tanto sólo el asesino y nosotros éramos conocedores del tema de las amputaciones y de la extraña forma en la que abandonaba los cuerpos. Era imposible que un mal imitador hubiese realizado aquello. Sin duda el monstruo había modificado sus pautas por obligación, no por gusto.

Pero la variación más sustancial era la que todos los demás habían pasado por alto: había acabado con la vida de un varón. Después de cinco jóvenes aquello no tenía explicación. O sí... Long, tal y como yo le había pedido a él y a Jenkins, había ido más lejos, tan lejos que se había topado de narices con el culpable. Y lo había pagado caro. Quizá ni siquiera fuera consciente de ello. Quizá estaba desprevenido porque lo que buscaba era una fuente de información o porque se fiaba de la persona que tenía delante.

El ayudante de la comandante entró y vino en mi busca, sudoroso. Estaba muy alterado.

—Ethan, tenía que contarte esto a ti el primero. Ya no me fío de nadie.

Traía varios papeles y temblaba como si el frío le hubiese calado hasta los huesos.

—¿Qué sucede?

—El excursionista, el que encontró el cuerpo, se alojaba al otro lado de la I-15. Allí hay un área de recreo, una gasolinera, un restaurante, una iglesia baptista, un motel, algunas casas y una zona para acampar.

—Te sigo...

—La cuestión es que el tipo salió a pasear y se dirigió hacia el norte, tomando Walsh Street. Allí encontró el cuerpo de Henry. Desde allí mismo realizó la llamada que nos pasaron al departamento.

—Sí, todo tal y como lo tenía entendido.

—Nosotros nos pusimos en contacto con un agente que sabíamos podía encontrarse cerca, y también con Sanders, pues al estar de vuelta de Great Falls seguro que se

hallaría en algún punto de la Interestatal.

—Vale...

—Resultó que estaba en la zona de recreo de Wolf Creek.

—¿Cómo?

El pulso se me aceleró tanto que creí que alguna vena del cuello explotaría y pondría perdida de sangre toda la estancia.

—Según él, había parado para echar gasolina al coche en la estación Exxon que hay junto al motel.

—Vaya, menuda casualidad —musité, apretando los dientes hasta casi hacerlos estallar.

—No, no es lo peor. He accedido al posicionamiento de su celular. Echar gasolina, como mucho, te lleva cinco minutos, máximo diez si compras algo...

—¿Y?

El ayudante de Jenkins tragó saliva y sus temblores se transformaron casi en una sucesión de convulsiones. Parecía una veleta azotada por un huracán de magnitud cinco.

—Mierda... Owen llevaba allí parado al menos una hora cuando recibió nuestra llamada. Una hora, Ethan.

Capítulo XXVIII

Le solicité al ayudante de la comandante que por favor se asegurase de que la información que me había facilitado era incontestable y que no la compartiese con nadie más, por el momento. Me comentó que Sanders estaba recluido en su despacho, que estaba desarmado y que un policía, por orden del jefe Price, custodiaba la puerta. No era lo mismo que estar en un calabozo, pero parecido. Aquello ya era la comidilla de todo el departamento.

Cuando me quedé otra vez a solas repasé mis notas. Algo se me escapaba, se me escurría entre los dedos, y era clave para resolver el rompecabezas. ¿Cómo había quedado Sanders con Long? O, por el contrario, ¿cómo lo había hecho con Butler? Si había sido con el primero tenía cierta lógica que se hubiesen encontrado en la Interastral 15, pues unía Helena con Great Falls. Pero si había sido con el segundo ¿de qué modo habían llegado hasta la zona de Wolf Creek? Llamé por línea interna y pedí al ayudante que cursase una solicitud para rastrear el celular de Butler a lo largo de las últimas 48 horas.

Jenkins entró en la sala de reuniones. Se había relajado y su expresión mostraba más determinación que tristeza.

—Ya tienes esas palmas de las manos.

—¿También las de Butler?

—Sí. Ese tipo no sale de su casa. Incluso ha querido invitarme a un café, pero le he contestado que mejor otro día.

—No te ha puesto ninguna objeción... —musité, perplejo.

—Pues no. Ha sido muy amable.

—¿Y Sanders?

—Bueno... Owen está echando espuma por la boca como un perro con la rabia. Considera que estamos todos chiflados, que lo que le está sucediendo es idea tuya y que retenerlo sólo facilita las cosas al asesino. Estoy tranquila sabiendo que ni tú ni él lleváis una pistola encima.

—Maravilloso.

—Más trabajo...

Anoté en un papel la dirección de Liz a la que debía mandar las huellas de las palmas de las manos. Le expliqué cómo dirigirse a ella, y le apremié porque allí podíamos tener la solución del caso.

—Estamos tan cerca ya, Riley.

—¿Y Gibson? —inquirió la comandante, arisca.

—No comprendo —tartamudeé.

—Has mandado a gente a husmear a las propiedades esas medio ocultas de Owen y de Butler, pero no has hecho nada respecto a Gibson. Tampoco me has pedido sus huellas.

La voz de la comandante se quebraba de cuando en cuando, aunque hacía lo posible por mantener la compostura.

—Wyatt Gibson está descartado.

—Sólo porque tú lo has decidido. Punto.

—No, sabes que no es así. Te he contado todo. Jamás he sido tan sincero con un agente de fuera del FBI como contigo. Gibson no encaja en el perfil, como tampoco lo hacen Watson, Sullivan o Smith.

—¿Nunca te equivocas, Ethan?

La pregunta me la había formulado casi como retándome. Estaba herida, estaba intentando que el inmenso dolor que incendiaba sus entrañas lo le afectase en exceso, y quizá por eso precisaba volcar parte de su consternación sobre mí.

—Claro que sí —reconocí—. Como todo el mundo, Riley. Pero no con frecuencia, y tampoco desvió mucho el tiro. Olvida a Gibson.

—No. Fue lo último que iba a hacer Henry. Ir a casa de ese desgraciado. Me voy con un compañero, con un fusil de asalto y con una radial a su vivienda.

—¿Un fusil de asalto? ¿Una radial?

—El primero por si nos está esperando que mi colega le vuele los sesos antes de que él haga lo propio conmigo. La segunda para abrir ese maldito arcón tiene en el sótano.

—¿Has hablado con Price? ¿Tienes una orden?

—Sí... y sí.

—Haz lo que quieras, pero lleva mucho cuidado. Si te cargas a un inocente no sólo perderás el empleo, Riley, también dejarás de pegar ojo por las noches. Te conozco y no te lo perdonarías en la vida.

—Lo que no me perdonaría en la vida es que la muerte de Henry quedase en el limbo. Que nadie le hiciera justicia a un chaval afectuoso, diligente y que tenía muchos sueños por cumplir.

No quise replicar a la comandante. Bajé la cabeza y cuando alcé la mirada ya no había nadie más en la estancia. Una mesa llena de informes y fotografías, un ordenador, mi cuaderno de notas y una pizarra plagada de flechas, horas y nombres.

¿Podía estar equivocándome?

Me pasé un par de horas en silencio, sin hacer nada. Estaba bloqueado y por mi cabeza pasaban los casos en los que me había visto envuelto sobre el terreno. Sospechosos, asesinos, expedientes, agentes del FBI, colegas, pistas, paisajes, olores sheriffs y policías parecían desfilar delante de mis ojos a la velocidad del sonido.

El ayudante de Jenkins irrumpió en la estancia. Estaba más inquieto que nunca. Yo lo estaba exprimiendo al máximo, y no podía negar que el agente se estaba dejando hasta

el último aliento en echarme una mano.

—Creo que lo tenemos.

—¿A quién? —pregunté, deseando que la pesadilla concluyese de una maldita vez.

—A Isaac Butler.

—¿Se encontraba ayer en la zona de Wolf Creek?

Negó con la cabeza, pero me tendió un par de folios, henchido de satisfacción.

—Ayer su terminal estuvo apagado todo el día.

—Entonces...

—Mira esa instantánea y analiza las localizaciones que nos dan los repetidores del último año de ese malnacido.

La fotografía era la de una chica joven. Tenía el cabello oscuro y largo. Llevaba una gargantilla con una cruz. Sonreía a la cámara.

—¿La madre biológica de Butler?

—En efecto.

Guardaba un parecido físico con las víctimas. Era indudable. Después me puse a revisar aquellos puntos que el ayudante había remarcado en el mapa de Montana. Salía poco de casa, al menos con el celular encendido, pero cuando lo hacía se había concentrado en seis áreas: los lugares en los que residían las últimas tres jóvenes asesinadas, y dos en los que fueron halladas. Había una última localización, en las inmediaciones de Casey Peak, en la que no había sido encontrado ningún cadáver. Pero faltaba la que hallaron junto al río Misuri, que había supuesto el primer cambio en el modus operandi. Algo le había obligado a cambiar de planes.

—Mierda... —maldecí.

—¿Qué sucede?

—Las fechas no encajan. Has hecho un trabajo fabuloso, pero esto no son más que pruebas circunstanciales. No siquiera la fiscalía las tendrá muy en cuenta.

—Claro que no encajan. No es tan imbécil como para llevar el móvil encima cuando las secuestra y después las mata.

—Necesitamos más.

—¿Me pongo en contacto con el equipo que está en la propiedad de la esposa de Butler para que escarben hasta las raíces si hace falta?

Mi teléfono vibró y le hice un gesto al ayudante para que me permitiese atender la llamada. Era Liz. No podía tratarse de ninguna tontería.

—Tengo un 99% de seguridad de quién era el que estrangulaba a esas jóvenes —me espetó, de golpe.

—Ya estás tardando en decirme el nombre...

—Isaac Butler. He usado todas las técnicas a mi alcance y gracias a que tenemos nada menos que cinco muestras la posibilidad de error es muy baja. Ethan, eran las manos de ese tipo las que apretaban aquellos cuellos inocentes.

—Te ruego mandes un informe urgente al departamento de policía de Helena.

Tenemos que cursar una orden de arresto y ahora sí que nos van a hacer caso.

Al colgar el ayudante de la comandante se me quedó mirando, como el que acaba de obtener una victoria rotunda.

—Lo he escuchado todo. Ahora ya quedan pocas dudas.

—Exacto. Pide a quien sea que lleven una excavadora si hace falta hasta Belt. Que remuevan todo el maldito pueblo si es necesario. Hemos cazado a ese cabrón...

Capítulo XXIX

Cuando encuentras el hilo del que tirar todo resulta sencillo, pero hallarlo en una inmensa madeja no es tan fácil. Después, una vez ya conoces qué camino debes seguir, y te autorizan a transitarlo, llegas a preguntarte si no eres un auténtico imbécil por no haberte dado cuenta antes, desde el principio. Pero por desgracia es imposible. En ocasiones la fortuna y el trabajo denodado dan sus frutos en días, o en unas pocas semanas, pero otras veces tardan años en fructificar.

Isaac Butler, como muchos asesinos en serie organizados, colaboró y se mostró sereno en todo momento. Una vez encontraron en el terreno de su esposa una entrada, muy bien disimulada con ramas y hierba, hacia una estancia que él mismo había cavado bajo tierra —siguiendo las instrucciones de un manual de superveniencia obtenido de La Red—, y en la que se hallaron infinidad de pruebas incriminatorias, decidió que todo había terminado y que lo más sensato, pese al consejo de su abogado a permanecer con la boca cerrada, era declararse culpable y cooperar.

Como de costumbre traté de mantenerme al margen de su detención y de las pesquisas que siguieron a la misma. Mi trabajo ya estaba hecho. Yo había viajado hasta Montana para crear un perfil y para ayudar al departamento de policía de Helena a atrapar a un bárbaro. Misión cumplida.

En la habitación de los horrores de Butler no sólo encontraron las manos de las cinco jóvenes —según él las de Long las tiró en una zona apartada del bosque y jamás fueron localizadas— en frascos con una solución de formol, también una libreta con sus nombres —y las de otras tres jóvenes que imaginamos tenía ya en el punto de mira—, diversos dibujos de símbolos aborígenes y fotografías de los cadáveres, poco después de haber sido colocados delante de los árboles con esmero. En una estantería hallaron la cinta negra de embalar: la marca y el número de serie coincidían con las usadas para fijar los cuernos de bisonte; al igual que el último corte encajaba casi a la perfección con el extremo del utilizado con la quinta víctima. Allí había dos cuernos de bisonte más. Los había adquirido en un solo lote en un mercadillo ambulante a las afueras de Billings. También tenía posters y otro material de la serie *True Detective*. En un cajón fue localizada la hacha con el que amputaba las extremidades, con restos de ADN de dos de las chicas. En otra una bolsa hermética para cadáveres con diversas asas, de tal forma que facilitaban mucho el transporte de los cuerpos sin necesidad de ser muy fornido. Long había dado en el clavo. Ya nadie podía felicitarlo.

Ante las evidencias, el reconocimiento de culpa y el buen hacer de la fiscalía el juicio

quedó resuelto en nada. Seis cadenas perpetuas consecutivas sin posibilidad de libertad condicional.

Llegué a tiempo de celebrar mi cumpleaños en casa, y también la Navidad. Pero no me despedí de Tom. Fui el único que no acudió a un acto de homenaje. El único que se buscó una excusa para estar en Nueva York el último día que trabajó en las oficinas de Quántico. El más necio y aborrecible de todos los amigos y compañeros: ese era yo.

Peter Warthon se mostró satisfecho con mi labor, pese a que una vez más tenía que hacer la vista gorda ante las incontables faltas de profesionalidad y honestidad que había cometido. Para él un peaje nimio en comparación con el resultado: un asesino muy peligroso entre rejas.

Con mis dos ayudantes novatos, y pese a que Liz insistía en que tratar de responder a todas las preguntas era tan absurdo como utópico —y razón no le faltaba—, dedicamos un mes a poner en orden el caso y terminar de atar los cabos que habían quedado sueltos. Yo necesitaba conocer la mente de los asesinos, y nada mejor que poder estudiar la de aquellos con los que había tenido contacto. Pude incluso realizar un breve viaje a Montana para entrevistarme durante una hora con Isaac Butler, que no sólo participó de manera muy activa, incluso me rogó que regresase de nuevo; que no tardase en visitarle, pues él mismo deseaba comprender qué era lo que le había impulsado a matar. Juegos malabares de un psicópata. Nunca volví a verlo.

Butler trataba de llevar una vida normal. Los fantasmas de su infancia y de su adolescencia parecían haberse difuminado y había conseguido no sólo casarse y tener dos hijos, también formarse y obtener un trabajo con el que sentirse realizado. Eso sí: aislado en una habitación, sin apenas contacto con el resto del mundo. Para manejar parte de la ira que de vez en cuando se colaba en sus sueños a través de horribles pesadillas comenzó a frecuentar una minúscula iglesia protestante en Augusta, muy lejos de su casa. No deseaba que nadie de su comunidad le reconociese. Se sentaba en un banco al final, solo. Y rezaba. Y, según él, intentaba que dios o lo que fuese se llevase muy lejos unas fantasías que tenían tanto de horrible como de atractivo. Cada vez anhelaba con más fuerza hacerlas realidad. Y en el verano de 2015 encontró la persona en la que centrar toda esa cólera: Samantha Hayes. Un mal día se había sentado junto a él, al final de la iglesia. Hayes era encantadora, pero había cometido el descuido inocente de hacer un comentario poco acertado respecto de las manos deformes de Butler. Además se parecía a su madre y tenía una edad muy similar a la de ella cuando le maltrataba, antes de que desapareciese y de que él acabase bajo la supervisión de los servicios sociales. A la semana siguiente la esperó en un lugar apartado y la invitó a montarse en su vehículo porque deseaba mostrarle un paraje fantástico de los alrededores. ¿Quién iba a sospechar de aquel tipo menudo, tímido, vestido de manera impecable, con unos modales envidiables y que además acudía a la iglesia? Apenas se alejaron unas millas Isaac puso en práctica una maniobra que un

chaval le había enseñado de adolescente para defenderse de los que se reían o abusaban de él: la anestesia previa de Brouardel. En todos aquellos años no sólo no había dejado de practicar el efectivo golpe, también había aprendido a mantenerse en forma, en su hogar, sin necesidad de acudir a un gimnasio, usando una sencilla goma elástica, un par de tensores y el peso de su propio cuerpo. Tenía una condición física extraordinaria y era capaz de realizar veinte dominadas apenas sujeto con la yema de los dedos al marco de la puerta de su despacho. Eso y sus frecuentes paseos, cada dos semanas, por los montes y parques que abundaban en los alrededores de Helena. Siempre a solas. Siempre con su cabeza imaginando una manera de calmar la ansiedad que el sufrimiento padecido de niño aún le provocaba. Y matar era el ansiolítico perfecto. Nada semejante. Se había iniciado el cataclismo y Butler había hallado la manera de vengarse de su madre, del maltrato, de las humillaciones, de las vejaciones y de todo lo malo que la sociedad había permitido que hiciesen con él cuando sólo era un niño inocente y desprotegido.

El desasosiego desapareció tras acabar con Hayes. Quizá ya no hiciese falta volver a realizar un acto tan deleznable. Pero un año después regresaron la zozobra y las fantasías. Y había encontrado el camino de la salvación. Y los efectos sedantes de cada nuevo asesinato duraban cada vez menos. Le había cogido el gusto a matar. Lo hacía bien. No provocaba dolor a sus víctimas y podía llevarse consigo el recuerdo de que su venganza se agrandaba, de que cada vez era más poderoso, más invulnerable.

Con la quinta víctima se llevó un buen susto. Desde la tercera había aprendido que era mejor no usar un vehículo a su nombre y había comprado una destartada camioneta al contado a un granjero de Wyoming. Sin papeles. Sin formalismos. Un precio excesivo y un apretón de manos. Si alguien la localizaba la vincularían con un anciano que mascaba tabaco en una mecedora. Pero una cosa era eso y otra toparse con un coche de policía llevando un cadáver en el asiento del copiloto. Tuvo que cambiar de planes y lo dejó en una zona en la que solía pescar, en el río Misuri. Entró por un camino y salió por otro, para no llamar la atención. Las huellas relacionaron la distancia entre los ejes con la camioneta. No era algo concluyente, pero tampoco hacía falta.

Las manos las amputaba porque necesitaba un trofeo. Pero todo lo demás era parafernalia, una manera de desviar la atención hacia su persona y que pensasen en un chiflado o en un nativo americano que realizaba algún extraño ritual. La serie *True Detective* le había impactado, y de ahí sacó la idea de la posición del cuerpo y de fijar unos cuernos a la cabeza. Después buscó algunos símbolos indios y el de la felicidad le pareció, además de bonito, una elegante manera de expresar la euforia que sentía al matar, al vengarse.

La bolsa para cadáveres la utilizaba por comodidad. Lo había aprendido en algunos cursos a los que había asistido de primeros auxilios, organizados por las entidades

benéficas a las que ayudaba. Sólo iba en calidad de espectador, pero su mente había hallado una manera eficaz, limpia y manejable para transportar un cuerpo sin vida. Demencial.

Liz, que se negaba a que yo insistiese en responder todas las preguntas que me atosigaban, sí que deseó obtener una contestación a las suyas. Es más sencillo decirle a otro cómo tiene que actuar que hacerlo en consecuencia. Por un lado estaba la desproporción entre las manos y el resto del cuerpo. Butler era menudo, pero sus manos, debido a las deformidades, tenían un tamaño exagerado para su constitución. Aquello había hecho que todos nos equivocásemos al estimar la corpulencia, el peso y la altura del sospechoso. También el no tener en cuenta que estaba fuerte y que había llevado los cuerpos de un lado a otro como el que se cuelga una pesada mochila a la espalda para hacer senderismo. Por otro parte mi compañera deseaba conocer el motivo de que las equimosis que presentaban la jóvenes en el cuello fuesen tan distintas, no en su disposición pero sí en su intensidad. Realizaron varias pruebas a Butler, para que apretase un cilindro de goma que medía las fuerzas de presión por pulgada, y nunca repitió el mismo patrón. Su discapacidad le obligaba a utilizar en ocasiones unas falanges en detrimento de otras. Y no había un orden establecido. Lo achacamos a la debilidad muscular y a la atrofia que presentaban las extremidades.

Por otro lado, Sanders confesó que había amenazado a Clarice Brown porque creía que filtraría algo a los medios, poniendo en riesgo la vida de más muchachas y atrayendo la atención de toda la prensa nacional. Se disculpó, recibió una sanción de un mes sin empleo y sueldo y asunto arreglado. Tampoco crucé ninguna palabra con él. El jefe Price se encargó de mantenernos siempre alejados, por lo que pudiera pasar.

En mi último viaje a Montana, para entrevistarme con Butler, fue Jenkins la que me recogió en el aeropuerto y la que me llevó de vuelta al mismo. Nos despedimos en su vehículo, como hacíamos muchas noches cuando me dejaba delante de la puerta del Holiday Inn.

—Te voy a echar de menos, Ethan. Has sido el mejor compañero que tenido en toda mi carrera.

—Venga, no exageres. Tú te has jugado el pellejo por un zoquete al que no conocías de nada.

—Sí te conocía —dijo la comandante, partiéndose de la risa—. He visto todos los episodios de *Mentes Criminales*.

—Casi lo había olvidado. Pensaba que ya habías decidido que yo era mejor que esos actores.

—Eres más guapo y tratas a las mujeres de igual a igual, algo a lo que no estoy muy acostumbrada. Pero te queda mucho por mejorar, chaval. No la jodas, por favor. Me gustaría verte en la cima del FBI dentro de unos años y poder contarle a mis nietos que durante un tiempo trabajamos codo con codo para atrapar a los malos. Y que lo

conseguimos.

—Lo conseguiste, Riley. Tú y Henry.

Jenkins estuvo en un tris de romper a llorar, pero aguantó el trance.

—No seas bobo. Después de más de dos años si no llegas a aterrizar en Helena aúr estaríamos buscando entre las piedras.

—¿Quién me pasó los expedientes de Butler y de Gibson?

—Mi ayudante y yo —respondió la comandante, ruborizada.

—¿A quién se le ocurrió lo de la bolsa para cadáveres y mencionó la serie *True Detective*?

—Al bueno de Henry.

Sí, el bueno de Long. Tras visitar la mañana de su asesinato a Gibson se dio cuenta de que tenía que ser Butler y se dirigió a su casa. Con el celular apagado. Butler confesó, pero fue lo suficientemente astuto como para convencer a Henry de que había matado a una sexta joven y que podía mostrarle el cuerpo, para que no quedasen dudas. Y aquello fue su perdición. Tenía que haber dado la alerta, en lugar de buscar la gloria. El monstruo primero lo dejó fuera de combate y después, de una manera precipitada, completó parte del modus operandi. Los dos acababan de sellar su fin.

—Pues sin eso jamás, nunca jamás, se hubiera resuelto el caso. No hay nada más que añadir.

Jenkins y yo nos abrazamos. Cuando ella aflojó yo seguía apretando mi cuerpo contra el suyo. No quería separarme de ella. No me quería despedir y perderla para siempre. Y frente a esa tesitura, opté por salir del coche corriendo, con la maleta en la mano, sin decirle ni tan siquiera *adiós*. Perder a las personas a las que apreciaba era algo que detestaba, que no quería asumir, y que me hacía comportarme con un desgraciado.

Capítulo XXX

Todo regresó a la normalidad. Yo volvía a pasar horas en mi despacho repasando fotografías, informes y expedientes mientras el río Potomac fluía en las cercanías. Sólo de cuando en cuando echaba de menos a Jenkins o me acorralaban los remordimientos por lo que le había acaecido al prometedor Henry Long.

En la primavera de 2018 Liz y yo nos convertimos en padres y aquello estrechó nuestros lazos. No estábamos casados, para disgusto de su familia y de mi madre, pero nos unía algo mucho más importante que una pareja de anillos. Y éramos felices. Peter Warthon mejoró el salario de Mark y me dio una gran sorpresa: me ascendió para convertirme, con sólo 33 años, en jefe de una pequeña unidad encargada de dar soporte en investigaciones de crímenes violentos contra adultos. Estrené mi nuevo cargo concediendo una entrevista a la CBS, realizada por Clarice Brown, aunque en esta ocasión yo no era el único protagonista y el FBI permitió que las cámaras accediesen a algunos espacios de la Unidad de Análisis de Conducta.

Consideraba que estaba disfrutando del mejor momento de mi vida. Tanto en lo personal como en lo profesional. No podía pedir más.

Una tarde, cuando la primavera de 2018 llegaba a su fin, alguien telefoneó a nuestro apartamento. Liz atendió la llamada. Después de unas risas se puso muy seria y me tendió el auricular.

—Tienes que hablar con él...

No hizo falta que añadiese nada más. Ya sabía quién era el que se encontraba al otro lado de la línea. Estaba muy claro.

—Lamento haberme comportado como un mezquino, Tom. Ahora ya he asimilado tu decisión —dije, disculpándome antes de que él pudiera reprocharme nada.

—Está olvidado, Ethan. Te eché de menos, y me dolió, pero el tiempo acaba curando todo.

Me había llamado por mi nombre. No me había dicho *jefe*, como era su costumbre, y añoré aquello que tanto había detestado durante años.

—¿Cómo te va por mi ciudad?

—Bien. Metido en mil fregados, ya imaginas. Es lo que buscaba.

La mano con la que sujetaba el auricular comenzó a temblarme. Liz, que se percató, me pasó su brazo con cariño por la cintura y apoyó su frente en mi pecho. Me tranquilicé.

—Me alegro. Sigo pensando en que eres el mejor agente especial del FBI que he conocido, pero estoy convencido de que pronto en San Francisco te darán alguna

medalla por ser el mejor detective que ha pisado nunca jamás la ciudad.

—No exageres. Voy poco a poco. Me queda mucho que aprender.

—Bueno, suerte, amigo. Me siento mejor, ahora que ya hemos hablado. Gracias por telefonar.

Tom no colgó. Yo tampoco. Había algo más, algo que aún no me había soltado y que era el motivo de la llamada.

—Necesito tu permiso.

—Mi permiso... ¿Ahora que estás en la otra punta del país resulta que necesitas mi permiso?

—Te afecta, Ethan. Es algo personal y no deseo dar un paso sin tu autorización.

Y entonces comprendí. Y ya ni Liz ni nadie en todo el planeta pudo contener mi emoción y las lágrimas rodaron por mi rostro bronceado y sin afeitarse.

—¿Qué pretendes?

—Reabrir un caso que está cogiendo polvo en los archivos desde hace demasiados años. Quiero atrapar a la persona que mató a tu padre.

GRACIAS LECTOR

Si te ha gustado la novela, puedes dejar un comentario positivo en la página del libro en Amazon. Estarás contribuyendo a la difusión de la Literatura, y me estarás ayudando a seguir escribiendo nuevos títulos.

*Con afecto,
Enrique Laso*

ENLACE A TODAS MIS NOVELAS EN AMAZON

LINK>>> relinks.me/EnriqueLaso

Table of Contents

[Índice](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)